

**La violencia en los medios
de comunicación,
generación noticiosa y
percepción ciudadana**

Mauro Cerbino, editor

**La violencia en los medios
de comunicación,
generación noticiosa y
percepción ciudadana**



FLACSO
EQUADOR

© De la presente edición:
FLACSO, Sede Ecuador
Páez N19-26 y Patria,
Quito – Ecuador
Telf.: (593-2-) 2232030
Fax: (593-2) 2566139
www.flacso.org.ec

ISBN: 9978-67-095
Coordinación editorial: Alicia Torres
Cuidado de la edición: Paulina Torres
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta: RISPERGRAF
Quito, Ecuador, 2005
1ª. edición: febrero, 2005

Índice

Presentación	9
Introducción	11
<i>Mauro Cerbino</i>	
Primera parte	
Periodismo e imaginarios ciudadanos: generación noticiosa y percepción de inseguridad	
Seguridad ciudadana y conflictos sociales. Cobertura y tratamiento en la TV	21
<i>Chiara Sáez Baeza</i>	
Violencia, miedos y medios de comunicación: desafíos y oportunidades	51
<i>Lucía Dammert</i>	
Periodismo, medios y percepción de seguridad en escenarios urbanos. Reflexiones en el marco de la renovación urbanística y cultural de Bogotá en la última década	73
<i>Fabio López de la Roche</i>	
Maniqueísmo y personalización en el cubrimiento periodístico de acontecimientos violentos: el “caso Fybeca” en el Diario El Universo de Guayaquil	101
<i>Mauro Cerbino</i>	

Segunda parte

**Cobertura y generación de noticias sobre violencia:
el problema de la responsabilidad social de los medios de comunicación**

La responsabilidad del investigador periodístico de la violencia 131

Álvaro Sierra

Las violencias televisivas 149

César Ricaurte

De medios de comunicación y la violencia a medias 163

Lenín Artieda

Presentación

En agosto de 2004, los programas de Comunicación y Estudios de la Ciudad de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO – Sede Ecuador, con el auspicio del Municipio de Quito y la Fundación Esquel, organizaron el seminario “La violencia en los medios de comunicación, generación noticiosa y percepción ciudadana”.

Este seminario fue pensado como un espacio de encuentro de dos perspectivas distintas, la de los estudios sociales y la del periodismo sobre un mismo fenómeno social que afecta a la mayoría de sociedades, especialmente de América Latina: la violencia. ¿Cuáles son las responsabilidades de los medios de comunicación y de los investigadores sociales en la generación y difusión de información sobre actos de violencia? ¿Cuál es el papel de los medios de comunicación en la creación de un clima de inseguridad? ¿Cuáles son las tareas que deben asumir las autoridades frente a las demandas ciudadanas con respecto a seguridad pública? Estas y más interrogantes fueron tratadas y discutidas durante el seminario, cuyos aportes principales se recogen en esta publicación que tiene el objetivo de abrir el debate sobre un tema por demás polémico.

Adrián Bonilla
Director
FLACSO - Sede Ecuador

Introducción

Mauro Cerbino

Uno de los temas recurrentes y controversiales cuando se habla de violencia¹ e inseguridad ciudadana es el papel que cumplen los medios de comunicación de masas en el modo en el que cubren los hechos delictivos y criminales.

Existe mucha literatura de estudios teóricos que intenta establecer qué relación existe entre generación noticiosa y percepción ciudadana de la inseguridad y el temor, sin embargo es notable la escasez de análisis empíricos que puedan dar razones y argumentos más concretos sobre el tema. Especialmente en cuanto a la real influencia que ejercerían los medios en la construcción y consolidación de los imaginarios urbanos alrededor de la problemática de la inseguridad.

Es a partir de estas consideraciones que en el mes de agosto la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO con el auspicio del Municipio de Quito y la Fundación Esquel², realizó un seminario internacional llamado “La violencia en los medios de comunicación, generación noticiosa y percepción ciudadana” cuyas ponencias recogemos y presentamos en esta publicación. El seminario, concebido como un espacio para discutir, reflexionar y proponer alternativas en torno a la relación medios y violencia,

- 1 Al decir violencia de modo singular se comete indudablemente un error de definición, sin embargo aquí me refiero a la violencia exclusivamente en el sentido de delincuencia y criminalidad. Se trata de una aclaración necesaria que los medios no siempre tienen en cuenta, dado que pueden tratar de la misma manera acontecimientos muy disímiles como son por ejemplo: un asalto a un banco o una manifestación de protesta callejera.
- 2 Estas tres instituciones llevan adelante en Quito el proyecto “Observatorio Metropolitano de Seguridad Ciudadana”.

congregó a investigadores y académicos nacionales y extranjeros provenientes de Chile y Colombia así como a periodistas, con el objetivo de que profesionales del mundo del periodismo y de la academia (en un encuentro ciertamente no muy usual) puedan intercambiar conceptos y experiencias, desde sus particulares perspectivas, en abierta y sin embargo constructiva confrontación.

Algunos son los temas que quedan planteados para la discusión. Uno de ellos se refiere a la relación entre índices de victimización y percepciones de inseguridad. En base a una reciente investigación realizada en Chile, se puede afirmar que existe un desnivel e incluso una franca contradicción entre los índices de victimización, que se refieren a encuestas que registran las afirmaciones de los ciudadanos que dicen haber sido víctimas de al menos un delito, y las percepciones de un constante *vivir con miedo* que otras encuestas registran entre la ciudadanía. Los unos son mucho más bajos que las otras. Ciertamente es complicado explicar esta brecha, sin embargo, debemos preguntarnos, ¿de dónde los ciudadanos adquieren el conocimiento necesario para comprender la realidad y tener algún tipo de juicio sobre ella?

En primer lugar en las interacciones cotidianas con vecinos, amigos, colegas de trabajo, en la escuela, etc., para las cuales contarán muchos factores y condiciones como son la edad, el género, la condición socio-económica entre otras. No debemos olvidar que nuestra vida se desenvuelve de una manera más articulada de lo que piensan los que sostienen que los medios influyen, de modo directo, nuestro comportamiento, como si se tratara simplemente de un impacto.

El asunto es otro: los medios generan información y otros tipos de materiales simbólicos que entran en circulación sostenidos por las continuas mediaciones sociales, y que se entrecruzan con la experiencia cotidiana y se vuelven patrimonio común, mucho más de lo que se puede imaginar a primera vista³. Es más, los medios contribuyen a sostener o incluso a generar lo que podríamos llamar “emociones vicarias” en relación a ciertas experiencias cotidianas. Se trata de emociones percibidas por un “efecto de conta-

3 Silverstone R. en *¿Por qué estudiar los medios?* (2004: 21) escribe: “Los medios nos dieron las palabras para hablar e ideas para expresar, no como una fuerza desencarnada que actúa contra nosotros mientras nos ocupamos de nuestros asuntos cotidianos, sino como parte de una realidad en la cual participamos y compartimos y que sostenemos diariamente por intermedio de nuestras conversaciones e interacciones habituales”.

gio”: uno puede tener miedo de lanzarse desde un puente con un elástico y, sin embargo, vivir una emoción “similar” y vicaria con el solo hecho de observarlo hacer, ya sea “realmente” o viéndolo en una película (Boni, 2004).

Es muy probable que los medios, de cualquier tipo, escrito, radial o televisivo (aunque es probable que este último de manera acentuada), genere un temor vicario que podemos llamar precisamente mediático debido al modo como retratan, describen, re presentan los hechos de violencia y de crónica roja, es decir, recortando determinados fragmentos de la realidad y transformándolos a un cierto formato y a un modo de presentación particular.

Aquí reside un problema fundamental: es indudable la propensión que tienen los medios a *simplificar* o trivializar la realidad, a *mimetizarse*, a través del recurso de la espectacularización, con los hechos criminales, a retratar de modo *violento* y excesivo la violencia criminal, algo que tiende a “instaurar un discurso subjetivo, moralizado, más o menos dramatizado: un discurso de la violencia en el que se manifiesta una violencia de la representación en la representación misma de la violencia” (Imbert, 1995: 54).

Y aunque no se trate de considerar a los medios como los únicos responsables de la percepción o la carga de emotividad en cuanto al temor ciudadano hacia la delincuencia, es innegable que la ciudadanía se alimenta de estas fuentes informativas con las que elabora *marcos referenciales* que la conduce a generar un cierto sentido y un *saber* alrededor de la inseguridad y por supuesto de la violencia. Esta constatación se refuerza además, si se toma en cuenta que, según encuestas recientes, en Ecuador los medios son considerados como una institución confiable y una de las menos corruptas⁴; que, en otras palabras, existe una elevada confianza hacia la actuación de los medios basada en una certera credibilidad (o tal vez sería mejor decir creencia) de los contenidos que éstos ponen a circular socialmente. La credibilidad alimenta, en los ciudadanos, la sensación de tener un saber o un conocimiento respecto a determinados fenómenos, precisamente porque el de la producción mediática es por excelencia el lugar donde el saber y el creer se mezclan y confunden, y en el que “estamos obligados a reconocer que no

4 Las encuestas referidas son: el informe “Auditoría de la democracia”, Ecuador 2004 de la encuestadora CEDATOS, en la que los medios de comunicación en el país disputan con la Iglesia Católica el primer lugar en cuanto a instituciones con la más alta credibilidad; la otra encuesta es de Transparencia Internacional (2004) y se refiere a las percepciones que los ciudadanos tienen en torno a la corrupción en sus respectivos países; para Ecuador el nivel de corrupción de los medios es inferior al promedio del resto de los países latinoamericanos.

solo el saber instalado no logra expeler el creer, sino que el creer a menudo reposa e incluso se consolida en la negación del saber” (Greimas, 1985: 112, traducción mía).

Otro tema que se propone para la discusión es el de la responsabilidad social de los medios en el cubrimiento de acontecimientos violentos. Muchas veces el modo de construcción de las noticias sobre actos violentos se da reproduciendo la lógica maniquea de los *buenos* versus los *malos*, y por lo tanto en la simple contraposición de inocentes y culpables. De esta manera, la prensa se arroga el derecho de ser justiciera atribuyendo culpabilidad o inocencia, mostrando así una profunda irresponsabilidad dado que los *procesos* que instaura y las *sanciones* que establece son someros y a menudo influenciados por prejuicios o condiciones ideológicas del periodista o del medio. Esta práctica tiene evidentes repercusiones en los juicios y las apreciaciones que la opinión pública tiene y expresa sobre un particular acontecimiento, condicionando, de algún modo, la acción de los ciudadanos en su vida cotidiana.

Por ejemplo, cuando la prensa hace un uso reiterado e insistente de ciertos términos genéricos en titulares como éstos: “la banda de asaltantes estaba liderada por un sujeto colombiano”, o “los colombianos vuelven más sofisticado el crimen”, es muy probable que la sola presencia de una persona de esa nacionalidad, en los contextos que fuesen, conduzca, de manera mecánica, a establecer una asociación directa e *inapelable* con esos contenidos mediáticos, que así terminan fomentando el estigma en torno a los ciudadanos de esa nacionalidad.

La *práctica justiciera* de la cobertura periodística es posible además -en la medida en que los medios tienden a *personalizar* el acontecimiento- asignando un rol a cada uno de los protagonistas y recogiendo sus testimonios a través de un *dejar hablar* que contribuye a crear un cierto “efecto de realismo”, los medios imprimen un profundo dramatismo a las narraciones noticiosas relacionadas con hechos violentos⁵. Se trata de una práctica con la que la audiencia (lectores, televidentes o radioescuchas), puede establecer *fáciles* procesos de identificación, y también sostener o reproducir en ella la necesidad de encontrar culpables quedando atrapada y absorta en la contemplación de

5 La personalización y el sensacionalismo son dos estrategias comunicativas particularmente útiles para traducir la complejidad en controversia apuntando a las fáciles contraposiciones entre lo claro y lo oscuro, entre el sí y el no (Sorrentino C. 1995 citando a Bourdieu P, traducción mía).

escenas y narraciones marcadas por lo emocional, que hacen predominar juicios de tipo estigmático o estereotípico sin reflexividad alguna.

Hablar de responsabilidad social de los medios significa entonces, poder asumir, por parte tanto de sus directivos como de los periodistas, que es necesario repensar las agendas temáticas que subyacen al cubrimiento periodístico de la violencia reflexionando sobre los discursos y lenguajes que lo sostienen y revisar permanentemente los criterios de noticiabilidad en relación con las ocurrencias criminales.

En la actualidad, la mayoría de la producción noticiosa parece darse a partir de un conjunto de valores-noticias (los valores de la noticiabilidad) marcado por las lógicas de la velocidad, la simplificación, la fragmentación y lo accidental, especialmente cuando se trata de noticias relacionadas con la violencia criminal. Es innegable que, de modo recurrente, se afirma que en el periodismo una de las exigencias más importante es construir la noticia en un tiempo corto, prácticamente de prisa y con un frenesí inevitable. A esta exigencia se acompaña otra, la de la novedad (el valor de la primicia), como característica de una labor periodística obsesionada por producir la información exclusiva. Las dos implican un tratamiento periodístico simplista en el sentido de que reduce la complejidad de los procesos sociales, que son el escenario en el que se desarrollan los acontecimientos, y de los que una información más atenta debería dar cuenta a través de una oportuna, es decir ampliada y más articulada, tematización y contextualización.

Otra de las causas más relevantes de la simplificación es el hecho de que los periodistas pasan muchísimo tiempo en los mismos ambientes, por ejemplo judiciales y policiales, y la cobertura se limita a aquellas fuentes provenientes de estos ámbitos. Esta situación puede producir una *absorción* por parte de los periodistas de las perspectivas y sobre todo de los lenguajes que ahí se expresan, y por ende, la pérdida de la “distancia crítica” necesaria para construir noticias que contemplen más implicaciones y temas a ser conectados con los contenidos “propios” de la noticia (Sorrentino, 1995). En cuanto a la fragmentación, muchas veces se la disfraza o confunde con la afirmación del carácter *pluralista* de la noticia, construida con el aporte de múltiples voces y *cediendo* la palabra a los entrevistados. En realidad, la fragmentación (y la yuxtaposición) con la que se compone y redacta la noticia produce una *desresponsabilización* del decir noticioso del periodista. Una

desresponsabilización que se hace más patente a partir de la aplicación de la lógica que hemos llamado de lo accidental que es aquella que se refiere a la disminuida función de mediación del periodista cuando produce una información de corte *inmediatista* y con escasa referencia.

Todas estas lógicas impiden que el tratamiento periodístico alcance una mayor profundidad, la cual es posible en la medida en que en los medios sean capaces de elaborar agendas propias de reflexión y superen definitivamente el equivocado papel, cuasi fatalista, que se les asigna, de ser meros reproductores de *lo dado* de la realidad.

Reintroducir la función de la mediación y asumir la responsabilidad social en primera persona, por parte de los periodistas, significa que sean conscientes de que si bien “los medios no nos dicen tanto qué opinión tener sobre un argumento, sino sobre qué argumento tener una opinión” (Boni F. 2004: 28)⁶, entonces se trata precisamente de poder, de algún modo, definir que los medios *abran, muestren* y sobre todo complejicen sus agendas informativas para transparentar y profundizar la construcción de las noticias, y permitir, de este modo, un fructífero trabajo analítico de las audiencias.

El libro se compone de dos secciones. La primera, sobre “Periodismo e imaginarios ciudadanos: generación noticiosa y percepción de inseguridad”, cuenta con las contribuciones de Chiara Sáez y Lucía Dammert y sus reflexiones en el caso chileno, Fabio López desde Colombia y de un “estudio de caso” de Mauro Cerbino.

La segunda sección, “Cobertura y generación de noticias sobre violencia: el problema de la responsabilidad social de los medios de comunicación”, reúne los trabajos de los periodistas Álvaro Sierra de Colombia, César Ricaurte y Lenín Artieda de Ecuador.

Bibliografía

- Boni, Federico. 2004. *Etnografía dei media*. Roma-Bari: Laterza.
 Greimas, A.J. 1985. *Del senso 2. Narratività, modalità, passioni*. Milano: Bompiani.

6 Según Federico Boni: “La agenda-setting define propiamente esta capacidad de los medios de “poner en el orden del día” temas y eventos que así llegarán a constituir parte de la cotidiana “construcción de la realidad” de sus públicos” (Ibidem, Pág. 29, traducción mía).

- Imbert, Gérard. 1995. “La prensa frente al desorden: representación de la violencia y violencia de la representación en los medios de comunicación” en *Visiones del Mundo, la sociedad de la comunicación*. Lima: Universidad de Lima y Fondo de Desarrollo Editorial.
- Silverstone, R. 2004. *¿Por qué estudiar los medios?* Buenos Aires: Amorrortu.
- Sorrentino, Carlo. 1995. *I percorsi della notizia*. Bologna: Baskerville, Bologna.

Primera parte
**Periodismo e imaginarios ciudadanos: generación
noticiosa y percepción de inseguridad**

Seguridad ciudadana y conflictos sociales. Cobertura y tratamiento en la TV¹

Chiara Sáez Baeza²

Introducción

En el marco de este seminario sobre violencia y medios de comunicación, he delimitado mi exposición a exponer datos y algunas reflexiones acerca de la cobertura y el tratamiento que reciben los temas de seguridad ciudadana y los de conflictos sociales en los noticieros de televisión, a partir de los datos que se pueden exponer desde el caso chileno.

Los medios no solo *median* entre la realidad social y la experiencia individual o colectiva, sino que al mismo tiempo son protagonistas de esta mediación a través de las distintas selecciones que llevan a cabo para enmarcar un hecho noticioso. En función de este doble rol es que cabe exigir de ellos la satisfacción de unos mínimos de responsabilidad social relacionados con informar sobre la realidad de una manera más o menos cercana a ella en términos de representar adecuadamente los matices que ésta posee, hacer circular información que contribuya a la toma de decisiones de los ciudadanos, siendo veraces pero al mismo tiempo evitar transmitir la imagen de una realidad abrumadora e incontrolable. Estos supuestos y expectativas respecto del rol social de los medios de comunicación son los que fundamentan el interés por investigar los programas informativos.

- 1 Exposición para el Seminario Internacional: “La violencia en los medios de comunicación. Generación noticiosa y percepción ciudadana”, realizado los días 2 y 3 de agosto del 2004 en Quito, Ecuador.
- 2 Socióloga. Investigadora del Departamento de Estudios del Consejo Nacional de Televisión de Chile (CNTV). Las opiniones vertidas en este documento no representan necesariamente la posición de este organismo ante los temas abordados.

Efectos e influencias de los medios de comunicación de masas

Existen distintas tradiciones teóricas para explicar cómo influyen los medios de comunicación en las audiencias. Desde la sociología tienden a ser desestimadas las teorías que enfatizan el impacto inmediato o la imitación conductual, poniendo el acento más bien en las denominadas *influencias a largo plazo*; es decir influencias más lentas pero al mismo tiempo más profundas, que inciden en las formas de pensar y definir el mundo por parte de individuos y grupos.

Estas teorías se pueden dividir en dos grandes grupos: las de efectos ideológicos y las de establecimiento de agenda.

Las primeras ponen el acento en el modo en que la penetración sistemática de los mensajes homogéneos que entregan los medios de comunicación produce un fenómeno de *cultivo* o *aculturación* en el que la ciudadanía se forma imágenes determinadas sobre el entorno, abonando la existencia de los sistemas de creencias dominantes en la sociedad, incluso no siendo ésta su intención. El efecto ideológico proviene de la representación falaz de la realidad, en términos de las proyecciones en que los hechos ocurren, la aparición de sujetos determinados o la distribución geográfica de éstos. El problema es que la gente asume esta representación como equivalente a la realidad.

Por su parte, las teorías sobre el establecimiento de agenda sostienen que la influencia de los *media* no operan tanto sobre las opiniones como en la definición de los temas acerca de los cuales la sociedad debe debatir, así como en los parámetros con los que se deben comprender los distintos acontecimientos. De esta manera, los *media* provocarían tres efectos de jerarquización sobre las audiencias.

Tematización (Setting): dirigen la atención de la opinión pública hacia determinados temas como más importantes que otros.

Primacia (Priming): las argumentaciones que los medios muestran son las que acuden más espontáneamente a las personas al momento de tomar decisiones o evaluar algo.

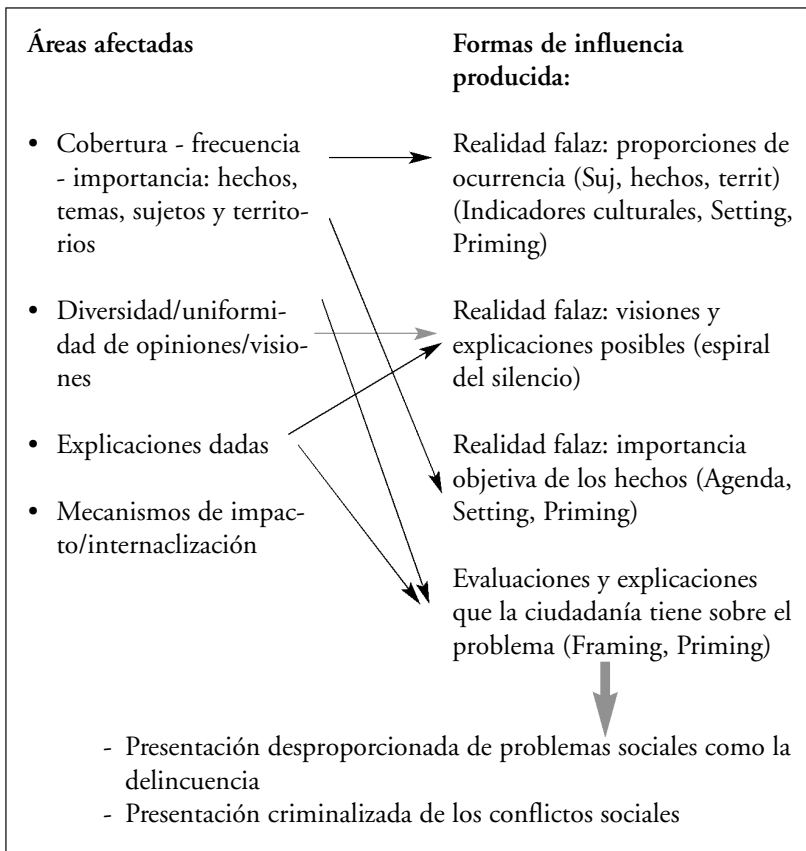
Encuadre (Framing): el tratamiento que los *media* le dan a un tema (construcción de causas, consecuencias, repercusiones sociales y éticas que tiene lo ocurrido) influye en cómo las personas creen que es.

Más que discutir cuál de las teorías es la *más verdadera*, lo que es interesante destacar aquí es cómo y de qué manera se pueden aplicar estos distin-

tos enfoques teóricos de manera integrada para entender las consecuencias, que la forma en que los medios comunican el tema de la seguridad ciudadana puede tener sobre la percepción pública del mismo, así como los distintos focos sobre los cuales se puede intervenir para procurar que el tema sea mejor comunicado.

A modo de síntesis, la siguiente lámina muestra las áreas donde se producen mediaciones en el modo en que los medios representan la realidad y las consecuencias que esto tiene en virtud del marco teórico descrito:

Audiencias: media, seguridad y confianza



Durante la década pasada el tema de la seguridad ciudadana se posicionó en el debate público chileno. Sin embargo, hacia finales de los años 90 y durante estos últimos años se fue haciendo sistemático el hallazgo de una notoria brecha entre los niveles de victimización y de temor de la ciudadanía, como lo indican los siguientes datos:

Según una encuesta de victimización realizada por el Ministerio de Interior, en la región metropolitana en el año 2001, no más del 30% de la población había sido víctima de algún delito mientras que, más del 70% de la población expresaba tener altos niveles de temor. Los datos de la Fundación Paz Ciudadana indicaban que para noviembre del 2002, el 36.9% de la población declaraba que algún miembro de la familia había sido víctima de robo o intento de robo, dentro o fuera del hogar en los últimos seis meses. Mientras que – para la misma fecha - un 82.3% de la población declaraban tener niveles de temor medios y altos. Por otra parte, y en términos comparativos con otros países, los datos del año 2000 de la International Crime Victim Survey (ICVS), indicaban que en países como Suecia, el nivel de victimización era del 24.7% mientras que la sensación de inseguridad (de caminar sólo en el área después que ha oscurecido) era de un 14% (correspondiente a las categorías *un poco y muy inseguro*). Para el caso de los Países Bajos, el nivel de victimización era de 25.2% y el de inseguridad de 18%. Para el caso de Inglaterra y Gales, el nivel de victimización era de 26.4% y el de inseguridad de 26%, ambos muy similares (Dastres, Muzzopappa, Saez, Spencer, 2004).

Quien primero señaló a los medios como una variable participante en esta brecha para el caso chileno fue el equipo del PNUD - Chile, quien en su informe de 1998 afirmaba que el sentimiento de inseguridad existente en Chile no provenía de una falta de acceso a los medios de comunicación pues su cobertura y oferta era amplia. Por el contrario, el excesivo consumo de ellos, especialmente de la televisión, era el que podía estar contribuyendo a incrementar la percepción de una sociedad insegura, convirtiéndose la seguridad ciudadana en un discurso y una vivencia que vehiculizaba otras experiencias de inseguridad no tan tematizadas en el debate público (laboral, educacional, p.e.) (PNUD-Chile, 1998).

Recientes estudios de opinión sirven para corroborar esta relación TV y seguridad en Chile:

- El 52% de los chilenos tiene *mucha* y *bastante* confianza en la TV como institución, siendo superada solo por carabineros (54%). Le sigue la radio con un 50% y mucho después la prensa escrita con un 38% (CERC, 2004).
- El 55% de los chilenos considera a la TV como la fuente de información más confiable, situándose por sobre el promedio latinoamericano, que es de un 51% (Latinobarómetro, 2003).
- El 10 % de los chilenos responde afirmativamente a la frase “se puede confiar en la mayoría de las personas”, ocupando el país el puesto número 15 entre 17 y donde el primer lugar lo ocupa Uruguay con un 36% (Latinobarómetro, 2003).
- El 53,6% de los chilenos considera la inseguridad como la emoción que mejor lo representa ante el sistema económico existente en el país y solo el 24,0% de los chilenos responde afirmativamente a la frase “en general se puede confiar en las personas” (Encuesta PNUD Chile, 2001).

En tanto, los datos que recoge el Consejo Nacional de Televisión a través de su encuesta nacional, permiten configurar mejor la valoración y consumo de los medios de masas por parte de los chilenos. Los datos más recientes confirman ciertas tendencias, tales como:

- Un predominio generalizado del consumo, valoración y acceso a la TV abierta por sobre otros medios como TV de pago, prensa escrita, radio e internet. La TV abierta constituye la fuente más frecuente de información sobre la ciudad donde se vive, sobre Chile y sobre el mundo (alrededor del 80% de los encuestados). Luego, en comparación con la radio y los diarios, la TV no solo es valorada como el medio más informativo, sino también como el más cercano, educativo y veraz. Sin embargo, existe por otro lado un alto consenso en torno a una percepción de que es el más sensacionalista y una disputa cada vez más estrecha con la radio en torno a la objetividad.
- El nivel socioeconómico como la variable más explicativa de las diferencias en el consumo, el acceso, pero también en la valoración de la TV abierta (sus funciones y potenciales influencias en la audiencia, tanto positivas como negativas).

- Una alta valoración global y un alto consumo diario de noticieros, que coexiste con una evaluación crítica de ciertos aspectos como sensacionalismo, centralismo, politización, entre otros.
- Valoraciones confusas respecto de la cobertura de temas relacionados con seguridad ciudadana: mientras hay un consenso respecto de que la TV contribuye a incrementar la sensación de temor y que los noticieros presentan demasiada información sobre hechos delictivos, en otra parte de la encuesta también hay consenso respecto que está bien la cantidad de cobertura del tema delincuencia y policial en este tipo de programas (CNTV, 2002).

Convenio CESC – CNTV: el desarrollo de una línea de investigación en medios de comunicación y seguridad ciudadana

Durante el año 2001 se estableció una alianza de colaboración entre el Centro de Estudios en Seguridad Ciudadana de la Universidad de Chile (CESC) y el Consejo Nacional de Televisión (CNTV) de manera de diseñar una investigación sobre medios, la que se llamó “Análisis del Tratamiento y Discursos presentes en las noticias de violencia y criminalidad de los Medios de Comunicación de cobertura nacional”.

De esta manera, se analizaron los principales medios de prensa escrita y canales de TV abierta de cobertura nacional durante el mes de marzo 2002, aplicando un instrumento cualitativo y otro cuantitativo a ambos soportes, con el propósito de poder complementar y contrastar los datos obtenidos. El fundamento del análisis cuantitativo era medir para dimensionar (cobertura) y el del análisis cualitativo fue comprender las noticias como discursos que transmiten significados, sentidos e interpretaciones (tratamiento).

Para conformar la muestra se utilizó un concepto amplio y otro restringido de seguridad ciudadana.

Bajo el concepto de Seguridad Ciudadana Tradicional (restringido), se ingresaron:

- Delitos de mayor connotación social, de violencia intrafamiliar (VIF) y drogas.

- Hechos que –delitos o no- tratan sobre situaciones de desorden social, vulnerabilidad e indefensión.
- Instituciones relacionadas con la seguridad (Policía, Sistema de Justicia, etc.) y políticas públicas en el ámbito de la seguridad ciudadana.

Luego, en un segundo grupo (concepto amplio), se ingresaron las noticias de delitos de cuello blanco (fraudes, estafas, corrupción e irregularidades), seguridad de tránsito y en otros espacios públicos, comercio ambulante y otros hechos que no son delito y afectan la seguridad (negligencias médicas).

El uso de ambos conceptos de seguridad ciudadana respondió a dos objetivos. Por un lado, tener un punto de comparación en el tratamiento noticioso de distintos tipos de delitos, y – por otro– colaborar al análisis y al diseño de política pública en seguridad ciudadana, al ampliar los temas que pueden estar afectando la sensación de seguridad. Lo anterior bajo el supuesto que no solo las noticias referidas a delitos como homicidios, asaltos y robos son generadores de inseguridad, sino que la percepción del entorno social en su totalidad, en diversas acciones, prácticas y resultados, puede contribuir en la construcción de una sensación de protección/desprotección del ciudadano.

De un modo que originalmente nos interesaba (pero que solo pudimos trabajar fragmentadamente) también probamos la hipótesis de una criminalización de los conflictos sociales en el tratamiento informativo dado por los grandes *media*. Es decir, una reducción de éstos a sus componentes de violencia y alteración del orden y por lo tanto, a una resignificación de los mismos solo como delito.

La generación de los datos y los instrumentos de recolección

Una vez definidas las dimensiones y variables a analizar cuantitativa y cualitativamente y, diseñada la base de datos a utilizar, se procedió del siguiente modo:

- Se ingresaron todas las noticias a una base de datos relacional (MS Access).
- Se hizo una revisión de la calidad y homogeneidad del ingreso de datos, de manera que los datos fueran válidos y, por tanto se pudieran sacar conclusiones en base a ellos.

- Se sacó una pequeña muestra aleatoria de noticias para cada diario y canal, de manera de realizar un análisis cualitativo más profundo para cada medio.
- Se realizó el análisis cuantitativo y el cualitativo, intercalado con sesiones de discusión entre los distintos investigadores.

Se ingresaron a la base de datos todas las noticias del noticiero central y de los diarios, menos las pertenecientes a las secciones de deportes y cultura y espectáculos. Cuando las notas correspondían al tema seguridad ciudadana (ya fuera en sus subtemas tradicionales o potenciales), fueron parte de un segundo nivel de análisis, que incluyó las siguientes variables:

	Variable	Descripción
Variables de contexto	No. de la Noticia	Corresponde a un número único que identifica a la noticia y que permite establecer luego análisis en base a la cantidad de apariciones.
	Página/Bloque	Ubicación en el diario o noticiero.
	Titular	Digitación del titular completo de la noticia.
Variables descriptivas	Género	<p>Establece el género de la noticia, que puede ser:</p> <p><i>Carta al director:</i> aquella noticia que aparece en la sección editorial, que es enviada por la ciudadanía al diario. Son muy breves y sobre temas de interés ciudadano. Solo en prensa escrita.</p> <p><i>Columna de opinión:</i> Noticia generalmente firmada que trata un tema a un nivel de opinión. Generalmente está en la sección editorial, pero también puede estar en otras partes. Solo en prensa escrita.</p> <p><i>Editorial:</i> Noticia que es escrita desde el medio y que da cuenta de las opiniones de éste sobre un tema específico. Solo en prensa escrita.</p> <p><i>Información breve:</i> noticia de no más de 100 palabras, de escaso tamaño que suele dar cuenta solo del hecho. En prensa escrita y televisión.</p>

	Variable	Descripción
Variables descriptivas	Género (cont.)	<p><i>Información con nota:</i> noticia de una extensión mayor, que contiene algún tipo de información de reporteo. En Prensa Escrita y Televisión.</p> <p><i>Foto - Texto:</i> noticia constituida por una foto y un breve texto que explica lo ocurrido. Solo en prensa escrita.</p> <p><i>Reportaje:</i> Noticia de mayor extensión y profundidad, que da cuenta del hecho y profundiza en él con mayor información y análisis. En Prensa Escrita y Televisión.</p> <p><i>Entrevista:</i> Noticia construida en base a preguntas hechas a uno o más actores. Solo en prensa escrita.</p>
	Elementos adicionales	<p>Consiste en todo elemento que acompaña el texto (escrito o narrado) de la noticia. Esto es: gráfico, cuadro, fotografía con bajada, fotografía sola, primer plano a un documento, gráfico, recreación, ruido/música, texto sobre imagen, video, voz, infografía.</p> <p>Adicional a esta información se recogieron datos sobre la fuente de estos elementos adicionales (si es actual o de archivo, si indica fuente o no). Una breve descripción del elemento adicional y si éste corresponde a la noticia o no.</p>
	Nivel de importancia y presencia en primera plana	<p>Son variables ya contabilizadas en el análisis anterior, que son mencionadas en esta sección para que el lector pueda irse familiarizando con las categorías que registrarán en el texto que más adelante se desarrolla.</p> <p>Nivel de Importancia: Se define como Alta, Media o Baja dependiendo de la posición que tenga en el diario-noticiero (sección-bloque, lugar en la sección-bloque, posición en la página) y su extensión (en espacio-tiempo).</p> <p>Presencia en primera plana: Se contabiliza si la noticia es anunciada - de una u otra forma - en la primera plana (Portada) del diario o es anunciada en los titulares de adelanto del noticiero.</p>
	Tema y subtema	Son 18 temas y 88 subtemas los que aparecen en las noticias de prensa escrita y noticieros de televisión

	Variable	Descripción
	Tema y subtema (cont.)	<p>Se construyó un listado preliminar de temas, que fue ampliándose a medida que fueron apareciendo noticias que no correspondían a ninguno de los temas existentes.</p> <p>Cabe señalar que: 1) la definición del tema se hizo en torno a la definición que el medio hace del tema y no a la definición que los digitadores consideraran que pertenecía la noticia. 2) en algunos casos las noticias correspondían a más de un tema</p>
Variables de contenido	Variables de foco	<p>Actores</p> <p>Consiste en identificar todos los actores que son involucrados en la noticia, tanto en su calidad de participantes de lo ocurrido, como en su calidad de fuente.</p> <p>Se analizó también si al actor se le da espacio para "hablar" o solo aparece mencionado y si es un actor facilitador de seguridad, generador de inseguridad, demandante de seguridad, víctima, sospechoso o testigo (formal o informal).</p>
		<p>Momento de la noticia</p> <p>Consiste en distinguir cuál es el momento del hecho que el medio elige dar a conocer: la ocurrencia del hecho, su evolución, su resolución y sus consecuencias o efectos.</p>
		<p>Lugar de ocurrencia o de discusión</p> <p>Consiste en detectar el lugar donde ocurre el hecho que se da a conocer como noticia (espacio físico-territorial).</p>
Variables	Variables	<p>Coherencia interna</p> <p>Consiste en la relación entre el titular de la noticia y el contenido de ésta.</p>
		<p>Contenidos que inducen a juicios de valor o tendenciosidad</p> <p>Consiste en la presencia de juicios parciales o contenidos que inducen a juicios sobre actores o hechos de la noticia.</p>
		<p>Juicios o contenidos discriminatorios</p> <p>Consiste en la presencia de juicios o comentarios con contenido discriminatorio hacia actores, lugares o hechos de la noticia.</p>

	Variable	Descripción
	Justicia mediática	Consiste en el establecimiento – por parte del medio - de los hechos ocurridos, los responsables y los castigos que deberían recibir, se refiera a la comisión de delitos o no. Se refiere, también a la toma de posición -explícita o implícita- por parte del medio en torno a un hecho noticioso.

Los distintos tipos de variables requirieron de distintos niveles de profundidad en el análisis de las noticias: mientras contextuales y descriptivas eran detectables a primera vista, las variables de contenido requerían primero de una revisión más profunda de la nota para luego ser cuantificadas.

El propósito de las variables de evaluación fue revelar aspectos menos explícitos o evidentes de la noticia, para lo cual se requería una lectura crítica de ésta. Se optó por incorporar estas variables al instrumento por la posibilidad que daban de tener una aproximación cuantitativa a variables que han sido trabajadas cualitativamente.

A una pequeña muestra de estas noticias, se hizo un análisis cualitativo, cuyo objetivo fue profundizar en algunos criterios que superasen la metodología de análisis cuantitativo – extensiva más que intensiva- mediante la cual se habían analizado la totalidad de las noticias de seguridad ciudadana del período.

La selección consistió en una muestra aleatoria de las noticias sobre seguridad ciudadana de la base de datos. Esta muestra consistió en 50 noticias de televisión y 105 de prensa escrita, las cuales representaban un 9% y 8,4% de las bases cuantitativas respectivas.

El desconocimiento de metodologías estandarizadas de análisis cualitativo del lenguaje audiovisual o de investigaciones que hubiesen avanzado sistemáticamente en este sentido hizo necesario realizar una síntesis entre distintas estrategias y metodologías de análisis, haciendo las especificaciones que fueran necesarias de acuerdo a los distintos formatos, como se observa a continuación:

Categorías y dimensiones	Perspectiva general	Prensa escrita	Noticieros en televisión
Aspectos Formales de la Noticia	<ul style="list-style-type: none"> - Ubicación - Tamaño - Formato (entrevista, reportaje, ensayo, breve, otra). - Importancia en sí mismas y en comparación con otras. - Visibilidad del autor/a. - Fuentes: número; presencia o ausencia. 	<p>Posición en primeras planas, páginas interiores y/o suplementos .</p> <p>Líneas o centímetros dedicados.</p> <p>Presencia de fotografías.</p> <p>Colores utilizados.</p> <p>Tamaño de letra.</p> <p>Diario.</p>	<p>Posición en titulares, bloques y/o segmentos.</p> <p>Segundos o minutos dedicados.</p> <p>Recursos (off, locutor en estudio, imágenes, imágenes de archivo, fotografías, gráficos, infogramas).</p> <p>Canal.</p>
Participantes de la noticia	<ul style="list-style-type: none"> - Principales o secundarios. - Activos o pasivos en la noticia (ejecutantes o receptores de acciones/ declaraciones). - Presencia directa o indirecta. - Afiliaciones de los participantes. - Posición en relación al tema (víctimas, victimarios, testigos, otro). 	<p>Líneas dedicadas a sus acciones o declaraciones.</p> <p>Presencia mediante cita (indirecta) o entre comillas (directa).</p>	<p>Tiempo y/o imágenes dedicadas a sus acciones o declaraciones.</p> <p>Citados o presenciados.</p>

Categorías y dimensiones	Perspectiva general	Prensa escrita	Noticieros en televisión
Presentación de la noticia	<ul style="list-style-type: none"> - Organización de la información. - Estilo (humano, formal, coloquial, otro). - Grado de importancia de imágenes y textos o relatos. - Criterio temporal. - Temas, subtemas. - Comparación en la cobertura del hecho entre medios del mismo formato. - Información necesaria/innesecaria. - Coherencia de sentido. 		
Contenido de la noticia	<ul style="list-style-type: none"> - Elementos evaluativos respecto de hechos o sujetos presentes en la construcción de la noticia a través de mecanismos como citas, reconstrucciones, comentarios, 	<p>Léxico, retórica, estilo de narración o escritura.</p> <p>Juicios, información no – enfatizada, contrastes, generalizaciones, estereotipos, prejuicios, reducciones, vaguedades.</p>	<p>Sonidos, músicas, ruidos, silencios</p> <p>Planos, secuencias, encuadres.</p> <p>Colores y luces.</p> <p>Relación imagen-relato-sonido.</p> <p>Rol de la voz en off</p>
		Relación fotografía-relato	

Hallazgos sobre cobertura y tratamiento de la seguridad ciudadana y temas afines en la TV³

Resultados Cuantitativos

En primer lugar, se constató que para todos los canales el tema con *mayor cobertura* era el de seguridad ciudadana, con un 27%. Este porcentaje está

3 Ante las restricciones de tiempo y espacio dadas por el contexto de esta exposición, sólo presentaré los resultados del análisis del soporte televisivo.

constituido por un 19% de noticias tradicionales (n = 452) y un 8% de noticias potenciales (n = 179), que en total suman un total de 631 unidades y que es equivalente a un promedio de 20 notas diarias sobre seguridad ciudadana entre los 5 canales de TV analizados².

En segundo lugar, se constató que la seguridad ciudadana era el tema al cual se le daba *mayor relevancia*, dado que el 41% de estas notas eran de importancia alta y el 34% de ellas aparecen en titulares, no siendo superadas por ningún otro tema en ninguna de las dos variables.

La siguiente tabla indica la distribución de las temáticas de SC tradicional:

Cantidad de noticias sobre delitos de alta connotación social y otros hechos relacionados según tipo de hechos				
Tipo de hechos		No. de notas	Total general	% del total noticias BD
Delitos de mayor connotación social, VIF y drogas	Delitos contra la propiedad	65	184	7,9%
	Delitos contra las personas	66	40,7%	
	Consumo y tráfico de drogas	26	Prensa (46,8%)	Prensa (6,5%)
	Delitos y hechos de violencia dentro del ámbito familiar	28		
Hechos relacionados con desorden social, vulnerabilidad e indefensión	Abusos de la autoridad	15	185	7,9%
	Conflicto social	53	40,9%	
	Incivildades	2		

4 Este dato es consistente con otros estudios, como el de seguimiento de la agenda noticiosa de la televisión durante el 2003 que hizo el Instituto Libertad y Desarrollo, a través del cual se constató que seguridad ciudadana había sido el tema de mayor cobertura del período, ascendiendo a un 28%. Ver: <http://www.lyd.cl>

Cantidad de noticias sobre delitos de alta connotación social y otros hechos relacionados según tipo de hechos				
Tipo de hechos		No. de notas	Total general	% del total noticias BD
	Seguridad ciudadana y jóvenes-niños	5	Prensa (24%)	Prensa (3,3%)
	Terrorismo	41		
	Armas	20		
Políticas en Seg. Ciudadana e Instituciones asociadas a la seguridad	Políticas en Seguridad Ciudadana	49	83	
	Sistema judicial y Penal	70	18.3%	3,6%
	Sistema Policial e Informaciones	13	Prensa (29%)	Prensa 4%
Total general		452		

Puede observarse las notas con mayor presencia son los que afectan a las personas en su integridad o en su propiedad (robos, asaltos, delitos sexuales) y las conductas que son sancionadas desde la lógica del orden público. Mientras que la cobertura sobre las políticas de seguridad no alcanza el 20%. Asimismo, es posible detectar a grandes rasgos algunas diferencias entre las tendencias de jerarquización que hace la televisión en comparación con la prensa escrita.

El siguiente cuadro expone una comparación entre la cobertura televisiva y las estadísticas criminales relativas a los delitos de mayor connotación:

En la tabla superior del cuadro se observa que -en comparación con las estadísticas de denuncias de delitos- la TV tiende a incrementar la representatividad de los delitos contra las personas y a aminorar la representatividad de los delitos contra la propiedad, lo que en términos de impacto emocional es mayor, si se consideran los resultados de las investigaciones naciona-

les sobre percepciones de las audiencias sobre la violencia factual en TV (CNTV, 1996,1998).

La tabla inferior, en tanto, indica que al analizar el caso específico de los delitos contra las personas, la mayor cantidad de noticias está dedicada a los homicidios (46,5%), aún cuando estadísticamente no significan más del 0.2% de las denuncias. De acuerdo a la investigación sobre los sesgos en los procesos de producción de la información, esto se debe principalmente al potencial de drama humano y espectacularidad que tienen las imágenes asociadas a este tipo de hechos y que los lleva a ser privilegiados por los medios (Dastres, 2002).

Delitos de mayor connotación social: Comparación con estadísticas criminales		
Comparación porcentual de estadísticas de denuncia y aparición en noticieros de delitos de mayor connotación social		
Delitos de mayor connotación social (n=131)	Porcentaje de denuncias	Porcentaje de aparición en noticieros
Delitos contra las personas	36,6%	50,40%
Delitos contra la propiedad	63,3%	49,60%
Total	100%	100%
Comparación porcentual de estadísticas de denuncia y aparición en noticieros de delitos contra las personas		
Delitos contra las personas (n=131)	Porcentaje de denuncias	Porcentaje de aparición en noticieros
Violación	1.6%	25,60%
Homicidio	0.2%	46,50%
Lesiones	61,6%	16,30%
Robo con violencia o intimid.	36,4%	11,60%
Total	100%	100%

Fuente para estadísticas criminales: cifras del Ministerio del Interior, año 2002

En síntesis, lo que se observa es que hay una mayor correspondencia entre índices de temor según encuestas de opinión pública y jerarquización de los temas en la TV, que entre la realidad de las denuncias y cualquiera de esos otros dos indicadores.

El 25% de las noticias contiene imágenes de archivo explícitas y un porcentaje igual contiene imágenes de procedencia ambigua o no señalada. El dato sobre imágenes de archivo que no se señalan como tales, indica una falta de prolijidad, que sin embargo puede tener consecuencias a nivel del mensaje cuando las imágenes utilizadas tienen un contenido violento e inseguro.

Las variables evaluativas en las que más incurrieron los canales fueron incoherencia interna y contenidos que inducen a juicios de valor.

La incoherencia interna se produjo por causas como las siguientes (se citan solo algunos ejemplos):

- Titulaje del cual se infieren otros hechos relacionados. Esto quiere decir que el titular pierde su carácter explicativo, sintetizador o demostrativo para pasar a convertirse en estrategia de atracción de consumidores de noticias.
- Intercalación de una nota distinta dentro de la que está en curso, noticia que puede estar relacionada o no con la original. Esta agregación puede ser solamente una información, pero por lo general fuera de contexto.
- Contradicciones en las que incurre el mismo contenido de la noticia. Este tipo de incoherencias revela la existencia de una carencia técnica en la formación de los profesionales de la comunicación o bien las consecuencias de las condiciones de trabajo y exigencias del oficio de periodista.

Es necesario entender, que la ausencia de relación entre titular y contenido puede implicar para el televidente un conjunto de potenciales desviaciones en la comprensión del hecho noticioso. La consecuencia principal de esta incoherencia es la lectura sesgada o espuria de los hechos informados.

Por su parte, la forma que adoptan los contenidos que inducen a juicios de valor posee diversas posibilidades de aparecer en los medios. Entre ellas, las más comunes fueron las siguientes:

- Se realizan juicios morales o victimizantes de personas o situaciones, por parte de periodistas como de conductores. Por ejemplo: “sus padres

sienten impotencia de que ahora no pueden salir a pasear tranquilos por la calle”, “Mientras el dolor de la familia seguirá buscando justicia”; “(ellos) no saben el daño que provocaron... y tampoco les debe importar mucho, se los puedo asegurar”.

- Se superponen frases de magnificación de los hechos con adjetivos y superlativos de diverso tipo que incrementan la inseguridad: “las olas de asaltos a bancos de la década pasada”; “llama la atención el alto grado de preparación de este asalto”.
- Se extrapolan los atributos de un caso a la generalidad de casos similares: “Los adictos pierden la conciencia, olvidan valores y pierden el respeto a todo orden de cosas”.

Hallazgos cualitativos

- *Predominio de la descripción sobre el análisis.* El debate y el contraste de ideas es excepcional, centrado en temáticas institucionales (inversión en policía, sistema penal y judicial), así como en la reproducción de puntos de vista oficiales (policía, gobierno, parlamentarios, alcaldes) y homogéneos. Como si existiese una manera única y consensual de entender el problema.
- *Ciudadanía.* Alta presencia como víctimas o testigos. Baja presencia activa en la prevención.
- *Tratamiento diferenciado de delitos* comunes versus corrupción e irregularidades, desde un lenguaje fuertemente criminalista a otro que raya en el blanqueamiento de imagen.
- *Imágenes e importancia.* Hay temas que tienen importancia baja, pero las imágenes utilizadas pueden tener una alta significación (p.e.: decomiso de drogas o de armas). Las imágenes que enfatizan la vulnerabilidad de las personas tienen mayor importancia o relevancia dentro de la narración (p.e.: agresiones físicas o sus consecuencias).
- *Prácticas reñidas con la responsabilidad periodística,* tales como:
 - Uso reiterado de exageraciones y generalizaciones que incrementan la sensación de inseguridad respecto de ciertos hechos o personas:

“El hallazgo más importante”; “Nuevo récord”, “La Villa Nueva Esperanza de Maipú debe ser uno de los lugares más peligrosos que existe en esa comuna”..

- Uso de imágenes o recurrencia a generalizaciones en el lenguaje que refuerzan estereotipos sobre jóvenes, pobres o indígenas: (“[La droga] iba a ser distribuida entre los adictos del sector sur de la capital”; apoyar la referencia a la presencia de pandillas violentas en un sector de la ciudad utilizando imágenes de jóvenes caminando por la calle de una población).
- Referencia imprecisa a datos estadísticos, por ejemplo, hablar de déficit de policías sin explicar cuál es el punto de comparación ni el porcentaje (ideal) de policías por habitante. Solo hablar en números, que supuestamente es un dato “objetivo”.
- Criminalización pre-judicial. Al usar adjetivos como *antisociales*, *delincuentes*, *pandillas* para referirse a sujetos que han sido detenidos por la policía, pero no han recibido sanción penal: la detención implica solo sospecha y no certeza de culpabilidad.

Excursio 1: El Conflicto Mapuche

La observación a lo largo de la investigación del carácter transversal y sistemático de aparición del conflicto mapuche en clave de seguridad ciudadana, tanto en prensa escrita como en TV, fue una invitación a realizar un análisis del tema por separado, del cual se exponen algunos datos aquí, con el propósito de presentar pistas acerca del modo en el cual la TV presenta el conflicto social y étnico presente en las demandas del pueblo mapuche, una de las principales etnias originarias existentes en el país.

Teóricamente, el acercamiento a este tema se hizo vinculando tres debates distintos: el discurso sobre la seguridad ciudadana como un dispositivo de control social (Bauman,1999; Wacquant,2001; McDowell,2000); ¿qué hace la institucionalidad vigente con este dispositivo al aplicarlo a los conflictos sociales? el rol que juegan los medios de comunicación como mediadores y protagonistas de este estado de cosas (Álvarez, Farré y Fernández, 2002; Rodríguez, 2002), en desmedro de su potencial aporte a un debate informado sobre los problemas sociales y al logro de una resolución pacífica de los conflictos subyacentes.

Total SC Tradicional según aporte CM a cada subtema					
Total de Hechos		Total CMSC	Total SC	Aporte CM por subtema	Total general
Delitos de mayor connotación	Delitos contra la propiedad	2	65	3,1%	184 40,7
	Delitos violentos por particulares	5	66	7.6%	
	Consumo y tráfico de drpgas		26		
	Delitos dentro del ámbito familiar		28		
Hechos relacionados con desorden social, vulnerabilidad e indefensión	Abusos de la autoridad	11	15	73.3%	185 40,9%
	Conflicto social	29	53	54.7%	
	Incivildades	1	2	50.0%	
	Seguridad ciudadana y jóvenes-niños		5		
	Terrorismo	30	41	73,2%	
	Armas		20		
Políticas en Seguridad Ciudadana	Políticas en Seguridad Ciudadana		49		83 18,3%
	Sistema Judicial y Penal		70		
	Sistema Policial e Informaciones		13		
Total General		78	452	12,4	

En Chile se denomina conflicto mapuche a un fenómeno que se vuelve manifiesto durante la década pasada, principalmente por los conflictos con las empresas forestales y energéticas en la zona sur del país, pero que tiene una larga data como conflicto latente. Solo para entender la profundidad de esta tensión, vale la pena resaltar que no es sino hasta 1881 que el Estado chileno ejerció soberanía en la zona de la Araucanía (lugar de asentamiento histórico de este grupo étnico), alterándose con eso una relación de 300 años de no-intervención y coexistencia tácita.

Hallazgos cuantitativos

En términos estadísticos, la cobertura del conflicto mapuche durante el período estudiado incrementa distintas variables de medición de la cobertura y relevancia de los temas de seguridad ciudadana, lo cual se observa en su aporte a determinados subtemas, en el número de notas de importancia alta y en el número de titulares, como se observa a continuación.

La tabla en muestra que el tratamiento del conflicto mapuche como problema de seguridad ciudadana (CMSC) está concentrado dentro de las temá-

ticas relacionadas con desorden social, contribuyendo principalmente a la mayor presencia de noticias sobre abusos de la autoridad, conflicto social y terrorismo, representando entre la mitad y dos tercios del total de notas en estos subtemas. En cambio, el aporte del CMSC a las temáticas vinculadas a delitos de mayor connotación social, es notoriamente bajo.

El CMSC también presenta algunos rasgos particulares respecto de su posicionamiento al interior de la estructura de los noticieros, caracterizándose por una alta presencia en titulares como por un alto porcentaje de este tipo de noticias de importancia alta, en ambos casos por sobre el promedio del total general de noticias como del total de noticias sobre seguridad ciudadana, tal como lo indican las dos tablas siguientes:

Presencia en titulares TV según muestra						
Presencia en titulares	Muestra TV		Seguridad Ciudadana TV		Conflicto mapuche TV	
	N	%	N	%	N	%
No	1520	69%	384	61%	39	50%
Si	667	31%	246	39%	39	50%
Total	2187	100%	630	100%	78	100%

Nivel de importancia según muestra						
Importancia nota	Muestra TV		Seguridad Ciudadana TV		Conflicto mapuche TV	
	N	%	N	%	N	%
Alta	748	34%	323	51%	54	69%
Media	1109	51%	212	34%	18	23%
Baja	330	15%	95	15%	6	8%
Total	2187	100%	630	100%	78	100%

De esta manera, mientras 1 de cada 3 noticias de TV fue titular, este valor aumentó a 1 de cada 2 noticias cuando se trató del tema CMSC.

Asimismo, mientras la generalidad de las noticias es de importancia media, esto tiende a cambiar en las noticias de seguridad ciudadana: por lo menos la mitad de ellas son de importancia alta; pero dentro de estas, las noticias sobre el CMSC tienden a concentrarse todavía más en el rango de im-

portancia alta. Esto quiere decir que por lo menos 2 de cada 3 de estas noticias se encuentra en los dos primeros bloques del noticiero y tiene una duración mayor a 90 segundos.

Por otro lado, un 42% del total de notas CMSC contiene presencia de variables de evaluación, siendo nuevamente incoherencia interna y juicios de valor las de mayor presencia.

Las observaciones registradas durante la recolección de los datos indican que las incoherencias internas estuvieron referidas principalmente a:

- El abordaje dentro de la noticia de temas que se apartan del campo temático descrito en el titular y expuesto en el cuerpo central de la noticia. Por ejemplo informando en una misma noticia sobre el Conflicto mapuche en el sur y los miembros de un grupo terrorista chileno ya disuelto (FPMR) procesados en Brasil, integrando a ambos hechos como parte de un mismo campo.
- El enfoque sobre el tema planteado en el titular se contradice con el enfoque que se da al tema en el cuerpo de la noticia. Por ejemplo, el enfoque del titular puede ser de denuncia del accionar indígena y el contenido del cuerpo se dedica a mostrar la violencia policial de la cual han sido víctimas los indígenas.

Los juicios de valor detectados, en tanto, se refirieron principalmente a la atribución manifiesta de juicios negativos a reivindicaciones o acciones mapuches, tales como “Parece ser que todos los días los mapuches deben necesariamente desatar incidentes”; “La palabra terrorista se puso de moda en el sur”, “Hoy no hubo acciones de protesta de parte de los pehuenches opositores a la Central Ralco, lo que no asegura que no se vayan a desencadenar durante el trayecto incluso con el uso de la violencia”, “ya parecen no sorprender (las acciones de violencia)”.

Hallazgos cualitativos

El análisis cuantitativo arrojó que el gobierno y los indígenas eran los actores con mayor frecuencia de aparición en las notas. En términos de argumentación, el gobierno se plantea en una clave legal (actuar y exigir una actuación acorde al Estado de Derecho), mientras que el discurso indígena tie-

ne un desarrollo mucho más diversificado en términos de núcleos de desarrollo: una posición defensiva, pero pacífica y desarmada; la amenaza como último eslabón del reclamo permanente contra los incumplimientos de otros actores del conflicto: ENDESA y el Gobierno, principalmente; y la reivindicación de la autonomía de los indígenas, que parece ser de orden cultural antes que legal.

Un concepto emergente en relación a la representación del conflicto fue el de *actores paisaje*. Los actores *paisaje* son actores que aparecen en las imágenes o en el relato, pero por su *performance* en tanto actores colectivos. Son sujetos que están en las noticias, pero porque están haciendo algo, no porque dicen algo. Y ese *algo* en la mayoría de los casos se refiere a comportamientos violentos. Esta categoría ha sido creada en consideración de la relevancia de las imágenes con la presencia de indígenas y policías como *actores paisaje* en la construcción de las noticias sobre el conflicto mapuche, tanto en imágenes actuales como de archivo. La idea de paisaje hace referencia a la idea de despersonalización, de masa. Los indígenas son el único actor observado que aparece al mismo tiempo como actor paisaje y como actor con voz activa. Respecto del contexto en el cual se da esta presencia, el tiempo dedicado a los indígenas como *paisaje* es mucho mayor que el que se les dedica como actores con voz activa, lo que merma la posibilidad de conocer sus argumentos respecto del conflicto en que están involucrados.

Hay un nivel de tendenciosidad que supera al de los otros temas analizados. Por ejemplo, en la relación *imagen – relato*, cuando mientras representantes de los indígenas o del Gobierno están exponiendo sus argumentos o sus argumentos son expuestos por el periodista, se muestran de fondo imágenes de enfrentamiento o violencia. También en las fotografías y respectivas bajadas, que frecuentemente tienen una connotación de violencia y beligerancia, hasta llegar a casos en que esta beligerancia se contrapone con el contenido de la noticia.

Se detectó una retórica estigmatizante para referirse a los indígenas, a sus acciones, sus demandas o a las consecuencias de éstas, en cuanto son vinculadas solo a atributos de valencia negativa. Se dice que su defensa es *básica* y su resistencia *feroz*, que su presencia transforma la “habitual calma” o motiva “un fuerte resguardo policial” y que sus críticas son *duras*, o que debido a su presencia en tanto “grupos violentistas mapuches”, “los agricultores viven atemorizados”.

El análisis también permitió detectar la eficacia de la violencia simbólica sobre los indígenas, presos de las representaciones estigmatizantes que los no-indígenas hacen de ellos. Es así como en una nota los indígenas se afirman sobre la base de un estigma: “dicen que somos flojos, déjennos demostrarles que no lo somos”. Pero la atribución de flojos no ha sido realizada por ellos mismos, sino por los no-indígenas, por lo tanto tener que demostrarles a éstos lo contrario finalmente termina siendo a su vez una forma de autoafirmación no a partir de cómo se ven a sí mismos sino de cómo son vistos externamente.

En síntesis, la generalidad de las noticias analizadas presenta las demandas de los indígenas de un modo que –al concentrarse en los enfrentamientos entre manifestantes y fuerzas policiales- las vuelve un problema de orden público. Lo que se transmite es la idea de un pueblo históricamente *oprimido* pero al mismo tiempo *peligroso* toda vez que aparece comprometido o relacionado con hechos directos o indirectos de violencia. El logro final de una estrategia informativa como ésta, es la asociación de la etnia mapuche con la *inseguridad*, es decir mapuche es igual a peligro. Más aún, dos de las notas llegan a referirse al conflicto y a las formas de protesta indígena como actos de terrorismo. Es decir, de lo que se informa es de los enfrentamientos en sí, aislándolos de las motivaciones a las cuales están vinculados, quedando así solo como violencia o ilegalidad, lo que es de algún modo una contribución a su deslegitimación.

Y este punto es interesante en la medida que muestra que –contrario a la relación entre opinión pública y TV para la percepción del tema de los delitos de mayor connotación social- aquí las audiencias tienen una capacidad para romper su consenso con la TV. Es así como en la Encuesta Nacional de Televisión 2002, las minorías étnicas son el único actor respecto del cual los televidentes de distintos sectores concuerdan que su presencia en pantalla *es insuficiente* (54,9%) y que además, se transmite una imagen de ellos como *peor de los que son* (48,8). Este dato permite establecer como hipótesis que el estilo informativo utilizado para informar sobre los mapuches –que busca el posicionamiento de un sujeto informativo como ente dañino- es una estrategia o política que logra ser percibida por la audiencia y que puede contribuir a un cuestionamiento de la veracidad informativa en los medios por parte de éstas.

Excursio 2: El Paro del 13 de agosto

El 13 de agosto del 2003 se realizó en Chile un paro nacional convocado por la Central Unitaria de Trabajadores (CUT). Era el primer paro nacional convocado desde el fin de la dictadura. En el caso de este otro ejemplo de cobertura de un conflicto social por la TV, un análisis de los cuatro principales canales de TV ese día arrojó los siguientes hallazgos:

- Todos iniciaron tanto el bloque de titulares como el primer bloque del programa con el paro de la CUT como tema.
- En promedio, los canales dedicaron 17 minutos y 30 segundos a informar sobre el paro. Esto equivale a 1/3 de la información del día, si excluimos el tiempo destinado a publicidad.
- Más allá de algunos matices, cuatro fueron los ejes temáticos con los cuales se abordó el paro. El eje que articuló a los demás fue el de las alteraciones al orden público en el centro de Santiago como consecuencia de la marcha que realizaron los parados, las cuales fueron *semantizadas* desde la referencia a *delincuentes* y *lumpen* infiltrado.
- No hubo ninguna referencia a los motivos del paro en ninguno de los 4 canales.

De esta manera, cabe preguntarse si las marchas hubiesen tenido la cobertura televisiva que alcanzaron sino hubiera sido por el grado de enfrentamiento entre manifestantes y carabineros (que por lo demás tuvo bastante de provocación por parte de la policía, según pude apreciarlo yo misma y de manera directa).

Los datos proporcionados por ambos excursos permiten afirmar que el discurso sobre seguridad ciudadana asociado a la afirmación del orden público, restringe el modo de abordar periódicamente las movilizaciones ciudadanas en pos de demandas sociales, pues no existe un marco para tratarlas fuera de los hechos de violencia que pueden producir y son procesadas solo desde esta óptica; es decir, como violencia callejera o alteraciones al orden público. Porque no existe otra forma de nombrar estos hechos que no sea desde la *semantización* del des-orden.

Quizás la pregunta más importante que surge aquí tiene forma de desafío para los profesionales de la comunicación, a saber: ¿cómo informar de (y no solo impactar con) las manifestaciones públicas de protesta o de insatisfacción ante determinados problemas sociales, superando el enfoque criminalista o al menos equilibrando la presentación de las posibles expresiones de violencia que estas manifestaciones pueden llegar a tener con aquellas que no lo son?

Palabras finales

La seguridad ciudadana es un tema de alta relevancia en la estructura de los noticieros y en la constitución de la agenda pública. La *semantización*, el uso de imágenes o la ubicación en el noticiero denotan tomas de posición por parte de los *media*. Sin embargo, los hallazgos permitan afirmar que esta relevancia no se condice con el nivel de responsabilidad profesional con el cual es abordado este tema.

¿Qué se puede decir a partir de los datos sobre las percepciones que ayuda a construir el tratamiento informativo que reciben los temas de seguridad ciudadana y los conflictos sociales en la TV?

En primer lugar, este tratamiento otorga legitimidad y consistencia a las ideas de vulnerabilidad e impunidad. Los criterios para construir y presentar la información tienen que ver más con el impacto y no con la relevancia objetiva de la información en cuanto a número de afectados o costos económicos implicados. Se pone el acento en la imposibilidad de la sociedad toda para administrar los riesgos implicados en una sociedad compleja. Y se entrega una baja cobertura a las medidas tomadas por los organismos públicos responsables, así como de la resolución policial o judicial.

En segundo lugar, este tratamiento posiciona la idea de la seguridad ciudadana como un problema de orden público, con los consiguientes corolarios: la delincuencia como un asunto institucional que se resuelve desde el Estado; los delitos de cuello blanco, la corrupción o las negligencias médicas no son *semantizados* desde el periodismo como delitos que atentan contra la seguridad ciudadana, cuando a menudo el costo económico o humano puede ser mucho mayor; las movilizaciones ciudadanas en pos de demandas sociales son abordadas de un modo restringido, pues no existe un

marco para tratarlas por fuera de los hechos de violencia que pueden producir y son procesadas solo desde esta óptica. Finalmente, restringe el rol de la ciudadanía a un rol de clientes o víctimas, devaluándose con esto su dimensión más proactiva.

Conclusión: la inseguridad como un problema abrumador y sin solución, respecto del cual solo caben las estrategias individuales de protección.

Sin embargo, como pudo observarse en los datos sobre audiencia, pareciera que no todo está perdido. La TV influye en las jerarquizaciones y juicios que pueden llegar a hacer las audiencias, pero otros datos también muestran que son capaces de reconocer que la TV construye una representación de la realidad que implica una selección y abultamiento de unos temas sobre otros. Se confirma en este sentido la tesis de investigadores como Jesús Martín Barbero o David Morley, quienes junto a otros investigadores especialmente ligados a la corriente de los estudios culturales, han señalado que la recepción es un espacio donde simultáneamente coexiste la aceptación y la resistencia de las audiencias ante los consensos que imponen los medios de comunicación de masas (Barbero, 1982; Morley, 1996).

¿Qué hacer entonces?

Los periodistas que se dedican a los temas policiales y de seguridad ciudadana tienen un rol importante en la presentación del tema y su relevancia social. De manera particular, aquellos que trabajan en televisión, dado el lugar que ocupa este medio de comunicación en la vida cotidiana de las personas.

El punto fundamental es que, para evitar la percepción excesiva de inseguridad, no es necesario ni beneficioso silenciar o censurar información. Se trata, en cambio, de desarrollar una cobertura suficiente y un tratamiento adecuado para la comprensión del fenómeno de la delincuencia y la criminalidad, al tiempo que muestre la importancia de actitudes de tolerancia, comprensión, ayuda y cuidado para revertir la percepción de la ciudad como un territorio externo y peligroso que finalmente es contraproducente para los mismos ciudadanos. Si habitualmente los *media* suelen concentrarse en lo que concierne a la denuncia sistemática de delitos y el seguimiento de algunas políticas llevadas a cabo en el tema, suelen dejar de lado su facul-

tad para afianzar roles sociales que, ante el nuevo panorama socio-cultural, se desintegran o volatilizan en medio de una creciente sensación de inseguridad en la que ellos mismos juegan un rol determinante. Si se toma en cuenta la capacidad de los medios para promover sentimientos comunitarios alternativos, es evidente que es esta veta la que debe ser explorada y explotada, especialmente en lo que se refiere a la relación entre medios de comunicación y seguridad ciudadana.

Desde el punto de vista del quehacer periodístico debiera procurarse trabajar en el reconocimiento de los supuestos desde los cuales se narran los hechos (valores, creencias, miedos personales); diversificar la representación de la ciudadanía; desarrollar estrategias para traspasar al formato televisivo la complejidad de posiciones dentro de la discusión; buscar puntos de acercamiento entre la lógica de los medios y la lógica del sistema judicial. Finalmente, generar enfoques y tratamientos de los hechos que nos recuerden nuestros riesgos e inseguridades con un estilo que promueva simultáneamente los vínculos sociales y afirme la posibilidad que poseen los ciudadanos para manejar en términos colectivos la vulnerabilidad.

Finalmente, en términos de estrategias a desarrollar desde la academia, se sugiere:

- Desarrollar alianzas con los periodistas mediante la generación y sistematización de información que contribuya a contextualizar y a profundizar los debates sobre el tema. Una investigación del CESC arrojó como resultado que en la generalidad de los grandes medios nacionales (televisión, prensa escrita y radio) no hay conocimiento experto en ninguno de los temas relacionados a conductas tipificadas como delitos, lo cual incide en el modo en que los medios informan de estos temas (Das- tres, op.cit).
- Desarrollar observatorios de medios, ya sea a nivel nacional o internacional, haciendo un seguimiento de los medios de masas con metodologías estandarizadas que permitan legitimar los hallazgos, destacando sus fortalezas como sus debilidades en pos de un mejoramiento en el tratamiento y cobertura de la información. Al respecto, las experiencias desarrolladas tanto por el CESC como por el CNTV pueden servir de insumos para este objetivo.

Bibliografía

- Álvarez, C.; Farré, M. y Fernández, D. 2002. *Medios de Comunicación y Protesta Social*. Buenos Aires: La Crujía Ediciones.
- Barbero, Martín J. 1982. "Cultura Popular y Comunicación de Masas". Ponencia presentada al 1º Foro Internacional sobre Comunicación y Poder. Lima, Perú.
- Bauman, Z. 1999. *La Globalización. Consecuencias humanas*. Cap. 5. Buenos Aires: FCE.
- CNTV. 1996. *¿Qué piensan los chilenos sobre la violencia televisiva?*
- CNTV. 1998. *Cinco estudios sobre violencia y televisión en Chile*.
- CNTV. 2002. IV Encuesta nacional de televisión.
- Dastres, C.; Muzzopappa, E.; Sáez, Ch.; Spencer, Ch. 2004. *La construcción de noticias sobre Seguridad Ciudadana en prensa escrita y televisión ¿Posicionamiento, Distorsión o Comprensión?*. CESC – CNTV (manuscrito).
- Dastres, C. 2002. *¿Visiones Personales, Ideología o Mercado al momento de Informar?. Un análisis de noticias sobre inseguridad ciudadana desde el emisor*. Santiago: Serie Estudios CESC. Instituto de Asuntos Públicos, U. de Chile.
- Mc Dowell. 2000. *Género, Identidad y Lugar*. Cátedra. Valencia.
- Morley, D. 1996. *Televisión, audiencias y estudios culturales*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- PNUD – Chile. 1998. *Informe de desarrollo humano. Las paradojas de la modernización*. Cap. 4 .
- Rodríguez, E. 2002. *Violencia es mentir. El papel de los periodistas movileros en la representación de la protesta social*. Ponencia presentada al Seminario de Televisión y Violencia - CNTV (Ago. 21 – 22.)
- Wacquant, L. 2001. *Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial

Violencia, miedos y medios de comunicación: desafíos y oportunidades¹

Lucía Dammert²

Introducción

El rol de los medios de comunicación en el incremento de la violencia y el temor ciudadano es un tema aún en debate. Si bien los medios de comunicación masiva tienen un rol central en la difusión, construcción y discusión de determinados temas públicos, su impacto sobre el aumento de la violencia y el temor no ha sido analizado sistemáticamente en América Latina. De hecho los estudios realizados en los Estados Unidos y Europa muestran conclusiones divergentes sobre esta relación.

A pesar de esta falta de “evidencia empírica concluyente”, es evidente que en la actualidad “ya nada pareciera repetirse; todo se recrea y reprograma sin pausa en el lenguaje omnímodo de la informática y en la extroversión comunicacional de los mass-media” (Hopenhayn, 1994: 25). Por ende, es necesario destacar que consideramos que los medios no son un elemento abstracto que participa de la vida social, por el contrario son un actor con intereses económicos y políticos claros.

Este análisis se complejiza por la carencia de un marco conceptual que permita definir la situación. Así, en Chile por ejemplo se establece “Entre los periodistas y editores no existe una definición compartida de la seguridad ciudadana, ni una visión común sobre cómo se reduce la inseguridad”

1 El presente artículo es una sistematización de la ponencia presentada en el seminario “La violencia en los medios de comunicación. Generación noticiosa y percepción ciudadana” desarrollado en Julio 2004 en FLACSO-Ecuador. En su elaboración colaboró José Manuel Ferreiro en la búsqueda de información bibliográfica.

2 Investigadora de FLACSO Chile. lucia@flacso.cl

(Dastres, 2003:110). Esta situación conlleva en muchos casos a reproducir discursos poco informados sobre la situación, apelando especialmente al sentido común.

El presente artículo busca describir elementos de este análisis, dejando de lado la falsa dicotomía medios/inseguridad. La información utilizada es de carácter cualitativa y cuantitativa, con el objeto de presentar aristas del problema que no son generalmente analizadas en conjunto. En este sentido, se presenta una propuesta de interpretación del rol de los medios en la cobertura de información sobre seguridad que debe ir unida a una posterior propuesta de responsabilidad social de los medios en la cobertura de información. Si bien se ha tratado de analizar los medios en su totalidad, es innegable que la televisión se ha convertido en el nuevo narrador nacional, que cuenta con la confianza de la población, por lo que en muchas ocasiones se pone énfasis en este medio.

En este sentido, se dibujan interrogantes que requieren ser analizadas en profundidad ¿Son los medios los causantes del temor ciudadano? ¿La presencia de actos violentos, en los medios, genera más violencia? Los limitados estudios empíricos realizados en la región muestran evidencia variada.

La situación de la seguridad en América Latina

A partir de la década del 90 se instala en América Latina la preocupación por un tipo particular de violencia: la criminal vinculada específicamente a delitos contra el patrimonio y las personas. Si bien en décadas pasadas la región atravesó periodos de dictadura militar y guerras civiles donde se cometieron actos de violación permanente de derechos humanos, es interesante notar que la preocupación general por la seguridad de las personas se consolida a mediados de los años 90.

Esta puesta en escena del discurso de la seguridad puede ser explicada desde una perspectiva doble. En primer lugar por una que pone énfasis en el desarrollo del negocio de la seguridad privada, y la presencia de una agenda política que establece un nuevo enemigo interno (los delincuentes). En segundo término, en una mirada que hace hincapié en la presencia de un modelo inequitativo y excluyente de importantes partes de la sociedad. Si bien ambos análisis tienen elementos que deben ser considerados en el aná-

lisis local de la construcción de la agenda de la seguridad, cuatro hechos son innegables en toda la región.

En primer lugar se evidencia un aumento de la violencia marcada por tasas de homicidio regionales que la ubican en el segundo lugar más alto del mundo (OMS, 2003). Cabe notar que países como El Salvador y Colombia presentan tasas de homicidio que en la práctica triplican los niveles mundiales por lo que impactan fuertemente en el promedio regional. Pero, más allá de estas disparidades nacionales, ciertamente el impacto del narcotráfico y sus consecuencias en la masiva disponibilidad de armas, unido a una cultura que privilegia la resolución no pacífica de los conflictos (desde los familiares hasta los sociales) tienen impacto en estos indicadores.

En segundo lugar, las tasas de delitos denunciados han aumentado notablemente en todos los países de la región. Si bien la comparación internacional se dificulta por las diferentes tipologías delictivas usadas en cada país, el análisis nacional muestra tendencias crecientes en los delitos contra la propiedad y contra las personas. En este punto es necesario destacar que este aumento no se relaciona directamente con el aumento de la criminalidad, sino la confianza en las instituciones conlleva a una disminución de la cifra negra y por ende a una mayor proclividad a denunciar. Lamentablemente, en la mayoría de países latinoamericanos la evidencia permite sustentar que ha crecido la criminalidad y por ende no ha disminuido sustantivamente la cifra negra de no denuncia.

Un tercer elemento a tener en cuenta es la emergencia de la *sensación de inseguridad o temor* como problema público. Diversos estudios realizados en la región muestran niveles de temor en la población relevantes, que impactan en áreas tan diversas como: la estructura de crecimiento de la ciudad (cada vez más enrejada y segregada), la privatización de la seguridad, el aumento de la desconfianza ciudadana, y la sensación de impunidad frente al delito. Si bien esta situación se identifica a partir de inicios de los años 90, diversos estudios muestran que este temor a la delincuencia esconde muchas veces otros temores característicos de la vida actual (precariedad laboral, carencia de coberturas de salud y previsión social, entre otros) (PNUD, 1998). De igual manera, la forma como ha crecido la ciudad (planificada o no) se caracteriza por niveles de segregación importantes que apoyan la configuración de un *otro* identificable socioeconómica y territorialmente.

Aparejado con los elementos mencionados previamente, se evidencia un aumento de la cobertura en temas policiales o de seguridad (Dastres, 2003). Si bien se puede afirmar que la cobertura aumenta por que aumentan los delitos, es no menos cierto que la espectacularidad y puesta en escena de ciertos casos presentan un campo fértil para *hacer noticia* que logre la atención de la audiencia.

En este contexto, el rol de los medios de comunicación (en especial la televisión) en la conformación de la agenda pública así como en la construcción de imágenes sobre la (in)seguridad es un tema aún en debate.

El rol de los medios de comunicación

Los medios de comunicación han sido analizados desde perspectivas diversas cuyo estudio supera el objetivo del presente artículo. En general se puede afirmar que existen tres posiciones: En primer lugar aquella que plantea que los medios alteran el comportamiento del individuo (Katz y Lazarsfeld, 1995); además están aquellos que proponen que los medios son virtualmente incapaces de producir efectos independientes (Klapper, 1960). Finalmente, en la actualidad se ha establecido una postura intermedia que estima que tienen limitado efecto directo y su mayor influencia es indirecta y estrechamente relacionada con factores personales y ambientales (Barbero, 2002; Bourdieu, 1997).

En otras palabras, el debate sobre la relación entre los medios y la violencia o el temor ha superado una perspectiva maniquea que busca explicarlos a partir del rol de los medios como sus generadores. No obstante, esta relación es aún difusa y poco explorada empíricamente. A pesar de las limitaciones inherentes a estudios parciales y realizados en otros contextos, a continuación se realiza una breve reseña sobre estas relaciones.

Medios y violencia

El incremento de la cobertura mediática sobre actos violentos, así como la presencia en los contenidos de los programas especialmente de televisión de actos y actitudes violentas ha sido relevado en prácticamente todo el mun-

do. Así, otros autores concluyen que los medios ofrecen una imagen distorsionada de la delincuencia, exagerando la frecuencia y preponderancia del crimen violento por sobre otros tipos de delitos. Esta situación se vincula también con la presencia de intereses económicos, políticos y muchas veces ideológicos de los medios, que definen estrategias de acción de acuerdo estos elementos (Ramos y Guzmán, 2000).

Más allá de los motivos por los que la violencia se ha instalado en la comunicación diaria, es necesario avanzar sobre las implicancias que tiene esta presencia. Si bien es necesario destacar que dicho impacto tiene diversas consecuencias de acuerdo a las características del receptor de la información³, las principales hipótesis sostienen que la presencia de violencia en los medios tiene tres impactos: acostumbramiento, repetición, y temor.

El acostumbramiento se establece que la exposición prolongada de violencia mostrada por los medios puede desarrollar una falta de sensibilidad emocional de los sujetos hacia la violencia del mundo real y las víctimas de ésta. Situación que puede incluso provocar una indiferencia ante la victimización de los otros. Así, hechos que en otras circunstancias hubieran generado rechazo de la población son asumidos como cotidianos por la población. Ejemplos de este tipo es la cobertura de secuestros en Argentina y Brasil, hechos de abuso policial grabados en vivo, linchamientos comunitarios a delincuentes, entre otros. De esta forma, hoy en día no es raro encontrar imágenes de personas muertas o agonizando en circunstancias donde su calidad humana es abandonada y se convierte en un elemento del espectáculo televisivo. Lamentablemente, estas coberturas acaparan altos niveles de *rating* por lo que no solo la población se encuentra insensible a estas situaciones sino que además las consume frecuentemente.

Sobre esta situación, Stutman utiliza la metáfora del drogadicto para explicar lo que sucede con la violencia, de modo que entiende el consumo de violencia como un fenómeno que produce excitación en el sistema nervioso, excitación que afecta el “umbral del enojo”, así como las acciones agresivas y hostiles. Así, como todo drogadicto, el sujeto necesita mayores dosis para llegar a mayores niveles de excitación, y como todo drogadicto se irá desensibilizando frente a la violencia de los medios como la real (1995).

3 Así por ejemplo un estudio comparado concluyó que “la relación entre la violencia en la televisión y el comportamiento de los telespectadores jóvenes existe a través de la distintos países y culturas” (Huesmann y Moise, 1996),

Por otro lado, se sostiene que la reiterada muestra de actos violentos puede generar su repetición. Este argumento se ha utilizado especialmente en casos de violencia en las escuelas en los Estados Unidos donde la forma como se desarrollan se vincula con programas de televisión, y/o de juegos electrónicos. Así, la espectacularización del hecho violento puede generar un falso *glamour* del victimario que obtiene sus minutos de fama al salir en televisión.

Finalmente, la presencia de violencia en los medios es considerado un elemento fundamental en la percepción general de inseguridad de la población. A continuación se analiza dicha relación con más detalle.

Medios y miedos

El impacto de los medios en el aumento de la sensación de inseguridad de la población es un tema altamente debatido. En un inicio, los medios de comunicación surgieron como un importante factor para explicar la brecha existente entre los delitos denunciados y los niveles de inseguridad encontrada en la población. Sin embargo la literatura internacional ha encontrado evidencia mixta que no permite afirmar o negar esta hipótesis.

Así por ejemplo, Gerbner (1980), encontró que aquellos que ven más televisión generan temor antes que agresión y se sienten más amenazados, pues creen que la situación es mayor a la explicitada por la estadística oficial. En el mismo sentido, Garofalo (1981) encontró que la exposición de noticias de delitos se relaciona con un incremento de la presión pública por mejoras en la efectividad policial. Por otro lado, Haghghi y Sorensen (1996) no encontraron que la fuente de las noticias criminales sea un factor en el miedo a la delincuencia. En el mismo sentido, Halton concluyó que “los medios no son necesariamente tan influyentes como se pensó previamente en el aumento del temor”, mientras que otro estudio desarrollado en los Estados Unidos por Dowler (2003) encuentra cierta relación entre percepción de inseguridad y consumo de televisión, pero reconoce que es una relación débil.

En América Latina los estudios sobre esta temática son limitados y recientes. Sin embargo, en un análisis desarrollado por Tironi y Valenzuela en Chile no se encontró una asociación estadísticamente significativa entre exposición media a noticias policiales en TV y temor ante la delincuencia

(2003). Sin embargo, cabe destacar que existen estudios cualitativos que muestran el importante rol que tienen los medios en la definición de agenda, especialmente Barbero ha desarrollado una importante literatura sobre este tema, concluyendo en uno de sus últimos estudios que “el terror circula de punta a punta de la geografía por la puesta en escena de que él hacen los medios que viven de los miedos” (Barbero, 2002: 21)

En este sentido, si bien se reconoce la débil relación directa que tiene la exposición de los medios sobre el aumento del temor ciudadano, concordamos con Dowler cuando concluye que “los medios de comunicación juegan un rol importante en la construcción de la criminalidad y del sistema de justicia criminal. La percepción del público sobre las víctimas, los criminales, los desviados, y los encargados del orden esta largamente determinada por su presentación en los medios”.

En otras palabras, queda aún pendiente la realización de análisis cualitativos y cuantitativos que puedan avanzar en el conocimiento de esta compleja interrelación. Partiendo del supuesto que en el proceso de recepción noticiosa inciden múltiples factores: individuales (raza, edad, sexo, nivel de ingreso, género), de contexto (cultural-cognitivo, existencial, resistente) (Callejo, 2001). Así como, la predisposición del observador o la aceptación social de la violencia (Lab, 2000), la sensación de impunidad o corrupción de las instituciones gubernamentales, entre otros.

Percepción ciudadana sobre los medios de comunicación ⁴

El impacto de los medios de comunicación en el establecimiento de agendas y actores en el debate de la seguridad es sin duda relevante. Desde el punto de vista de la opinión pública son varios los elementos que deben considerarse a la hora de analizar las diversas aristas de este impacto. En este apartado analizamos estos elementos con información que nos permite por lo menos trazar un esquema donde los medios tienen un rol activo en la definición de la agenda pública.

4 La información del Latinobarómetro utilizada en esta sección fue proporcionada por la empresa Mori y Asociados para el proyecto Seguridad Ciudadana en la Región Andina.

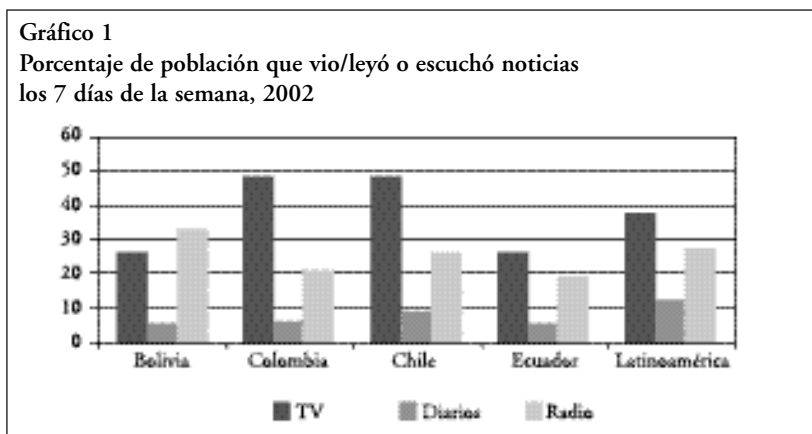
Presencia cotidiana de los medios

Uno de los elementos que muestran el rol de los medios de comunicación en la sociedad es la utilización que se hace de los mismos. Más allá de la relación casi personal que se establece con la televisión cotidianamente, cabe destacar que un porcentaje importante de la población dice ver noticias todos los días de la semana. Así, como se puede observar en el gráfico 1, alrededor del 40% de la población en América Latina vio las noticias de la televisión diariamente, seguida por la radio y finalmente los diarios que sobrepasan levemente el 10%. Esta situación tiene características nacionales que vale la pena resaltar, así por ejemplo los porcentajes de población que atiende estos programas es mayor en Colombia y Chile, mientras que las radios tienen una audiencia mayor que la televisión, que atiende los noticieros diariamente.

Estos porcentajes crecen significativamente si se suman aquellos que ven las noticias entre 5 y 7 días a la semana lo que muestra una audiencia cautiva que recurre a los noticieros como principal medio informativo.

En otras palabras, la información analizada permite poner en duda aquellas propuestas que la población está *desconectada* de las noticias y por ende el impacto de las mismas es limitado. Ciertamente esta información esconde el nivel de atención que se le presta a la información entregada, aquella que concentra el mayor interés y sobretodo el motivo por el cual se asigna tiempo diario a esta actividad.

Gráfico 1
Porcentaje de población que vio/leyó o escuchó noticias los 7 días de la semana, 2002



Concordante con lo anterior, información sobre Chile de la última encuesta del Consejo Nacional de Televisión (CNTV) muestra que diariamente el 79,4% de los chilenos consume televisión abierta, mientras que 68,3% hace lo mismo con la radio y 22,4% con los diarios de circulación nacional (CNTV, 2002). Este mismo estudio muestra que el consumo de televisión crece considerablemente al acercarse las horas de transmisión de los noticieros informativos (televisión abierta), que la misma gente evalúa como “muy buenos” en un 69,3% de los casos. (CNTV, 2002). Más aún, la presencia de noticias relacionadas con el tema de seguridad en los noticieros de la televisión abierta es superior a la de cualquier otro tema de la agenda nacional, ocupando el 27% de las preferencias de cobertura de los canales de la televisión abierta y superando, así, a los temas de política (12,7%), economía (12,2%) y medioambiente (10,9%). Además, estas noticias son presentadas en los bloques de alta importancia -en más de un 40% de los casos- y como titulares del noticiero en más de un tercio de los casos (Dastres, 2003). Por ende los medios, y en especial la televisión, se han convertido en un miembro de nuestros hogares que de forma permanente transmite mensajes sobre seguridad, criminalidad y desconfianza. Los que a su vez son consumidos, asumidos y/o retransmitidos por los otros sujetos.

Desconfianza institucional y confianza medial

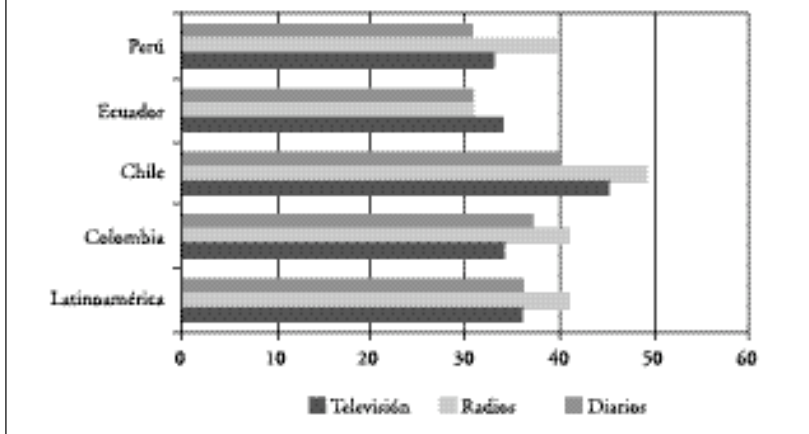
La confianza expresada en los medios de comunicación es un segundo elemento a considerar, debido a los altos niveles que expresa la población. En este sentido, como se puede observar en el gráfico 2, más del 40% de la población entrevistada asegura tener alta confianza en las radios, seguidas por los diarios y la televisión.

Esta situación se presenta en todos los países analizados, con la excepción de Ecuador donde la televisión concentra un mayor porcentaje de la población que les brinda alta confianza. La relación de cercanía, inmediatez y muchas veces menos rigidez de los programas de radio pueden ser elementos a considerar en la confianza que generan en su audiencia.

Estos niveles de confianza se contraponen con los niveles de confianza en las principales instituciones de gobierno vinculadas con la temática, las que en su totalidad no alcanzan el 50% de la población. Entre los países analizados se destaca Chile donde tanto la policía como el gobierno

Gráfico 2

Porcentaje de población que tiene alta confianza en los medios, 2002



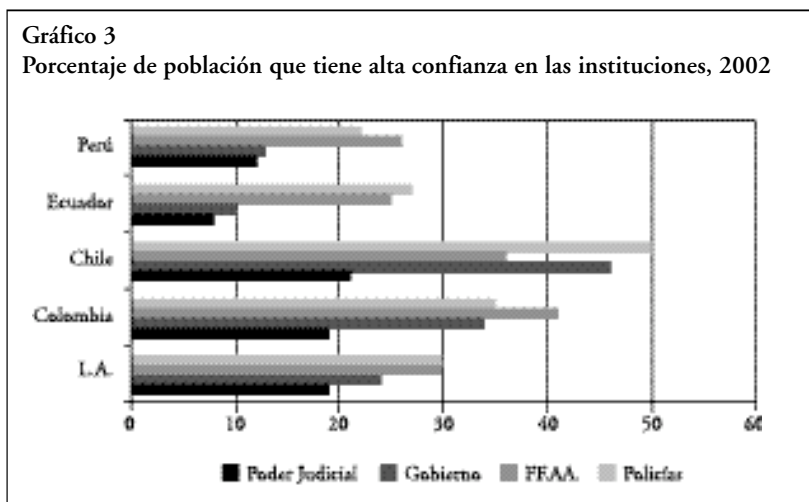
concentran porcentajes de confianza muy superiores al promedio latinoamericano.

Cabe destacar que la Justicia aparece en todos los países analizados y en el promedio latinoamericano como la institución con menores niveles de alta confianza. Esta situación se relaciona también con la imagen que presentan los medios de comunicación donde se reitera la metáfora de la *puerta giratoria* donde los delincuentes entran y salen del sistema. En todo caso es notable que esta situación se presenta en países que han atravesado profundas reformas penales así como en otros donde esto no ha sucedido.

De esta forma, se puede afirmar que los medios de comunicación se instalan como una institución que entrega lo *verdadero*, que representa la situación *real*, frente al discurso y práctica *poco confiables* de las instituciones públicas. Esta situación, se contrasta con la afirmación de Dastres que establece que para el caso chileno “cada profesional de la comunicación y cada medio utiliza un enfoque particular sobre el tema, sin contar con más conocimientos que los empíricos y el feedback de las audiencias” (2003:110). Esta situación permite interrogarnos sobre la calidad de la *verdad* que aprenden los ciudadanos diariamente.

Gráfico 3

Porcentaje de población que tiene alta confianza en las instituciones, 2002



Definición de agenda pública

Sin duda uno de los principales desafíos en el debate público actual es la forma como la ciudadanía se informa de los temas que considera importantes. Considerando que se atraviesa un proceso de deslegitimación de las organizaciones políticas, y de organización ciudadana en general; los medios de comunicación quedan como el principal narrador de los temas públicos.

De esta forma, en el gráfico 4 se evidencia el rol central de la televisión como informador de los asuntos públicos (cabe resaltar que no se explicita lo que los entrevistados entienden por asunto público).

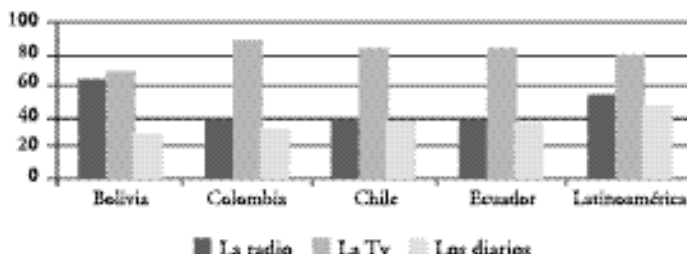
Esta situación se repite en todos los países analizados con la excepción de Bolivia donde se vuelve a reiterar la importancia de la radio como medio de información. Sin lugar a dudas esta información es aún parcial y requiere mayor detalle para avizorar la incidencia que tienen los medios en la población de acuerdo a características de género, edad y nivel socioeconómico.

La noticia como reality show

El tiempo es uno de los elementos centrales en la difusión de la noticia, y en la actualidad se privilegia la inmediatez (caracterizada por la noticia *en*

Gráfico 4

Medio por el que se informa de asuntos públicos, 2002



vivo) por sobre la preparación de la noticia. Un ejemplo de esta espectacularización en tiempo real, es la cobertura mediática del secuestro del bus 174 ocurrido en Río de Janeiro que terminó con el homicidio del secuestrador a manos de la policía, que se instaló como un espectáculo seguido por millones de brasileños *en vivo*. Los medios llegaron incluso a transmitir la radio policial, generando *noticias* de forma continua, las cuales en muchos casos fueron desvirtuadas posteriormente. Así, Cesar Caldeira en una interesante interpretación del hecho dice “Depois a televisão começa a transmitir ao vivo as negociações entre os policiais e o delinqüente, que mantém uma arma apontada para a cabeça de uma das reféns” (2003). No solo estas coberturas muestran los hechos sino que también generan una *platea* que responde a las mismas, en el caso mencionado aparecen las principales figuras públicas en los medios tratando de responder o explicar la situación “Na pressa em se pronunciar em tempo de virar notícia na televisão, o Governador não teve tempo de se informar sobre a morte do seqüestrador e sua efetiva causa” (Caldeira, 2003).

De igual manera, esta temporalidad se evidencia en la desaparición de los hechos, los que una vez que han sido cubiertos en su espectacularidad dejan el escenario de la preocupación medial.

¿Realidad o sensacionalismo?

Uno de los debates centrales sobre el rol de los medios se instala sobre la percepción que los representan de forma exagerada los hechos delictuales (Ba-

rak, 1997; Wright, 1985). Si bien esta situación depende de cada realidad nacional e incluso local, es evidente que en los últimos años la presencia de noticias de seguridad se ha incrementado y cambiado. Así, la cobertura periodística ha pasado por un doble proceso de transformación que se vincula con el aumento del consumo de este tipo de información por un lado, y la politización del tema por otro.

En este sentido, es necesario destacar que las noticias consideradas de *crónica roja* son cubiertas de forma regular por los medios de comunicación masiva. Así, las noticias sobre robos, hechos violentos, resultados de investigaciones policiales, han sido parte de la información entregada por los medios desde siempre.

Sin embargo, en la actualidad los detalles entregados, el énfasis en los hechos violentos, la búsqueda de la espectacularización del hecho, la falta de contexto, y la presencia cotidiana de los llamados expertos (generalmente representantes de empresas privadas de seguridad) son elementos claves para la difusión mediática. Así, la mirada de Cose a inicios de los años 90 en los EEUU parece ser apropiada para nuestra realidad: “los reporteros, como vampiros, consumen sangre humana. Historias de tragedia, y asesinatos son temas cotidianos de los titulares y programaciones de televisión. Pero los periodistas rara vez restringen sus notas sobre los sórdidos casos presentados. Si las víctimas de estos incidentes son poderosos, ricos o virtuosos de alguna forma, son convertidos en mártires de una batalla épica entre los buenos y los malos” (1990:19).

Aún más, diversos estudios realizados en los EEUU muestran que la cobertura mediática de la criminalidad evidencia la presencia de “olas de crimen” donde los medios se dedican casi por entero a documentar un número pequeño de casos (Barkan, 1997).

En este proceso se conforman los *mitos de la delincuencia*, generados no solo por los medios, sino también por actores políticos y miembros de las instituciones vinculadas a la justicia y la policía. Mitos que en su mayoría se centran en los grupos de la población menos populares: minorías étnicas, sexuales; jóvenes y pobres. Ejemplos de estos mitos se relacionan con la efectividad de la justicia y la presencia de microtráfico de drogas. En el primer caso, la metáfora de la *puerta giratoria* de la justicia está enraizada en la opinión pública, que siente que la justicia no es efectiva, y que ayuda a aquellos que cometen delitos. De igual manera, raramente aparecen noticias so-

bre consumo o microtráfico en las zonas más residenciales de la ciudad, por el contrario, estas noticias tienden a concentrarse en las áreas más deprimidas y precarias. Lamentablemente, una vez generada esta mitología criminal, es muy difícil detenerla o incluso relativizarla.

El segundo eje de la transformación en la cobertura sobre la seguridad se vincula con la utilización política de la misma. Un ejemplo de esta situación es descrita por un editorial, escrito por el ex subsecretario de Interior de Chile y actual diputado Jorge Burgos quien opina⁵: “mientras más se aproximen las elecciones municipales, las parlamentarias y presidenciales, los chilenos deberemos ir acostumbrándonos a conocer propuestas esencialmente facilistas”; más aún, afirma “en todo caso, es muy posible que varias de las propuestas, luego que terminen las campañas, caigan en el olvido, incluso de los hoy mediáticos proponentes”. Es así como, la cobertura no se centra únicamente en el hecho delictivo o violento sino que además establece un debate político sobre las mejores medidas para disminuir esta situación.

De esta manera se produce una migración de la noticia de las páginas policiales a los editoriales y opiniones de los principales medios de comunicación. Si bien este debate se produce entre un número más o menos reducido de personas que siguen este tipo de información, es cierto que generan agenda política de debate. Lamentablemente, la mayoría de estas propuestas tiene como fuente principal los mitos descritos previamente, por lo que las salidas carecen de sustento empírico. Claramente uno de los principales desafíos se encuentra en esta área debido a la necesidad de detener el espiral de propuestas -muchas veces desinformadas que se proponen y en muchos casos se implementan-.

Sin duda, los elementos presentados previamente muestran una situación donde los medios se conforman con un actor privilegiado en el debate e información de los temas de seguridad. Sin embargo, la complejidad de la temática requiere de una complementación con información cualitativa que permita identificar como la ciudadanía se acerca, percibe y utiliza los medios. A continuación se presentan los resultados de un estudio cualitativo realizado en Santiago de Chile sobre estos temas.

5 El Mercurio, 15 de Agosto, 2004.

El discurso de la población sobre los medios⁶

“...gran parte de la inseguridad de los chilenos está creada por los medios de comunicación...pero lo que se vende en ese tratamiento son soluciones más bien individuales...” (Entrevista masculino, NSE alto).

Además de la información relevada mediante encuestas de opinión, es necesario analizar esta temática integrando información cualitativa. Dicha información, nos permite identificar elementos discursivos presentes en la sociedad que pueden o no estar ligados con los códigos utilizados por los medios. De esta forma, a continuación se incluyen los principales resultados de un estudio realizado en Santiago de Chile durante el año 2003.

En este estudio, la centralidad de los medios de comunicación es evidente en el análisis de los discursos ciudadanos, los que a su vez caracterizaron la alta cobertura mediática y los altos niveles de credibilidad.

“(...) la televisión sale directo, o sea, hacen entrevistas a personas (...) Es más directo”. (Grupo focal femenino, NSE bajo).

“Que la parte de la influencia de los medios es super importante, yo creo que, estoy de acuerdo con todos los puntos que dijeron, pero no creo que sea lo más importante, lo más importante son los medios (...)” (Masculino, entrevista NSE alto).

“Yo por lo menos en la televisión, lo que escucho/ todos los días?/ Si, mal que mal, todos los días uno está en la tele o escucha algo...” (Grupo focal femenino, NSE, alto).

Sin embargo, la recepción que se hace de la información recibida no es pasiva, ya que incluye una visión escéptica respecto de los medios en todos los niveles socioeconómicos, grupos etarios y de género. La crítica más generalizada hecha por los entrevistados, respecto del rol que cumplen los medios en el tema específico de la seguridad ciudadana, refiere principalmente al exceso de sensacionalismo.

6 Este análisis se realizó en el marco de la investigación “Ciudadanía, espacio público y temor en Chile” realizado con Rodrigo Karmy y Liliana Manzano en el Centro de Estudios en Seguridad Ciudadana.

“Son amarillistas, sensacionalistas, siempre se vende más una noticia mala que una buena...” (Entrevista femenina, NSE Alto).

“Todo lo que tenga que ver con violencia, con droga, con asalto todo eso lo comunican con mucho escándalo, y va a seguir...” (Entrevista femenina, NSE Alto)

Paradójicamente, en muchos casos se destaca la instalación del delincuente como una figura o actor principal, e incluso hasta víctima de las circunstancias, ya que aparece en cierta forma como protegido o defendido por los medios.

“...como que aplaude a la delincuencia...como van los tipos arrancando...después entrevistan a la mamá del delincuente...entonces la televisión protege al delincuente...” (Entrevista masculino, NSE bajo)

“Al preguntar en que radicaría la sensación de temor se responde: “O sea ahí también influye todo este problema de comunicación, porque si no se dijieran en todos lados se roban celulares, en los reportajes, nadie andaría preocupado de...seguirían quizás robando.../ (...) sobreexponen, no sé si sobreexponen.” (Grupo focal masculino, NSE alto).

Por otro lado, se señala que existe cierto ocultamiento o manipulación de la noticia de seguridad. Cabe señalar que no encontramos un argumento del tipo *teoría conspirativa* que explique la importancia de la noticia debido a factores políticos o económicos. Solo unos pocos entrevistados declararon que detrás del manejo mediático existe una utilización ideológica dirigida hacia intereses económicos o políticos personales (o de ciertos grupos), reconociendo la capacidad de argumentación y el contenido político de las coberturas. Estos entrevistados se distinguen por ser hombres de niveles socioeconómicos altos o medios.

“...se juntan 3 personas...y ellos son los medios...y cuando aparece la seguridad ciudadana, aparece porque somos todos ignorantes...los pusieron ellos porque quieren más...” (Entrevista masculino, NSE alto)

“Yo creo que los medios de comunicación le dan más importancia a la cosa de la farándula, pero temas realmente importantes que pasan en la sociedad, lo abarcan muy poco.” (Grupo focal masculino, NSE alto)

“Inducen, manejan la información y ellos muestran lo que quieren mostrar.” (Grupo focal masculino, NSE medio)

Por el contrario, los entrevistados reconocen la importancia del mercado y la esencia de los medios como un negocio donde la pelea por el *rating* lleva a magnificar algunos hechos.

“... los medios de comunicación hace hartito que dicen la verdad a medias...les conviene que haya más problemas porque también venden...” (Entrevista masculino, NSE medio).

“... este último tiempo están orientados a denunciar, y tratar de ganar puntos de *rating*...” (Entrevista masculino, NSE medio).

Por otro lado, en los estratos más bajos se percibe que las noticias traen consigo un elemento importante de discriminación hacia sus sectores, lo que se evidenciaría en la constante muestra de problemas de delincuencias y sobre todo narcotráfico en sectores poblacionales pobres. De igual forma se encuentra el reconocimiento que ciertos delitos no son *noticia* por la gente posiblemente vinculada con ellos, como los fraudes y delitos económicos en general.

“... en los temas políticos se les saca para que no salga todo al aire...las grandes estafas.” (Entrevista masculino, NSE bajo)

“Es buena por el lado de ellos, porque muestran cuando está el ladrón, lo están persiguiendo...pero no muestran acá en los lados pobres están... ahí mismo vienen a robar hasta el negocio... y eso no lo muestran...” (Entrevista femenina, NSE bajo)

“O en la misma tele sale que ahí siempre...la misma tele lo margina (...)
O la tele dice en la Legua se trafica pero hay gente buena, gente trabajadora.” (Grupo focal masculino, NSE bajo)

“Y tratan la noticia de acuerdo al estrato socioeconómico, o sea yo he visto periodistas, metiéndose dentro del funeral de gente de más bajos ingresos que lo asaltaron y lo mataron y preguntándole allí a la viuda que siente, yo no los he visto por ejemplo en la capilla de La Dehesa...ahí yo veo una diferencia, un respeto distinto.” (Grupo focal masculino, NSE alto)

En la misma línea argumentativa encontramos que se evidencia una sobre representación de hechos puntuales de gran connotación social como asaltos con rapto, violación, y homicidio ocurridos en sectores de estratos altos, los cuales además de ser analizados por la prensa, reciben atención privilegiada por parte del gobierno.

En otras palabras, los entrevistados consideran que los medios han adquirido una función educativa negativa: ya sea maleducando o ayudando al delincuente. Es decir, con la sobre exposición de actos violentos, de formas de cometer los delitos, y la impunidad de estos hechos, se estaría contribuyendo a difundir las conductas delictuales sin aportar con soluciones al problema.

“De repente informan tanto como robar, que están dando ideas a los ladrones para ir mejorando las formas de robar...” (Entrevista femenina, NSE alto)

“... están ayudando al delincuente a que no le tema a la sanción” (Entrevista masculino, NSE alto).

Paradójicamente, a pesar del reconocimiento generalizado de los excesos en la difusión de la noticia de seguridad, esto no conlleva a que se invalide el rol de los medios en el tema. Por el contrario, en el discurso de los entrevistados se observa una fuerte valoración por la posibilidad de informarse a través de los medios de lo que pasa en la sociedad, en especial en la televisión que es el medio claramente más utilizado.

“... realmente están dándonos a conocer cosas, porque antes se desconocían...” (Entrevista masculino, NSE medio)

“Que antes existían robos, pero no se publicaban como se publican ahora, sé que eran en menor cantidad que lo que existe hoy, pero gracias a los medios de comunicación, andamos todos más preocupados del tema.” (Grupo focal masculino, NSE alto)

Claramente esta situación se presenta como un arma de doble filo ya que además de instalar un tema en la agenda pública, potencialmente se puede instalar una audiencia pasiva e insensible en la forma como recibe la infor-

mación de los medios, tanto que no se buscan fuentes alternativas de información.

“... por la televisión uno se entera de todas las cosas, si no hubiera televisión...yo viviría como un pájaro aquí...” (Cristina, C2-C3)

“...por ejemplo hay 7 muertos en una parte según un canal y en otro dicen que hay 5 y así po uno va juntando las cosas y no les creo” (Entrevista femenina, NSE bajo).

“Yo creo que con respecto a los temas de robos y asaltos en Chile la gente ha perdido la capacidad de asombro (...)” (“Grupo focal masculino, NSE alto).

Esta valoración de la televisión como única fuente de información tiende a ser más fuerte en los estratos medios que en el resto (sobre todo en las dueñas de casa), ya que en los estratos bajos a veces se cree mucho más en la experiencia directa o de los vecinos que en la información transmitida por los medios, y en los estratos altos hay tendencia a buscar medios alternativos como la prensa o Internet. Por ello, solo en estos últimos se reconoce que ante la exageración o manipulación de la noticia de seguridad los auditores deben buscar diversas fuentes de información para *filtrar* de mejor forma lo que es real.

“... o sea hay que tener un filtro para ver un poco la información, tener la visión de varios canales” (Entrevista femenina, NSE alto).

“(...) en la medida en que informan más, uno va tomando más cuidado.” (Grupo focal masculino, NSE alto)

Volviendo a la primera parte de este artículo donde se reconocen posiciones teóricas que proponen que las audiencias no asumen los contenidos de la información como verdades sino, más bien, como opiniones relacionadas con una serie de intereses diversos; es posible afirmar que en Chile se encuentra evidencia de una audiencia más bien pasiva y poco crítica.

Temas pendientes

El análisis presentado en este artículo permite afirmar que los medios de comunicación juegan un rol central en nuestras sociedades pero, la vinculación entre medios y el temor o el aumento de la violencia no es clara, a pesar de la importancia que jugaron los medios como generadores de temor en la población a inicios de los años 90; sin lugar a dudas el análisis de su rol está aún en una fase inicial.

En este sentido, es necesario destacar que los estudios realizados sobre esta relación utilizan metodologías y conceptualizaciones divergentes sobre lo que se considera violencia en los medios, tipos de cobertura, entre otros. Por esto es necesario avanzar en análisis que consideren una definición sobre la violencia, los tipos de cobertura analizados, la forma como se presentan, los horarios en los cuales tienen mayor énfasis. Y por el lado de la audiencia, avanzar en una caracterización más detallada, considerando por ejemplo diferencias entre aquellos que fueron víctimas de un delito, las diferencias por género, edad y nivel socioeconómico. Esta mejor caracterización de los contenidos y la audiencia permitirá avanzar en la caracterización de la relación que se establece en la temática, en diversos grupos de la población. De igual forma, permitirá avanzar en el rol diferenciado que cumple cada uno de los medios (radios, gráfica y televisión) en la difusión de información vinculada con la violencia.

De igual forma, se torna necesario avanzar en una mirada sobre los aspectos positivos de los medios, por su capacidad educadora, de generación de conductas, entrega de patrones culturales, información, en resumen, por su poder transformador (Stutman, 1995). En este sentido, asumiendo el papel de los medios, se torna cada vez más necesario definir la necesidad de presentar líderes positivos, noticias informadas e imágenes que permitan alentar la acción ciudadana por la seguridad más que el temor.

En síntesis, el análisis de esta relación presenta importantes desafíos conceptuales y prácticos que permitan adentrarnos en sus elementos y características. Pero también presenta el potencial de establecer mecanismos para desarrollar imágenes informadas que permitan al ciudadano conocer la problemática y avanzar en la construcción de una sociedad menos violenta e insegura.

Bibliografía

- Barak, G. 1997. "Media, Society and Criminology" En: Barak G. (edit). *Media, process and the social construction of crime*. New York: Garland Publishing.
- Barbero, M. 2002. "La ciudad que median los medios". En: Moraña, M. (edit). *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- Barkan, S. 1997. *Criminology. A sociological understanding*. New Jersey: Prentice.
- Bourdieu, P. 1997. *Sobre la televisión*. Barcelona: Anagrama.
- Caldeira, C. 2003. "Mancha na cidade do Rio de Janeiro: a trajetória de um delinqüente notável" (mimeo)
- Callejo, J. 2001. *Investigar las Audiencias. Un análisis cualitativo*. Buenos Aires: Paidós.
- CNTV. 2002. *Encuesta Nacional de Televisión*. www.cntv.cl
- Cose, E. 1990. "Turning victims into saints: Journalists cannot resist recasting crime into a shopworn morality tale". Time: 19.
- Dastres, C. 2003. *¿Visiones Personales, Ideología o Mercado al momento de informar? Un análisis de las noticias sobre Inseguridad Ciudadana desde el Emisor*. CESC. Universidad de Chile.
- Dowler, K. 2003. *Media Consumption and Public Attitudes toward crime and Justice: the relationship between fear of crime, punitive attitudes and perceived police effectiveness*. California State University.
- Garofalo, J. 1981. "Crime and Mass Media: A selective review of research" *Journal of Research in Crime and Delinquency*. 18. pp. 319-350.
- Gerbner, G. et al. 1980. "The mainstreaming of America: Violence Profile N. 11" *Journal of Communications*. 30. pp. 10-29.
- Haghighi, B., & Sorensen, J. 1996. America's fear of crime. En T. J. Flanagan & D. R. Longmire (Eds.), *Americans view crime and justice: A national public opinion survey* (pp.16-30). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Hernández, J. y Valdivia, R. 2004. *(In)seguridad ciudadana en noticieros de TV*. Tesis para obtener el grado de Sociólogo, Universidad Católica de Chile.
- Hopenhayn, M. 1994. *Ni apocalípticos ni integrados – Aventuras de la modernidad en América Latina*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.

- Huesmann, L. y Moise, J. 1996. *Violencia en los Medios de Comunicación: Una verdadera amenaza de Salud pública para los niños*. La Carta sobre la Salud Mental de Harvard. Junio.
- Katz, E. y Lazarsfeld, P. 1995. *Personal influence: the part played by people in the flow of Mass Communications*, New York: Free Press.
- Klapper, J. 1960. *The Effects of Mass Communication*. New York. Free Press.
- Lab, S. 2000. *Crime Prevention. Approaches, practices and evaluations*. Bowling Green State University. Anderson publishing.
- OMS .2003. *Informe mundial de la violencia*. Ginebra.
- OPS, et al. 1998. *Prevención de la Violencia. Una oportunidad para los medios*. Bogotá.
- PNUD. 1998. *Desarrollo humano en Chile 1998. Las paradojas de la modernidad*. Santiago.
- Ramos, M. y Guzmán, J. 2000. *La Guerra y la Paz Ciudadana*. Santiago:LOM.
- Stutman, S. 1995. "An opportunity to Prevent Violence: The Role of the Media" (mimeo).
- Tironi, E. & Valenzuela, E. 2003. *Estudio Nacional de Seguridad Ciudadana*. Resumen Ejecutivo. (mimeo)
- Wright, K. 1985. *The great American crime myth*. Westport: Greenwood Press.

Periodismo, medios y percepciones de seguridad en escenarios urbanos. Reflexiones en el marco de la renovación urbanística y cultural de Bogotá en la última década¹

Fabio López de la Roche²

Introducción

Abordaremos en este artículo, sobre el telón de fondo de la renovación urbanística y cultural que ha vivido la capital colombiana desde comienzos de la década de los noventa, algunas dimensiones y problemas relacionados con el papel de los medios y del periodismo en la construcción de referentes o representaciones sociales acerca de la seguridad en contextos urbanos.

Partimos en esta introducción, de una breve descripción de los procesos de transformación de la ciudad, sin cuyo conocimiento sería imposible referirnos a las construcciones de seguridad propuestas por los medios y el periodismo para el caso de la capital colombiana. Estas experiencias de renovación urbanística y de la cultura cívica han influenciado inevitablemente las agendas de los medios sobre la ciudad y acerca de la seguridad.

Luego de subrayar los riesgos, los aspectos problemáticos y las eventuales tendencias abusivas y manipuladoras involucrados en las construcciones mediáticas del enemigo y de los factores generadores de inseguridad y de peligro y miedo en una sociedad, el autor enumera y analiza en una primera parte, algunas de las dimensiones claves de la seguridad urbana, tal y como

- 1 Ponencia presentada al Seminario Internacional “La violencia en los medios de comunicación: generación noticiosa y percepción ciudadana”, Quito, 2 – 3 de agosto de 2004, organizado por FLACSO Sede Ecuador.
- 2 Historiador y analista cultural y de medios de comunicación. Profesor Asociado Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales - IEPRI de la Universidad Nacional de Colombia. Entre 2002 y 2003 dirigió el Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura – IECO de la misma universidad. Actualmente coordina el Grupo de Investigación “Comunicación, cultura y ciudadanía” del IEPRI.

se han venido concibiendo en los últimos años desde los analistas del tema en Colombia pero también desde quienes formulan políticas de seguridad y convivencia en Bogotá y otras ciudades del país.

En una segunda parte, el texto intenta avanzar en la idea de cómo en virtud de las interacciones mutuas entre medios de comunicación, académicos estudiosos de la ciudad, instituciones distritales y diseñadores de políticas urbanas y de seguridad, en medio de una acción política oficial renovadora y en un cierto sentido movilizadora, se ha cualificado el cubrimiento periodístico de los temas de la ciudad y de la seguridad y la convivencia urbanas.

El énfasis de las administraciones en políticas expansivas de convivencia y de cultura ciudadana ha estimulado en las prácticas informativas y en el trabajo del periodismo la capacidad y la voluntad para mostrar también el rostro amable de la ciudad junto a sus dimensiones traumáticas, violencias y patologías.

Pero no todo es cierto en el cubrimiento periodístico y mediático de los temas de la ciudad y de la seguridad en ella. El triunfo de Luis Eduardo *Lucho* Garzón en las últimas elecciones a la Alcaldía Mayor de Bogotá, -primer candidato de la izquierda democrática elegido en toda la historia colombiana al segundo cargo político en importancia a nivel nacional-, no sólo expresa aspectos significativos de la evolución del voto de opinión y de la cultura política de los bogotanos, sino también de los problemas del periodismo que cubre Bogotá, para dar cuenta de las fluctuaciones en la cultura política de la capital, pero también de los temas claves de la vida capitalina. A este análisis, relacionado con el tema de la pobreza, la exclusión y la seguridad en Bogotá, y su visibilidad mediática y política, se dedica un espacio importante en esta segunda parte del texto. Se trata de observar qué le dice el triunfo electoral de Lucho Garzón al periodismo y las agendas mediáticas sobre la ciudad, acerca de las relaciones entre seguridad, pobreza y exclusión social, en un contexto nacional marcado por el discurso *uribista* de la *seguridad democrática*.

La tercera parte del texto aborda algunos problemas pero también algunas posibilidades específicas de redefinición de las *rutinas e ideologías de la noticia* en dirección al enriquecimiento, equilibrio y complejización de la información sobre la vida urbana y específicamente sobre la seguridad.³

3 En la literatura sobre sociología de la profesión periodística, el concepto de *rutinas* aunque tiene alguna relación con la acepción que suele dársele desde el sentido común (procedimientos rutinarios), no se corresponde con ella y no tiene ningún sentido peyorativo en términos de aludir nece-

Finalmente y a modo de conclusión, el autor formula algunas propuestas para el manejo de la información sobre ciudad, seguridad y convivencia urbanas.

La renovación urbanística y cultural de Bogotá en la última década

El desarrollo en Bogotá durante las últimas cinco administraciones (Jaime Castro 1992-1994; Antanas Mockus–Paul Bromberg 1995-1997; Enrique Peñalosa 1998-2000; Antanas Mockus 2001-2003 y Luis Eduardo Garzón 2004-2008) de programas de cultura ciudadana, de inversión social y de renovación de la infraestructura urbana, orientados al estímulo de prácticas de regulación social, de recuperación y promoción del espacio público y de autorregulación en las interacciones cotidianas de sus habitantes que redunden en mayores relaciones de solidaridad y en la disminución de los comportamientos violentos, constituye el marco histórico en el que se inscribe esta presentación. La experiencia de la capital en la formulación y puesta en práctica de políticas de cultura ciudadana ha estimulado que programas similares se pongan en práctica en otras capitales de departamentos y ciudades intermedias.

Todos los alcaldes anteriormente nombrados, han tenido líneas de continuidad en sus respectivas gestiones, objetivos y programas compartidos en cuanto a la construcción de ciudad que han jugado un papel importante en la modernización y renovación de la experiencia urbana capitalina.

Jaime Castro (1992-1994) implementó el Estatuto Orgánico para Bogotá el cual le confirió autonomía fiscal a la ciudad, iniciando su reorganización política, fiscal y administrativa. La primera administración de Anta-

sariamente a una rutinización maquina del periodista. Se trata en este caso de rutinas profesionales, rutinas ocupacionales de la profesión periodística (como las tiene cualquier profesión), las cuales son muy importantes para la comprensión de las lógicas de pensamiento de los periodistas y de procesamiento por ellos de los hechos de la vida diaria susceptibles de convertirse en sucesos noticiosos. El concepto *ideologías de la noticia* no se refiere a las grandes ideologías (marxismo, liberalismo, socialismo) sino a ideologías menores o concepciones fuertemente arraigadas en las lógicas y prácticas de la profesión periodística acerca de qué tipo de sucesos tienen valor de noticiabilidad y merecen convertirse en noticias, y cuáles –desde las perspectivas de los periodistas- carecen de él y no tienen porque ser noticia. Véase el capítulo 3 “De la sociología de los emisores al Newsmaking” de la Segunda Parte del libro de Mauro Wolf, *La investigación de la comunicación de masas. Crítica y perspectivas*, Instrumentos, 1991.

nas Mockus (1995-1997) recibe así unas finanzas saneadas, y una ciudad que venía experimentando desde finales de los años 80 importantes procesos de descentralización (elección popular del Alcalde Mayor de la ciudad y de las Juntas Administradoras Locales –JAL– y sus ediles en las 20 localidades que conforman la ciudad). Mockus desarrolla un ambicioso programa de “Cultura Ciudadana” orientado a la transformación de las actitudes y costumbres inconvenientes de los ciudadanos en su relación con la ciudad y con sus habitantes (agresividad y violencia, incumplimiento de normas del tránsito por conductores y peatones), y al desarrollo de políticas y programas culturales para la recuperación de la calle y de los espacios públicos de encuentro (creación y mantenimiento de parques, desarrollo de espacios y eventos de recreación pública, organización y realización de “Rock al Parque”, “Jazz al Parque”, “Salsa al Parque”, “Rap al Parque”). Esa política de intervención simbólica en la regulación de las relaciones interpersonales entre desconocidos, que inicialmente suscita mucho escepticismo por su orientación hacia la generación de valores y bienes intangibles, poco a poco empieza a mostrar una significativa eficacia en el desarrollo de pautas de cultura ciudadana en distintos estratos y grupos de la población capitalina. Enrique Peñalosa, quien sucede a Mockus entre 1998 y el 2000, retoma algunos elementos de la política de *cultura ciudadana* del anterior alcalde, e inicia un ambicioso programa de obras públicas que transformaron sustancialmente el rostro de la capital. El sistema de transporte público *Transmilenio* no solo reorganiza un sistema de transporte desordenado, caótico y premoderno, sino que impulsa alrededor de su funcionamiento prácticas de organización, disciplina social y cultura cívica inéditas o poco estimuladas por el anterior sistema. Se construyen grandes bibliotecas públicas distritales para descentralizar el equipamiento cultural hiperconcentrado en el centro de la ciudad (la Biblioteca “El Tunal” y la Biblioteca “Virgilio Barco”), se desarrollan redes de ciclorutas para fomentar el uso de la bicicleta y desestimular el uso del automóvil, se construyen nuevos colegios públicos y se avanza en la recuperación de andenes, parques y alamedas como parte importante de la renovación urbanística de Bogotá. La segunda administración de Antanas Mockus (2001-2003) profundiza la ampliación de la cobertura en educación: 80 mil niños acceden al sistema educativo público durante el 2003; 323.050 personas ingresan al régimen subsidiado de salud y se reducen de manera importante las tasas de homicidios⁴. El alcalde promueve junto a lí-

deres barriales y comunitarios campañas de desarme a través de la entrega por los ciudadanos de armas no amparadas por salvoconductos o de fabricación artesanal, pero también campañas de desestímulo a la tenencia y porte de armas de fuego por los ciudadanos. Mockus continúa el desarrollo de las obras públicas iniciado por Peñalosa particularmente la expansión del sistema *Transmilenio* a nuevas localidades de la ciudad. Continúa también con las políticas de cultura ciudadana (Rock al Parque, Rap al Parque, Hora Zanahoria⁵ que establece un horario de cierre a los establecimientos nocturnos con el fin de regular la relación entre consumo de alcohol y accidentalidad), y con el estímulo de la participación comunitaria en la resolución de conflictos y contravenciones menores y en las políticas de seguridad (Comisarías de Familia, Jueces de Paz, Frentes Locales de Seguridad). Mockus desarrolla además un programa de formación para la Policía Metropolitana conjuntamente con la Universidad Nacional, con el propósito de acercar la Policía a los ciudadanos.

Como resultado de estas transformaciones, Bogotá ha ganado en mejora de las condiciones de seguridad y en protección de la vida de sus habitantes. Ha avanzado sustancialmente en cobertura y calidad de la educación pública, en la calidad de los servicios públicos, en una mayor diligencia en los procesos de atención al ciudadano en numerosas instituciones distritales, así como en su desarrollo urbanístico y en su oferta de espectáculos y bienes simbólicos.

Sin embargo, no todo es idílico en este panorama de renovación urbanística y cultural. El triunfo de Luis Eduardo *Lucho* Garzón, candidato del izquierdista Polo Democrático Independiente –PDI– en las últimas elecciones para alcalde, evidenció que el tan publicitado por los medios *modelo de ciudad* de las últimas administraciones, pese a sus indudables logros, estaba dejando de lado a amplios grupos marginados de la población, a localidades deprimidas por el desempleo o por su condición de receptoras de desplazados del conflicto armado interno que viven numerosas regiones del país, y que las realidades de la población capitalina ubicada en situaciones de pobre-

4 “La exitosa receta bogotana”. TRANSFORMACION/ Cuatro administraciones cambiaron la cara del Distrito Capital, El Tiempo, miércoles 27 de octubre de 2004, Especial “Regiones de Colombia”, p. 3-2

5 “Hora zanahoria” viene de “Zanahorio” y es una expresión de la jerga juvenil de los años 70 equivalente a “sano”, que prefiere no tomar alcohol y se divierte “sanamente”.

za y de pobreza absoluta no estaban siendo adecuadamente atacadas por las políticas de los alcaldes nombrados ni visibilizadas desde las representaciones de la ciudad construidas por los medios de comunicación. La política de *Lucho* Garzón esbozada en su lema *Bogotá sin indiferencia*, si bien ha planteado líneas de continuidad con las políticas de renovación urbanística, política y cultural emprendidas por las anteriores administraciones, -cuya no continuidad tendría costos políticos a los ojos de la ciudadanía y de la opinión capitalina- ha puesto su énfasis en la política social y en la lucha contra la pobreza, particularmente desde programas orientados a combatir el hambre y las necesidades más apremiantes de los grupos y sectores más marginados y desprotegidos (red de comedores comunitarios y atención básica en salubridad y medicina familiar a zonas deprimidas, entre otras iniciativas).

Nos pareció importante hacer, en esta introducción, este resumen esquemático de los procesos vividos en la última década por la capital colombiana como un necesario marco de comprensión de los procesos, hechos y reflexiones que presentaremos a continuación.

El periodismo y los medios de comunicación, desde sus concepciones de la noticia y de aquello que merece y requiere ser *noticiable* (valores de *noticiabilidad*), juegan un papel clave en la construcción no solamente de las agendas de la ciudad, sino también de las representaciones y percepciones sociales acerca de la seguridad o la inseguridad en ella.

Los medios de comunicación pueden contribuir a la generación de miedos y estereotipos alrededor de determinadas regiones, sectores, áreas, barrios o poblaciones de la ciudad, o a visibilizar grupos sociales relevantes, solidaridades comunitarias y experiencias significativas y exitosas de manejo de conflictos urbanos.

Las experiencias de cultura ciudadana en Bogotá y otras ciudades del país, han planteado posibilidades interesantes de diálogo e interacción creativa de saberes, entre la academia de las ciencias sociales, las humanidades y las artes que se ocupa de los temas urbanos, los diseñadores de políticas públicas, y los comunicadores sociales y periodistas que cubren los temas de la ciudad y construyen la agenda acerca de la misma. En este sentido, intentaremos en este escrito sugerir nuevas posibilidades de diálogo y de colaboración alrededor de los problemas y alternativas de construcción mediática de la ciudad y de las representaciones construidas desde el periodismo acerca de la seguridad y convivencia ciudadanas.

La seguridad y las percepciones de riesgo, de amenaza o de peligro, en nuestro tiempo

En la época contemporánea y seguramente de manera mucho más clara en nuestros días, la construcción social del enemigo, pasa irremediamente por los grandes medios de comunicación. Ahora como antes, poderes hegemónicos intentan homogeneizar y aglutinar a sus sociedades en el rechazo y condena unánime y sin fisuras de ese enemigo, al cual se le atribuyen con frecuencia todos los males del país.

Las sociedades democráticas y sus opiniones públicas deben cuidarse de las construcciones abusivas del enemigo realizadas a menudo desde el poder, y de su capacidad de producir homogeneizaciones y unanimismos indebidos de la opinión. A menudo ese énfasis en el enemigo escogido invisibiliza otros enemigos sociales y otros agentes de riesgo e inseguridad social.

Por supuesto, no se trata de no ver las amenazas al ordenamiento y los principios democráticos de organización social, sino de darles su verdadera y justa dimensión, y de evitar la manipulación de la opinión con miras a fortalecer el acatamiento incondicional del gobierno y sus políticas.

El mundo actual después del 11 de septiembre de 2001 asiste en los Estados Unidos, pero también fuera de este país, a nuevas construcciones abusivas del enemigo y a manipulaciones mediáticas inauditas para justificar aventuras neoimperialistas como la guerra de Irak, llevadas a cabo, paradójicamente, en contextos sociales y político-culturales globales seguramente menos tradicionales y autoritarios, más informados y más democráticos y pluralistas en su pensamiento, que los de los años de la descolonización del África o del desarrollo de la guerra de Vietnam.⁶ La actitud patrioter se toma los medios de comunicación en el país del norte fomentando la censura y el silenciamiento de las voces disidentes, conduciendo en los últimos años a la pérdida o por lo menos a la erosión del prestigio del periodismo norteamericano, tradicionalmente considerado en muchos escenarios nacionales como modelo de ejercicio profesional del periodismo y de crítica sana

6 Con la diferencia muy importante de vivir en aquellos años (60-70) un ciclo de auge político y participativo y de desarrollo de una cultura crítica desde la vida intelectual y universitaria, frente a los 90 y a estos comienzos de siglo XXI caracterizados por la incertidumbre de la izquierda y los intelectuales en cuanto a la imaginación política alternativa, por un indudable repliegue político, y por una sobreoferta y liviandad de la información donde no resulta fácil para el ciudadano orientarse en cuanto a prioridades y jerarquías de ideas y valores.

y fuente de renovación de la institucionalidad en situaciones de crisis.⁷

A nivel regional, y pasando a otro escenario territorial de construcción de sensaciones de seguridad o inseguridad, la aplicación del Plan Colombia en este país suscita en sus vecinos temores y sensaciones de amenaza, algunos de ellos seguramente válidos, otros probablemente magnificados. La captura a comienzos de 2004 en Ecuador del jefe guerrillero de las FARC *Simón Trinidad* incrementó las sensaciones de inseguridad de los ecuatorianos con respecto a sus vecinos colombianos, a tal punto que hoy, para poder ingresar al Ecuador, se nos exige a los colombianos presentar el *pasado judicial*, documento certificatorio de la ausencia de antecedentes penales, expedido por el Departamento Administrativo de Seguridad DAS, organismo estatal de seguridad colombiano.

En Colombia, el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, que inició su gestión en agosto de 2002, ha intentando asociar su política contrainsurgente denominada de *seguridad democrática* a la estrategia antiterrorista norteamericana, inscribiendo la comprensión del fenómeno insurgente colombiano dentro de esa lógica antiterrorista posterior al 11 de septiembre. Esa apuesta seguramente ha sido uno de los factores que incide en una concepción de la seguridad muy cercana a la seguridad del Estado y muy lejana de contenidos de justicia y de política social (reducción de la pobreza, promoción del empleo y de la seguridad social) que tendrían que acompañar *también* una política integral de seguridad en el plano nacional.⁸

En la construcción de este tipo de percepciones o propuestas de interpretación de la realidad mundial o nacional juegan una función determinante los medios de comunicación y el periodismo. No está demás decir que esas propuestas unanimes de lectura de la realidad juegan un papel im-

7 Véase el texto de la entrevista al periodista uruguayo Jorge Gestoso, sobre las razones de su salida de CNN en español y su visión de la crisis contemporánea del periodismo norteamericano, "El periodismo de Estados Unidos me ha desilusionado grandemente. Cuarto poder de cuarta", en El País, Montevideo, junio 12 de 2004.

8 Sobre la política de seguridad democrática del presidente Álvaro Uribe Vélez, sus logros en seguridad, sus facetas positivas, así como sobre sus aspectos antidemocráticos y sus riesgos en términos de autoritarismo y de estímulo de la intolerancia frente al opositor y el disidente, véase mi texto "Culturas políticas, información y violencia simbólica en la vida colombiana contemporánea". Ponencia presentada al Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos LASA, realizado en Las Vegas, Nevada, del 7 al 9 de octubre de 2004, especialmente el aparte III. "El presidente Uribe, los anhelos nacionales de paz mal entendidos y mal orientados desde los medios, y la intolerancia".

portante no solo en la conformación de las opiniones, sino también en las tomas de posición afectivas de los ciudadanos ante acontecimientos políticos, personajes o grupos sociales.

Algunas dimensiones de la seguridad ciudadana en escenarios urbanos⁹

Aunque varias de las dimensiones de la seguridad entendida a nivel nacional (orden público y control de la acción militar guerrillera o paramilitar, persecución del narcotráfico, garantías de transitabilidad y seguridad en las carreteras, criminalidad y delitos contra la vida) se articulan claramente con los niveles capitalinos –no solo de Bogotá sino también de otras áreas metropolitanas-, la vida urbana presenta una serie de dimensiones o escenarios con sus demandas específicas en cuanto a seguridad.

Llamaremos inicialmente la atención sobre esos escenarios y dimensiones para presentar más adelante algunos de los problemas del cubrimiento mediático y periodístico de los temas y situaciones de seguridad o de inseguridad en contextos urbanos.

- Uno de los aspectos claves de la seguridad tiene que ver con la criminalidad, los homicidios, los delitos contra la propiedad económica y los delitos contra la vida y la integridad física. Aquí se inscriben también las acciones político-militares y las específicamente terroristas¹⁰ de la guerrilla, de sus milicias urbanas, o de los grupos paramilitares de derecha que intentan establecerse y ampliar su acción militar en las ciudades. También la delincuencia y la violencia organizadas (narcotráfico, organizaciones delincuenciales y sus redes).
- El manejo mediático de la información sobre estos aspectos de la segu-

9 En la presentación de estas dimensiones de la seguridad urbana, nos apoyamos parcialmente en el texto de Alvaro Guzmán Barney en: Camacho y Leal, 1999.

10 Para un análisis de los cuidados que debe tener el periodismo a la hora de cubrir actos terroristas para no magnificar innecesaria e indebidamente las percepciones de inseguridad y de miedo, véase el estudio de caso sobre el cubrimiento que hicieron los medios de la explosión el 25 de mayo de 2001 de dos bombas en la Calle 53 con Carrera 30 en Bogotá, realizado por el periodista Javier Darío Restrepo: "Cómo manejar una información de una explosión, un atentado o una bomba. Una prueba de consistencia técnica y ética" 2002.

ridad es clave y requiere de una relación fluida del periodismo no solo con las instituciones policiales y de justicia (comisarías e inspecciones de policía, juzgados municipales, organismos de inteligencia), sino también con las instituciones municipales encargadas de la formulación de las políticas públicas de seguridad, así como con universidades y centros de investigación públicos y privados que adelantan investigaciones sobre criminalidad, violencia, seguridad y convivencia urbanas.

- Otra dimensión central de la seguridad tiene que ver con las violencias, corrupciones, comportamientos criminales y delincuenciales, cometidos o promovidos por agentes del Estado encargados de las políticas de seguridad. Aquí se requiere una apuesta ética sólida y una actitud crítica frente a la institucionalidad y la fuente oficial, que no siempre están dispuestos a asumir los medios y el periodismo, en virtud de sus cálculos de intereses y de sus visiones y rutinas muchas veces favorables al respaldo incondicional y rutinario de la institucionalidad estatal. En sociedades como las latinoamericanas, con instituciones corruptas, envilecidas o con altos niveles de ilegitimidad, al periodismo le corresponde -o le debería corresponder- jugar un papel importante contribuyendo a la depuración y reconstrucción democrática de esas instituciones públicas desvirtuadas.¹¹
- Riesgos naturales ligados a inadecuadas condiciones geológicas de establecimiento de barrios y viviendas y a las prácticas de urbanización pirata promovidas a menudo por políticos con la complicidad de entidades privadas y funcionarios oficiales, constituyen otro plano importante de la seguridad en escenarios urbanos.

11 La Policía Nacional en el caso colombiano en ciudades como Cali y Pereira estuvo involucrada a mediados de los 80 en gravísimas y masivas acciones de "limpieza social" contra indeseables sociales (drogadictos, limosneros, raponeros) acciones que fueron valientemente denunciadas por algunas autoridades eclesiásticas, encontrando eco en los medios de comunicación. Pese a todas las reformas institucionales posteriores, al nombramiento de Comisionados Especiales para la Reforma de la Policía en años anteriores, a los esfuerzos educativos para acercar la Policía al ciudadano, y reconociendo importantes avances en su cualificación y en una mejor relación con la ciudadanía, es esta una institución que requiere una permanente veeduría ciudadana, del periodismo y de los organismos de control, para evitar sus excesos y desmanes, que en Colombia han sido tan graves como en muchas capitales y grandes ciudades latinoamericanas (Sao Paulo, Río de Janeiro, por ejemplo). En el primer semestre de 2004, una comisión de alto nivel constituida para evaluar la situación de la Policía encontró que en ese momento se adelantaban procesos investigativos a 17.000 agentes de la institución, equivalentes al 20 % del total de efectivos de la misma.

- Situaciones estructurales graves y extremas de pobreza, desigualdad social, o desempleo, que afectan no solamente la seguridad física sino que constituyen factores generadores de inseguridad psicológica y de incertidumbre personal y social.
- Seguridad en el transporte público y privado y control de la accidentalidad. Adecuada señalización para prevenirla. Participación ciudadana con propuestas y sugerencias para hacer más eficaces y claros los sistemas de señales.
- Políticas de espacio público que promuevan y garanticen el disfrute de la calle, la existencia de lugares seguros de encuentro y de interlocución y diálogo entre distintos grupos y sectores sociales.
- Prácticas y escenarios de recreación y su relación con los consumos y usos socialmente responsables o irresponsables del alcohol y de otras sustancias psicoactivas.
- Situaciones familiares marcadas por prácticas de violencia intrafamiliar, autoritarismo o por la socialización en el diálogo respetuoso y la negociación cotidiana.
- Culturas juveniles, contextos y formas de socialización política, laboral y cultural de los jóvenes y adolescentes y relación de éstas con prácticas e interacciones violentas o con formas de convivencia pacífica.
- Ciudadanía, convivencia, tolerancia y civilidad. Estímulo desde el Estado y desde la sociedad, de normas, actitudes y prácticas de ciudadanía en sus dimensiones de exigencia de derechos y sus garantías, de cumplimiento de deberes y desarrollo de virtudes ciudadanas, y de reconocimiento de múltiples identidades y diferencias socio-culturales entre quienes habitan una misma ciudad.

Nos parece importante en este punto transcribir la definición de “seguridad ciudadana” formulada en el Plan Integral para la Seguridad de Santa Fe de Bogotá promulgado en 1995, que ha orientado las políticas de seguridad de las administraciones distritales de la última década, la cual se apoya en dos fundamentos conceptuales: de un lado, en el reconocimiento de “la libertad de los miembros de una sociedad de ejercer sus derechos y deberes sin convertirse en víctimas de amenazas de la naturaleza o de otros seres humanos”. De otro, en la confianza en “el bienestar que resulta de la acción colectiva (social y estatal) sobre las condiciones de reproducción social, dadas unas si-

tuciones de inequidad que deben cambiarse en los órdenes económico, político y socio-cultural".¹²

Un antecedente importante de las más recientes políticas de seguridad ciudadana que es necesario tener en cuenta es la experiencia de Desepaz, creada en 1992 desde la Alcaldía de Cali. Algunos de los lineamientos que guiaron el trabajo de Desepaz fueron: una concepción de la violencia como un problema de salud pública, por eso mismo controlable; el reconocimiento de que la seguridad es un problema del Estado pero también de los ciudadanos; la valoración de la investigación epidemiológica como herramienta importante para el diagnóstico y la intervención social; el fortalecimiento de la policía, su acercamiento a la población y su formación en derechos humanos; el seguimiento de la situación de seguridad ciudadana desde el Consejo de Gobierno; la educación para la paz y la convivencia, la divulgación de programas y mensajes en los medios de comunicación, la realización de talleres con grupos y comunidades; así como el desarrollo social en áreas y sectores de alto riesgo (Ibid:180-183).

La interacción de los medios y del periodismo con otros actores, instituciones y saberes sociales y la renovación de la vida urbana en Bogotá

Resultan paradójicos los logros de la capital en sus cuatro últimas administraciones, a nivel de cultura ciudadana, de obras físicas y de sustentabilidad del desarrollo, en medio del panorama nacional de corrupción y de extensión territorial del conflicto armado, del desplazamiento forzado (más de dos millones de desplazados) y demás consecuencias de la guerra. Parafraseando una interpretación de la crisis colombiana que se volvió recurrente durante muchos años ("al país le va mal, pero a la economía le va bien"), pareciera que mientras "a la capital le va bien, al país le va mal".¹³

12 Citado por Guzmán Barney, Álvaro, en "Violencia urbana: Teorías y políticas de seguridad ciudadana", en: Camacho Guizado, Álvaro y Francisco Leal Buitrago (compiladores), *Armar la paz es desarmar la guerra*, 1999:185.

13 Y sobre todo al país rural, al país de las zonas de colonización y al país de los antes llamados eufemísticamente "territorios nacionales", en donde dominan con sus ordenamientos dictatoriales y tropelías guerrillas, paramilitares y en ocasiones también las propias fuerzas armadas del Estado no

Esta situación excepcional de la capital, que podría percibirse por parte del observador externo como una paradoja, o como una especie de isla en medio de la conflictividad violenta imperante en tantas zonas del territorio nacional, es resultado –como bien lo anotábamos al principio de este escrito– de una política urbana con importantes elementos de consenso y de continuidad a lo largo de las últimas cinco administraciones.

Queremos plantear aquí la tesis acerca de cómo en virtud de los procesos arriba anotados, en los últimos años se han producido una serie de confluencias que han contribuido a la cualificación del cubrimiento periodístico de los temas de la ciudad y de la seguridad urbana. De un lado, administraciones serias, con programas de desarrollo claros, honestas y en virtud de esas características, creíbles y confiables. En ese sentido dotadas de altos niveles de legitimidad.

Hay que destacar en ese proceso el liderazgo y el papel convocante, en cuanto a la comunicación de las políticas públicas, jugado por el alcalde-pedagogo y al mismo tiempo personalidad altamente mediática, Antanas Mockus. Esa primera administración logró desde varios de los proyectos que hicieron parte del Programa de Cultura Ciudadana, sensibilizar a los medios de comunicación y al periodismo acerca de la pertinencia de las políticas culturales y las formas de intervención simbólica en la regulación de las relaciones interpersonales en la ciudad.

Hay que tener en cuenta también que las administraciones distritales arriba nombradas, y sobre todo las de Mockus y Peñalosa, invirtieron también recursos de presupuestos significativos en publicidad y en la comunicación de sus programas de gobierno. El período abordado coincide con la creación de dos canales de televisión capitalinos: el Canal Capital, público-estatal distrital, creado en 1998 como resultado de una propuesta del alcalde Antanas Mockus; y Citytv, canal privado, que empezó a emitir en 1999.

Estos nuevos canales de información noticiosa, cultural y de opinión sobre la ciudad, sumados a la credibilidad de la política de las administraciones distritales han jugado un papel importante en el crecimiento del interés

exentas de abusos y violaciones de los derechos humanos. Las capitales departamentales, al igual que Bogotá, permanecen relativamente lejanas del conflicto armado exceptuando la llegada y presencia en ellas de los desplazados que huyen del conflicto, el cual generalmente presenciamos los habitantes urbanos a través de la televisión, pero de todas formas como sucesos distantes, que no ocurren en nuestro entorno cercano y que no nos tocan directamente.

y la cualificación de las opiniones de los bogotanos sobre el manejo de su ciudad. Como lo muestran las respuestas de hombres y mujeres mayores de 25 años de nivel socio-económico bajo y nivel socio-económico medio en una reciente investigación sobre las percepciones ciudadanas de la ciudad y el cambio vivido por ella, “los medios de comunicación presentan actualmente una mayor información acerca de los sucesos, los procesos y los actores políticos de la ciudad”. Señalan así mismo, “en consecuencia con un mayor conocimiento de las últimas gestiones, estar más motivados a informarse sobre política dados los importantes resultados de los gobiernos de Mockus y Peñalosa” (Pizano, 2003).

Es necesario destacar también el papel jugado por instituciones distritales¹⁴ como el Observatorio de Cultura Urbana (con un eje fuerte de investigación sobre violencia y criminalidad), el Instituto Distrital de Cultura y Turismo, la Secretaría de Gobierno y la Subsecretaría de Asuntos para la Convivencia y Seguridad Ciudadana, en la financiación y elaboración de diagnósticos sobre seguridad y cultura ciudadana en la ciudad.¹⁵ Esos diagnósticos se tradujeron en publicaciones que cualificaron los debates sobre la ciudad y estimularon algunos niveles de comunicación entre esos saberes expertos de los especialistas en la ciudad y los saberes y prácticas de periodistas y comunicadores sociales que cubren Bogotá.

En el último gobierno de Antanas Mockus, una institución de control de la gestión política y administrativa del gobierno distrital, la Veeduría Distrital, estimuló una serie de encuentros mensuales entre el Alcalde, expertos en temas urbanos y periodistas de distintos medios que cubren la ciudad, con el fin de cualificar el cubrimiento periodístico de las políticas públicas distritales, pero también con el propósito de desarrollar escenarios de rendición de cuentas por parte del Alcalde y de la Alcaldía Distrital, ante los ciudadanos. Estos encuentros sirvieron adicionalmente para ejercer una acción mediadora y para aliviar tensiones entre el Alcalde y el Concejo de Bogotá (el parlamento local), en momentos en que la política anticlientelista de Mockus y su renuencia a negociar cuotas de poder con los concejales cho-

14 Bogotá se suele nombrar “Bogotá, Distrito Capital”, por lo que el adjetivo distrital hace referencia al nivel capitalino de la administración.

15 Véanse entre otros, los siguientes trabajos: Salazar, Alonso (coordinador), s.f.; Álvarez Contreras, Carlos, Jairo Ricaurte, Sonia Cardona y otros, 2003; Acero, Hugo, Antanas Mockus, Alonso Salazar y otros, 2003; Secretaría de Gobierno, Investigación sobre el suicidio en Bogotá, 2001.

caba fuertemente con ciertas costumbres y prácticas arraigadas en la política capitalina.

Queremos mostrar a continuación algunos hallazgos de la investigación antes citada de Lariza Pizano sobre las percepciones ciudadanas del cambio en Bogotá, en la medida en que de alguna manera varias de esas percepciones anticipaban los desplazamientos hacia la izquierda que iba a tener la opinión política capitalina en los meses siguientes, mostraban ciertas disidencias frente al consenso hegemónico alrededor del *modelo de ciudad* y una serie de lecturas ciudadanas relacionadas con dimensiones importantes de la seguridad que no estaban siendo percibidas ni recogidas adecuadamente por los medios de comunicación¹⁶.

De un lado hay que anotar que el estudio confirma un reconocimiento amplio y mayoritario por parte de los distintos grupos sociales, de la renovación de la vida urbana y del cambio vivido por la ciudad. Todos los participantes en los grupos de discusión pertenecientes a distintos estratos “coinciden en percibir que durante los últimos años la ciudad ha tenido cambios que ante todo son físicos: “Un amigo contrastó lo que vio hace tres o cuatro años con lo que vio ahora en materia de vías, en materia de organización, en materia de limpieza, en materia de amoblamiento, de amoblamiento urbano, y está gratamente sorprendido con el cambio que ha tenido Bogotá en los últimos cuatro años” (hombres NSA); “se ve como cambiada de por fuera” (hombres NSB); “está cambiando a la vista humana” (hombres NSM); “más organizada en cuanto a su conformación” (jóvenes NSM); “se está volviendo la Bogotá bonita” (jóvenes grupo P); “más bonita” (jóvenes grupo I); hay “cosas bonitas, cuidadas, ordenadas” (jóvenes NSA); “está muy bonita, está surgiendo mucho” (mujeres NSB); “con cambios físicos” (mujeres NSM); “el énfasis en Bogotá ha sido en los últimos tiempos hacia la forma, hacia lo bonita que puede estar la ciudad” (mujeres NSA)”.

Pero de otro lado, todos los grupos participantes expresan cierto acuerdo acerca de cómo esos cambios físicos han estado acompañados de otros

16 La técnica utilizada por Pizano para dar cuenta de las percepciones del cambio fue la de los grupos de discusión. Se organizaron con hombres y mujeres adultos de nivel socioeconómico bajo (NSB), nivel socio-económico medio (NSM) y nivel socioeconómico alto (NSA), así como con jóvenes de los mismos niveles socio-económicos. En el nivel socio-económico bajo, se trabajó con dos grupos de jóvenes. Un grupo de jóvenes vinculado al desarrollo de actividades cívicas (que la autora denomina Grupo P) y un grupo de jóvenes trabajadores informales de la localidad de Santa Fe (que ella denomina Grupo I).

no tan positivos, que han significado una degradación de las condiciones y de las oportunidades sociales y económicas de los bogotanos, las cuales empeoran a medida que la ciudad se ve más bonita: “Hay más desempleo e inseguridad” (hombres NSB); “desde el aspecto social, sobre todo por esa migración tan fuerte, hay unos detrimentos sociales” (jóvenes NSM); “se disparó la inseguridad, se disparó el desempleo” (hombres NSM); “hay un cambio en términos infraestructurales, pero de resto no” (grupo P); “más bonita sí está, pero en cuanto a oportunidades, son pocas..., mucha pobreza, mucha pobreza” (jóvenes grupo I); “hay más desempleo y niñez abandonada”(mujeres NSB)” (Pizano, op.cit:113-114).

En cuanto a las respuestas a la pregunta de quiénes han sido los beneficiarios del cambio vivido por la ciudad la mayoría de los grupos sociales considera que han sido todos los sectores de la ciudad. Solamente los dos grupos de jóvenes de NSB consideran “que se ha invertido más en infraestructura y cambio urbano en el norte de la ciudad” (es decir, en los barrios de sectores altos y medios – F.L.). Tal percepción aparece ligada a sus “altos niveles de inconformidad frente a la idea del cambio físico de la ciudad que demostraron estos mismos jóvenes, dada su propia sensación de que cada vez tienen menos oportunidades de desarrollo personal así como de acceso a mejores condiciones materiales de vida, debido a que las últimas administraciones de la ciudad “han invertido más en la ciudad que en los ciudadanos”. Para ellos, las finanzas públicas de la ciudad deben orientarse principalmente a resolver los problemas básicos de los bogotanos, los cuales tienen que ver menos con las necesidades de transformación estética de la ciudad y más con la provisión de servicios básicos, con la generación de empleo y de oportunidades de acceso a la educación y a la salud, así como con la lucha contra la pobreza” (Ibid:116-117).

Resultan muy interesantes y significativas las disidencias expresadas por los jóvenes cívicos y los informales del nivel socio-económico bajo, frente a las opiniones dominantes acerca de las autopercepciones sobre los comportamientos cívicos y el tipo de orientación político-participativa implícitos en las políticas de “cultura ciudadana”:

“Los miembros del grupo P, aunque dicen comportarse de manera más cívica con los demás y con la ciudad, muestran una fuerte rebeldía frente al discurso de la cultura ciudadana y de lo que ésta implica. Así, para ellos, las preocupaciones por el civismo, entendido simplemente a través del desarro-

llo de comportamientos como pasar por la cebra, respetar las normas de tránsito, no botar basura, por ejemplo, le quitan visibilidad al problema real que supone la ausencia de una verdadera ciudadanía. Para estos jóvenes, la preocupación social y la acción estatal alrededor del civismo deben centrarse no en los comportamientos superficiales que comúnmente se entienden por éste, sino en la existencia de oportunidades fundamentales que le den a todas las personas igualdad de posibilidades para desarrollarse como individuos y como actores políticos (ciudadanos). Por lo anterior, estos jóvenes del grupo P señalan que: “Muy bacano lo de la cultura, lo de pasar el puente peatonal, lo del papelito...son cosas muy importantes pero es más jugarle como a invertirle a la información, que el ciudadano conozca los espacios de participación, los mecanismos, los deberes, los derechos, lo que tiene porque hay mucha gente que no sabe eso... a eso la administración no le ha jugado en serio” (Ibid:137-138).

Las percepciones mucho más radicales del grupo de jóvenes informales (grupo I) resultan también valiosas para comprender otras percepciones del cambio producidas desde situaciones de exclusión de los beneficios de las políticas de ciudad:

“Aunque ellos reconocen que si los habitantes de Bogotá desarrollan determinadas pautas de conducta –tendientes a la convivencia- mejorará la calidad de vida en la ciudad, también señalan que la cultura ciudadana no es prioritaria. Respecto a sus propios comportamientos, dicen cumplir con las normas de convivencia en respuesta a la autoridad: “Es como lo que inculcan en Transmilenio...lo que pasa es que ahí es más una orden y no algo que a uno le nace hacer”. Así mismo, dicen por qué razones ellos no tienen que ser excelentes ciudadanos en términos de su capacidad de convivir. En primer término, porque no le tienen agradecimiento a la ciudad ni a la actividad política que tiene lugar en ella: “Pues a la gente que le va mal en la ciudad, ¿cómo se va a comportar bien? Si está resentida con la política, ¿cómo se va a comportar bien? Pero por ejemplo los que tienen su buena casa, su buen trabajo y todo, son muy decentes, tienen por qué estar de acuerdo con la ciudad...pero por ejemplo digamos uno, que es pobre, que necesita estudiar y no tiene cómo y no tiene trabajo, entonces uno no tiene el ánimo de crear bogotano ni nada, sino uno simplemente no piensa, uno inconscientemente coge esta ciudad y la revuelve hacia arriba robando y haciendo males”(ibid: 138).

El triunfo electoral de Lucho Garzón y lo que expresa sobre las interrelaciones entre comunicación, política, periodismo y agendas de la ciudad

El triunfo de Luis Eduardo *Lucho* Garzón en las últimas elecciones para la alcaldía resulta muy interesante como expresión inesperada –por poco auscultada y narrada por los medios– de la voluntad y de la evolución de las preferencias del electorado capitalino. La llegada al poder de este candidato de centro izquierda de larga trayectoria en el sindicalismo expresó cómo, no obstante la pertinencia y la aceptación social de las anteriores políticas de cultura ciudadana, de la renovación urbanística y de la modernización del sistema de transporte inducida por el Transmilenio, y de la significativa inversión social en parques, en recreación y en educación, el así llamado por algunos políticos y comentaristas de prensa, de manera bastante autocomplaciente, *modelo de ciudad*, resultaba insuficiente como respuesta a las necesidades de amplios grupos excluidos de la población bogotana.

No deja de ser curioso cómo la elección de Garzón constituye también una lección para los medios de comunicación que cubren la vida bogotana, que de alguna manera tuvieron que reconocer que esa Bogotá marginal y excluida de las localidades más empobrecidas y rebasadas en su capacidad de respuesta social por la llegada de miles de desplazados por el conflicto armado, había venido siendo invisible para los medios y el periodismo local.

Podríamos decir sobre este caso, que un resultado electoral permite poner en evidencia ciertos *cierres comunicativos* de los medios y del periodismo y obliga a replanteamientos de la agenda mediática de la ciudad.

El editorial del diario El Tiempo del lunes 27 de octubre de 2003, al día siguiente de la elección de Garzón, es en ese sentido muy interesante –y al mismo tiempo generoso– cuando afirma que “este diario respaldó la candidatura de Juan Lozano por considerar que representaba la mejor garantía para Bogotá, pero la mayoría del electorado pensó otra cosa y respetamos profundamente la voluntad popular”. No podemos dejar de preguntarnos, volviendo a la cuestión de los cierres comunicativos y las invisibilidades mediáticas, por qué redes y por qué canales se comunicaba, antes de la victoria del candidato de la izquierda, lo que él y su triunfo electoral del 26 de octubre de 2003 expresaron.

Siendo justos, tendríamos que leer lo sucedido no solo desde las insuficiencias y ausencias temáticas en la agenda de los periodistas y los medios

sobre Bogotá, sus necesidades y alternativas, sino también desde las posibilidades e iniciativas que en un momento dado pueden tener los políticos y los partidos desde sus agendas y discursos para hacer visibles temas estratégicos y claves para la vida de la gente.

Posibilidades de redefinición de las rutinas e ideologías de la noticia en dirección al enriquecimiento de la información sobre la vida urbana

No podemos olvidar que los medios de comunicación juegan hoy un papel central en la construcción de la realidad social. En el caso que nos ocupa, en la construcción de la agenda temática de discusión y de representación de la ciudad.

Reconociendo los méritos del periodismo en el cubrimiento crítico de los distintos proyectos de ciudad que se han desarrollado en Bogotá en los últimos años y los que se intentan actualmente poner en práctica, el periodismo afronta diversos riesgos y retos en su ejercicio profesional de cubrimiento de los temas urbanos y de los de seguridad en particular. Esos riesgos tienen que ver con sus debilidades formativas, con las lógicas mercantiles y la búsqueda frenética de la primicia en la información; con la poca inversión de las empresas en la capacitación y formación de sus periodistas; con la inestabilidad laboral y los bajos niveles salariales y de seguridad social de los periodistas; con aspiraciones de reconocimiento y de éxito rápido y fácil; y por supuesto, con las rutinas e ideologías de la noticia que no siempre se someten a la crítica y al cambio, en gran medida por las jornadas extensas de trabajo y los ritmos frenéticos de la profesión que no permiten altos en el camino para la reflexión autocrítica y la renovación de las prácticas del oficio.¹⁷

Nos detendremos a continuación en algunos de esos riesgos –que constituyen también posibilidades- relacionados con las rutinas ocupacionales y las ideologías de la noticia.

17 Un panorama descriptivo y analítico franco y abierto acerca de algunos de estos problemas que experimenta el ejercicio periodístico en Colombia actualmente es el informe de la investigación “La guerra: una amenaza para la libertad de información”, realizada por Medios para la Paz y auspiciada por la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), Bogotá, enero de 2003 (Texto sin publicar). Se puede consultar un resumen publicado de ese trabajo, denominado “La guerra: una amenaza para la prensa”, Medios para la Paz, Bogotá, 2003

El interés por los *comportamientos pro-sociales*

Como lo han subrayado algunos analistas (Mc Quail, 1998), además de su papel informativo y recreativo, los medios y el periodismo pueden asumir también funciones de estímulo o desestímulo de “comportamientos pro-sociales”, de empatía y de solidaridad entre los miembros de sus audiencias, comportamientos que resultan vitales para la construcción del orden social, el cual se fundamenta y edifica no solo sobre la represión y la autoridad.¹⁸ Hay que aclarar en este punto que no se trataría, por supuesto, de construir una agenda rosa orientada a embellecer y a maquillar la percepción de la ciudad o a ocultar las informaciones negativas sobre la misma. Se trataría sí de construir una agenda informativa de la vida urbana equilibrada, donde junto a las noticias de la inseguridad, la delincuencia y la violencia –que a menudo se convierten rutinariamente en la agenda de la ciudad en virtud del atractivo de la *desviación social* y de la acción violenta para la información–, puedan aparecer otros personajes y otras conductas que también pueblan y dan sentido a la vida urbana.

Así como los medios han mostrado críticamente en los años recientes actitudes de intolerancia y discriminación de la población bogotana hacia grupos sociales marginados y estigmatizados (resistencia ciudadana a la instalación en sus barrios de hogares para indigentes, por ejemplo), también han destacado comportamientos solidarios y generosos de la población como el albergue espontáneamente ofrecido por parte de muchas familias, a los niños de buses escolares atrapados en medio del trancón suscitado por el paro de taxistas de agosto de 2001 en la ciudad, el cual obligó a los niños a pasar la noche en casas ajenas. Esos comportamientos y actitudes de solidaridad no fueron en este caso un invento artificial de los medios, están allí en las relaciones sociales, y pudieron hacerse visibles gracias a su conexión con un suceso altamente noticiable cual fue el trancón del tráfico y los buses de colegio atrapados en medio de él. Hay que tener en cuenta de todos modos, que muchas veces acciones de esta naturaleza pasan inadvertidas siendo un componente importante de la seguridad social y de la convivencia urbana las cuales creemos no deben ser reducidas en cuanto a representaciones mediáticas, a sus dimensiones más defensivas o *remediales*, sino que deben dar

18 Véase el capítulo 20 “Solidaridad e identidad social”, en Mc Quail, Denis, 1998.

lugar también a la representación de esas otras dimensiones proactivas y constructivas de la seguridad y la convivencia ciudadanas.

El tratamiento de estos temas relacionados con *comportamientos pro-sociales* supondría en el caso colombiano rescatar géneros como la crónica, perdida en los últimos años por falta de tiempo y de espacio en los medios impresos y audiovisuales, en virtud de los compromisos publicitarios, pero también por el descuido del cultivo del género por parte de los periodistas.

Sin tener que recurrir a rúbricas formales e indicativas al estilo de “La noticia positiva”, -como se ha dado a menudo en nuestros medios audiovisuales como una alternativa a la avalancha de noticias trágicas y sangrientas que debemos soportar diariamente los colombianos-, los medios de comunicación y el periodismo pueden estimular la visibilidad social de acciones sociales significativas de solidaridad, de tolerancia y respeto a la diferencia, de configuración de propósitos y metas compartidas, de deferencia social o de aprecio y cuidado de los bienes públicos.

Imágenes y percepciones mutuas entre barrios, sectores, poblaciones y localidades de la ciudad: entre el desconocimiento mutuo y la estigmatización

Uno de los problemas de nuestras grandes ciudades es el de la estigmatización de barrios, zonas o localidades deprimidas, que terminan asociadas, en sus representaciones mediáticas, y a menudo en los imaginarios que de ellas se hacen los ciudadanos a través de los relatos de los medios, con todos los peligros urbanos: inseguridad, violaciones, criminalidad, drogadicción, pandillismo y sicariato juvenil. La truculenta realidad de la vida urbana colombiana de los años 80 y 90, afectada por las violencias del narcotráfico, de la insurgencia armada de izquierdas y de la contrainsurgencia paramilitar de derechas, ha contribuido naturalmente a fortalecer esos estereotipos, aunque hay que decirlo con franqueza, los fenómenos nombrados han acompañado en algunas ocasiones y en algunos períodos la suerte de numerosos ba-

19 Lo mostrado por el cine de Víctor Gaviria para Medellín (“Rodrigo D. No futuro” o “La Vendedora de Rosas”) se corresponde con crudas realidades que han hecho presencia en la vida de barriadas populares, aunque, es bueno precisarlo, allí también coexisten con la muerte y la violencia otros procesos (de desarme, de negociación entre pandillas, de solidaridad comunitaria) y otras búsquedas de valores e identidades alternativas.

rrios populares dejados en manos de actores armados extrainstitucionales, de bandas en competencia por el poder territorial o de grupos de *limpieza* de drogadictos e indeseables sociales.¹⁹

Se generan de esta manera miedos y estereotipos acerca de ciertos sectores y sus habitantes (en Bogotá sobre la populosa localidad de Ciudad Bolívar, en Cali sobre el Distrito de Aguablanca o el barrio Siloé, y en Medellín sobre la Comuna Nororiental), y estos estereotipos se traducen con mucha frecuencia en la renuencia de empresas y empresarios a contratar personal procedente de esas localidades, comunas, distritos o barrios, o en el miedo de muchos habitantes que nunca van a transitar o a imaginarse a sí mismos visitando esas zonas.

El periodismo urbano podría contribuir a equilibrar esas percepciones, superando la invisibilidad de las formas constructivas de la sociabilidad presentes *también* en esas localidades pobres y deprimidas, a través de notas periodísticas que muestren acciones, valores y realizaciones de grupos sociales ejemplares, para referirnos a un caso concreto, grupos de mujeres que juegan funciones y asumen iniciativas socialmente claves en la vida barrial de los sectores populares.²⁰

Los medios y los periodistas podrían también, en estos tiempos de multiculturalismo, no exentos a veces de reivindicaciones subculturales, étnicas o religiosas fundamentalistas y excluyentes, propiciar diálogos interculturales que fomenten el reconocimiento mutuo y la valoración social de la diversidad.

El diálogo de imágenes, de paisajes, de entornos urbanísticos y de diversas estéticas sociales urbanas, podría ser otra contribución importante de los

19 Lo mostrado por el cine de Víctor Gaviria para Medellín ("Rodrigo D. No futuro" o "La Vendedora de Rosas") se corresponde con crudas realidades que han hecho presencia en la vida de barriadas populares, aunque, es bueno precisarlo, allí también coexisten con la muerte y la violencia otros procesos (de desarme, de negociación entre pandillas, de solidaridad comunitaria) y otras búsquedas de valores e identidades alternativas.

20 Sobre el trabajo comunitario y otras contribuciones de las mujeres de sectores populares a la vida barrial en el sector de Jerusalén en Ciudad Bolívar, así como sobre otros aspectos valiosos de la sociabilidad de sus habitantes, puede verse Chaparro, Jairo y Carlos Niño, *Usos, costumbres e imaginarios en el espacio público: el sector Jerusalén*, 1998. Si en este caso es la investigación académica la que destaca este tipo de procesos e iniciativas ciudadanos en contextos de marginación y pobreza, hay que anotar que el periodismo comunitario, el periodismo regional y el periodismo metropolitano en algunas ocasiones han estado abiertos a mostrar con aprecio y reconocimiento expresiones, prácticas y procesos similares.

medios, los comunicadores y los periodistas al reconocimiento mutuo de las distintas ciudades y culturas vivientes dentro de la ciudad.

La asociación abusiva violencia-pobreza y la representación de los jóvenes de sectores populares

Una de las ligerezas o asociaciones indebidas a evitar desde la recreación periodística de la realidad, que puede dar origen a múltiples representaciones estereotipadas y prejuiciadas de lo popular, es aquella que tiende a poner en relación de proclividad o de causalidad a la pobreza y los comportamientos violentos.

Recuerdo cómo hace unos años, en una serie de entrevistas realizadas por el periodista Alfredo Molano en el diario *El Espectador* a personajes que habían jugado un papel importante en la búsqueda de soluciones negociadas al conflicto armado interno, le preguntaron a John Agudelo Ríos, negociador gubernamental en el proceso de paz de Belisario Betancur con la insurgencia, qué pensaba de las relaciones entre pobreza y violencia, y recuerdo que respondió con vehemencia y una gran convicción: “Por experiencia propia, tengo una alta consideración de los pobres”.

Me parece que es muy importante cuestionar la percepción social de esa relación entre pobreza y violencia, que muchas veces en las representaciones de los medios pero también en las de cierto *sentido común* de algunos sectores de la población terminan funcionando como una relación causal indiscutida o casi mecánica.

Quisiera anotar simplemente que en virtud de su apego a tradiciones y éticas católicas no siempre formalistas y superficiales y muchas veces asumidas con compromisos claros entre el decir y el hacer, - y de unos años para acá en virtud de un impresionante auge de distintas confesiones e iglesias cristianas- muchos grupos sociales y personas de sectores populares se distancian claramente de ofertas de comportamiento violento y toman partido por formas de vida ligadas a valores de convivencia pacífica y a comportamientos regidos por ciertas pautas de honestidad y rectitud moral.

La representación de los jóvenes en muchos formatos de la ficción televisiva en Colombia, abusa también de la asociación del joven de sectores populares al delincuente juvenil, drogadicto y pandillero. Toda una gama de

posibilidades de vida de los jóvenes, alternativa a ese estereotipo, que funciona en la vida real de los sectores populares, encuentra sólo excepcionalmente representación en el dramatizado, la telenovela o el programa radial o televisivo dirigido a audiencias juveniles.²¹

Los medios de comunicación y la creación de afectos en y por la ciudad

Varios analistas de la comunicación y la cultura urbana han puesto presente el papel de los medios masivos y de recursos comunicativos como la fotografía, el cine, la televisión y el video en la apropiación ciudadana de espacios públicos y en el disfrute del patrimonio arquitectónico y cultural de la ciudad. Los medios contribuyen a la construcción de representaciones sobre la ciudad, sus zonas peligrosas y temibles, pero también sobre sus pasajes y trayectos deseables y amables. Los medios alimentan así, consciente o inconscientemente, la constitución de una poética urbana, contribuyendo a la producción de afectos hacia la ciudad y a la configuración de identidades culturales en y con la ciudad (Pérgolis, 1998).

Los estudiosos del patrimonio cultural intangible o del también llamado “patrimonio cultural inmaterial” nos recuerdan en sus trabajos que el patrimonio tiene que ver también con recorridos y memorias urbanas que hay que activar, reconocer y actualizar.²² Obras cinematográficas como “La gente de la Universal” o “La Estrategia del Caracol”, dramatizados televisivos y novelas urbanas como “Los parientes de Esther” de Luis Fayad, “Sin remedio” de Antonio Caballero o “Scorpio City” de Mario Mendoza, han abordado períodos y momentos significativos en la vida de la capital, tejiendo

- 21 Un seriado que ha suscitado bastante polémica en cuanto a la representación de la violencia juvenil en Colombia es “Pandillas, guerra y paz”. Es interesante constatar de todos modos, que los usos sociales de estos programas pueden ser muy diversos. Un dato curioso es que conversando con un grupo de niños y adolescentes en un colegio popular de Guayaquil hace dos años, acerca de sus consumos televisivos, un niño hizo referencia a cómo “Pandillas, guerra y paz” le había ayudado a identificar los pandilleros en su barrio y a moverse con mayor cuidado en su espacio barrial.
- 22 Sobre patrimonio visual urbano y fotografía, véase de Néstor García-Candini, Alejandro Castellanos y Ana Rosas Mantecón, *La ciudad de los viajeros. Travestis e imaginarios urbanos: México, 1940-2000* (1996). Sobre fotografía y patrimonio visual urbano para el caso de Bogotá, puede verse el bello libro de fotografías de Sady González, con textos de William Ospina, Sergio Otálora, Consuelo Sánchez, y Helena Iriarte y Juan Carlos Pérgolis, *Bogotá, años 40. Fotografías de Sady González*, 1999.

una memoria iconográfica y narrativa de la misma que produce identificaciones y recuerdos compartidos de hechos y situaciones. La cultura por ello mismo está llamada a jugar un papel importante en la apropiación afectiva de la ciudad por parte de sus habitantes.

No sobra decir que para quienes como yo no nacimos ni crecimos en Bogotá, para quienes nuestros recuerdos de infancia y adolescencia no se encuentran en la ciudad donde hoy vivimos, el desarrollo de afectos hacia ella ha tenido que ser un proceso progresivo y lento de encuentro y otorgamiento de sentido a lugares, personas, encuentros, espacios físicos y objetos. Y allí la televisión, la prensa, el cine y la radio con sus representaciones de la capital, el Festival de Teatro, “Rock al Parque”, “Jazz al Parque” y otros conciertos y encuentros masivos, han contribuido a que vivamos más gratamente en Bogotá y a encontrar razones para quererla y para relacionarnos más amablemente con ella y con sus gentes.

Propuestas finales

Quisiera finalmente formular algunas propuestas para abordar la construcción periodística de las agendas de la ciudad y de los temas de la seguridad urbana. Sugeriría por lo tanto:

- Adelantar esfuerzos sistemáticos de formación con las audiencias o públicos de los medios, para que le hagan seguimiento crítico a las agendas de la ciudad que ellos proponen, para que detecten temas ausentes o excluidos, géneros descuidados u olvidados, para que develen intereses que se mueven detrás de la información, matrimonios indebidos o dependencias y parcialidades del periodismo derivadas de su relación privilegiada con las fuentes oficiales.
- Prestar particular atención a las rutinas profesionales del periodismo en el cubrimiento de los temas de ciudad, violencia y seguridad, con el fin de ver los sesgos presentes en sus nociones de noticiabilidad, así como las posibilidades de enriquecimiento de ésta desde nuevas miradas y cruces de saberes sociales.
- En ese sentido, cultivar y propender por una mejor y más atenta relación, entre la investigación académica sobre la ciudad y la cultura urba-

na y ciudadana, y el enriquecimiento del conocimiento y la renovación de las rutinas profesionales que organizan el ejercicio de la profesión periodística. En este diálogo, propiciar progresivamente una mayor apertura desde las dos partes: una academia menos soberbia y menos descalificadora de otros saberes sociales entre ellos el periodístico, el cual suele mirar con enorme desdén y autosuficiencia, y un periodismo más desprejuiciado y abierto hacia el saber académico al cual percibe a menudo de manera estrecha como un saber críptico, difícil de apropiarse y comunicativamente intransmisible y “ladrilludo”.²³

- Derivar de ese rico y fluido diálogo con la Academia un interés por los aspectos estructurales de la ciudad y de la vida urbana. La investigación periodística sobre pobreza en tiempos de crecientes concentración de la riqueza y exclusión social en la inmensa mayoría de nuestros países, podría constituirse en un importante tema de colaboración entre académicos de las ciencias sociales y periodistas y comunicadores sociales.
- Estimular la función de veeduría de los medios de comunicación, con respecto a los planes o programas de desarrollo de los gobiernos urbanos.
- Finalmente, desde proyectos colectivos de observatorios de medios que podrían asumirse desde las universidades, institutos de investigación, ONG y organismos de política pública de comunicación, impulsar el desarrollo de estudios empíricos sobre cubrimiento periodístico de sucesos claves de la vida urbana que le devuelvan a los medios y al periodismo una retroalimentación crítica sobre su ejercicio que contribuya a la cualificación de su trabajo profesional y de su capacidad de dar cuenta de la mejor manera, de los conflictos, exclusiones, dilemas y posibilidades de la vida urbana.²⁴

23 Sobre esas incomprendiciones mutuas entre academia y periodismo que de hecho tienen que ver con choques de distintas lógicas, percepciones del tiempo y con tipos distintos de conocimiento social, véase mi artículo López de la Roche, Fabio, “El periodismo, ese relegado objeto de estudio y de debate ciudadano”, 2003.

24 El estudio de caso del periodista Javier Darío Restrepo, arriba citado, dedicado al análisis del cubrimiento mediático de la explosión de dos bombas en Bogotá en la Calle 53 con Carrera 30, constituye un muy buen ejemplo de este tipo de análisis que pueden desarrollar los observatorios de medios con el fin de retroalimentar la práctica del periodismo y proveer de importantes insumos formativos a los estudiantes y profesores de las facultades de comunicación social y de periodismo.

Bibliografía

- Acero, Hugo, Antanas Mockus, Alonso Salazar y otros. 2003. *Conflicto urbano y violencia cotidiana en Colombia*, Secretaría de Gobierno Alcaldía Mayor de Bogotá D.C., Bogotá.
- Álvarez Contreras, Carlos; Jairo Ricaurte, Sonia Cardona y otros. 2003. *Experiencias en seguridad y convivencia*. Secretaría de Gobierno. Bogotá, D.C.
- Chaparro, Jairo y Carlos Niño. 1998. *Usos, costumbres e imaginarios en el espacio público : el sector Jerusalén*. Bogotá: Tercer Mundo Editores-Observatorio de Cultura Urbana.
- Chica, Carlos Alberto. 2003. "Medios, seguridad y convivencia" en: Acero, Hugo, Antanas Mockus, Alonso Salazar y otros, *Conflicto urbano y violencia cotidiana en Colombia*. Secretaría de Gobierno Alcaldía Mayor de Bogotá D.C., Bogotá.
- García-Canclini, Néstor, Alejandro Castellanos y Ana Rosas Mantecón. 1996. *La ciudad de los viajeros. Travesías e imaginarios urbanos: México, 1940-2000*. México: Grijalbo.
- Gestoso, Jorge. 2004. "El periodismo de Estados Unidos me ha desilusionado grandemente. Cuarto poder de cuarta". *El País*. Montevideo(12/06).
- Gómez, Patricia, Mónica Velásquez, Héctor Fabio Cardona. 2003. *La guerra: una amenaza para la prensa*. Medios para la Paz, Bogotá.
- González, Sady, con textos de William Ospina, Sergio Otálora, Consuelo Sánchez, y Helena Iriarte y Juan Carlos Pérgolis, *Bogotá, años 40*. Fotografías de Sady González, Revista Número Ediciones, con el auspicio de la Alcaldía Mayor de Santa Fe de Bogotá, Bogotá, 1999
- Guzmán Barney, Álvaro. 1999. "Violencia urbana: Teorías y políticas de seguridad ciudadana", en: Camacho Guizado, Álvaro y Francisco Leal Buitrago (compiladores), *Armar la paz es desarmar la guerra*. Bogotá: IEPRI-FESCOL-CEREC.
- Herrán, María Teresa. 2003. "La importancia del derecho a ser informado", en: Acero, Hugo, Antanas Mockus, Alonso Salazar y otros. *Conflicto urbano y violencia cotidiana en Colombia*. Secretaría de Gobierno Alcaldía Mayor de Bogotá D.C., Bogotá.
- López de la Roche, Fabio. 2004. "El periodismo, ese relegado objeto de es-

- tudio y de debate ciudadano“, en revista *Diálogos de la Comunicación*, No. 66. Lima.
- López de la Roche, Fabio. *Culturas políticas, información y violencia simbólica en la vida colombiana contemporánea*. Ponencia presentada al Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos LASA, realizado en Las Vegas, Nevada, del 7 al 9 de octubre de 2004.
- McQuail, Denis. 1998. *La acción de los medios. Los medios de comunicación y el interés público*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Pérgolis, Juan Carlos. 1998. *Bogotá fragmentada. Cultura y espacio urbano a fines del siglo XX*. Bogotá: Tercer Mundo Editores-Universidad Piloto de Colombia.
- Pizano, Lariza. 2003. *Bogotá y el cambio. Percepciones sobre la ciudad y la ciudadanía*. Bogotá: IEPRI Universidad Nacional de Colombia-Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales-CESO Universidad de los Andes.
- Restrepo, Javier Darío. 2002. *Cómo manejar una información de una explosión, un atentado o una bomba. Una prueba de consistencia técnica y ética*. Serie Diálogos Académicos, Facultad de Comunicación Social-Periodismo Politécnico Grancolombiano - Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura - IECO Universidad Nacional de Colombia, No.1, Bogotá.
- Salazar, Alonso (coordinador). S.f. *Imaginario, presencias y conflictos entre los jóvenes de Bogotá*. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá, Secretaría de Gobierno Alcaldía Mayor de Bogotá, D.C.
- Secretaría de Gobierno. 2001. *Investigación sobre el suicidio en Bogotá*. Alcaldía Mayor de Bogotá, D.C. - Universidad Nacional de Colombia - Facultad de Ingeniería -Facultad de Ciencias Humanas - Centro de Estudios Sociales CES, Bogotá.
- Wolf, Mauro. 1991. *La investigación de la comunicación de masas. Crítica y perspectivas*. Barcelona: Instrumentos Paidós.

Maniqueísmo y personalización en el cubrimiento periodístico de acontecimientos violentos: el “caso Fybeca” en el Diario El Universo de Guayaquil

Mauro Cerbino

“Ha ocurrido un asesinato: si es político es una información, si no lo es, es un *suceso*.
¿Por qué?...en una palabra, es una información monstruosa, análoga a todos los hechos excepcionales o insignificantes...”
Roland Barthes

Introducción

En la mañana del 19 de noviembre de 2003, un equipo de reporteros del diario El Universo de Guayaquil, en su rutina normal de desplazamiento por la ciudad para poder estar en el momento *justo* y cubrir algún acontecimiento que merezca ser tratado como noticia, interceptan en la frecuencia de la radio de la policía, a la que están siempre conectados, un aviso de alarma por un supuesto asalto en una sucursal de la cadena de farmacias *Fybeca*, en el barrio La Alborada al norte de Guayaquil. Rafael Hernández (reportero) y Martín Herrera (fotógrafo) son los primeros periodistas en llegar al lugar de los hechos. Encuentran ahí una gran cantidad de policías (algunos de los cuales no están uniformados), hay mucho movimiento y una enorme tensión, en medio de los cuales los periodistas intentan comprender lo que ha ocurrido para poder empezar a redactar una nota al respecto. Lo que constatan enseguida es que hay ocho personas muertas y, luego de intentar averiguar su identidad, descubren que entre ellas se encuentran un cliente de la farmacia (Carlos Andrade), quien fue a comprar pañales para

su hija, y el mensajero de la empresa (Guimme Córdoba). El fotógrafo logra captar una secuencia de imágenes en las que policías en civil (identificables porque llevan colgadas a su cintura un par de esposas) apresan a dos personas quienes tienen cubierto el rostro con sus propias camisetas. Una de estas fotografías, seleccionada por el fotógrafo, y publicada dos días después por el diario, se convertirá en una especie de emblema del *caso Fybeca*, tanto desde el punto de vista periodístico como judicial. Esta imagen muestra al presunto policía en civil con gorra blanca y armado que conduce a un hombre cuyo rostro esta tapado con su propia camiseta y con las manos inmovilizadas. De algún modo esta foto es el vínculo más estrecho que El Universo establece con el acontecimiento.



Ilustración: A1, Nov.22/03

Este ensayo es el resultado de una investigación en la que se analizan los modos con que el diario El Universo, el diario más importante del país y el segundo en tiraje después del Extra, trató el denominado *caso Fybeca*. En este caso, el diario fue el primer medio de comunicación en sacar boletines informativos. Las fotografías tomadas por el reportero gráfico del diario se convertirían en una de las *pruebas* de las irregularidades cometidas por la po-

licía, por lo que el medio se involucraría directamente en el caso asumiendo un significativo protagonismo.

Breve descripción del caso

El recuento y descripción del caso *Fybeca* se lo ha realizado en base a la lectura de los reportajes y notas periodísticas del diario El Universo.

El miércoles 19 de noviembre de 2003, la Policía mata a 8 personas en la Farmacia Fybeca en La Alborada, barrio al norte de Guayaquil, para - según sus versiones - “frustrar un supuesto robo”. Se dice que se trataba de una banda de asaltantes en la que hay dos ciudadanos petuanos. De los fallecidos dos son inocentes: Guimme Córdova (mensajero de la farmacia) y Carlos Andrade (cliente), los otros seis poseen *antecedentes delictivos*. La Policía detiene a una sola sospechosa, Seydi Natalia Vélez. Luego del operativo, tres personas son reportadas como desaparecidas por sus familiares: Johnny Gómez Balda, César Mata Valenzuela y Daniel Vivar Balda. La esposa del primero, Dolores Guerra, junto a Dolores Vélez (viuda del cliente) y Dolores Briones (viuda del mensajero), que serán denominadas *las tres Dolores*, comienzan una lucha judicial para esclarecer el hecho, con el apoyo de la Comité Permanente de Derechos Humanos (CDH) y de su propio abogado, Rafael Estévez. El asalto frustrado se convierte así en el *Caso Fybeca*. Desde los primeros momentos, se perciben graves contradicciones entre el informe de la Policía y los testimonios recabados el día del hecho. Los primeros días de diciembre, el inspector general de la Policía, Vega, informa al ministro de Gobierno de ese momento, Felipe Mantilla, sobre los resultados de la investigación policial paralela efectuada a raíz del operativo Fybeca. En ella, se acusa al jefe del operativo, mayor González y a los 19 policías a su cargo, de “uso irracional de la fuerza” y “violaciones a los procedimientos policiales”. Se confirma además que en el operativo estuvo actuando un ex agente, Erick Salinas, que había sido dado de baja por la Policía Judicial; se trata del sospechoso de haber apresado a Johnny Gómez, uno de los desaparecidos. En el informe, sin embargo, no se menciona ni ésta ni las otras desapariciones, y tampoco se hace referencia a la muerte de *inocentes*. No se aclaran así las sospechas y los interrogantes sobre la real naturaleza del operativo. Por ejemplo, ¿por qué la presencia esa mañana del mayor González, quien estaba a cargo de una investigación sobre un *presunto* atentado

en contra del alcalde de Guayaquil, Jaime Nebot, y de un general de la Policía? El día del supuesto asalto se desvió de su misión y actuó en la farmacia Fybeca, ¿por qué? Según el informe de la investigación policial no existió un enfrentamiento armado, lo que desmiente el primer informe del jefe de la Policía Judicial, Fausto Flores, quien indicó que los agentes respondieron a los tiroteos de los *supuestos* delincuentes. El Universo publica el informe de balística en donde se afirma que ninguna arma de los supuestos delincuentes fue disparada (lo que descarta el tiroteo) y el informe del médico legista, en el que consta que los abatidos recibieron múltiples impactos de bala en sus cuerpos y por la espalda. Se afirma que las armas de fuego fueron disparadas a *larga distancia*, lo que en la terminología policial quiere decir a 60 centímetros del cuerpo.

El informe, resultado de la investigación interna a la institución policial, es muy importante para entender luego el sentido que asumen los acontecimientos venideros, sobre todo, el encarcelamiento de los *malos elementos* del cuerpo policial por cuatro meses, luego de los cuales y bajo el pago de una fianza salieron libres¹.

No obstante se iniciaron tres juicios en contra de estos *malos elementos*: uno sobre el *supuesto* robo en la farmacia, el segundo por la desaparición de tres ciudadanos y el tercero por mal procedimiento policial y uso irracional de la fuerza y las armas. No se inicia un juicio por la muerte de los dos inocentes, el mensajero y el cliente.

Durante las diversas indagaciones realizadas tanto por la Corte de Justicia como por la Corte de la Policía, el caso es llevado de manera muy confusa y controversial. En el tercer informe de la Policía se llega incluso a pedir el encarcelamiento de Dolores Guerra, esposa del desaparecido Johnny Gómez, acusándola de pertenecer, junto con su esposo, a una banda de delincuentes. Esta petición no fue aceptada.

Las tres viudas, apoyadas por organismos de la sociedad civil y organizaciones de Derechos Humanos, inician una serie de acciones de protestas, una huelga de hambre y marchan descalzas hasta el Palacio de Justicia de Guayaquil, ante el cual deciden realizar un *plantón por la vida*, para intentar captar la atención de los transeúntes y de las autoridades. La acción del plan-

1 Mientras escribimos este ensayo se produce la sentencia de absolución y sobreseimiento definitivo de los 20 policías emitida por la Segunda Corte Distrital de la Policía.

tón, claramente inspirada por el famoso “caso Restrepo”, se vuelve semanal, y todos los miércoles, las viudas, piden justicia por la muerte de Guimme Córdoba y Carlos Andrade y respuestas claras sobre la desaparición de los otros tres ciudadanos. Esta protesta dura hasta hoy. Las viudas, con su abogado, han llevado el juicio ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos, para que por este medio, el Estado asuma la responsabilidad con el caso y responda con una reparación a la petición de las demandantes.

Por su parte, la Comisión de Control Cívico de la Corrupción (CCCC) inicia, en diciembre de 2003, sus propias investigaciones cuyos resultados son dados a conocer en febrero, en una rueda de prensa: las personas fallecidas durante el operativo fueron “ejecutadas” (“la farmacia Fybeca fue un sitio de masacre”) y que por lo tanto el operativo representa un caso de abuso policial “sumamente grave”, y agrega que “la Policía y el Estado tienen que asumir la responsabilidad de lo sucedido y las respectivas consecuencias”.

En abierta contradicción con el informe de la CCCC, el fiscal Vanegas, encargado del juicio por el supuesto “robo con agravantes”, declara que “sí hubo robo” en la farmacia, y esto se demuestra por la desaparición de la billetera de un cliente, además, inculpa a los tres ciudadanos desaparecidos como coautores del hecho pidiendo para ellos la prisión. También se inculpa a Seydi Vélez Falcones como una de las responsables del *frustrado* asalto.

Luego de este dictamen, el 14 de mayo de 2004, Seydi Vélez (hasta hoy la única detenida), solicita a las autoridades rendir un nuevo testimonio. En diferentes artículos del mes de marzo se recogen las revelaciones sobre sus primeras declaraciones que fueron, según ella, producto de la intimidación por parte de la Policía, dice haber visto a los tres ciudadanos desaparecidos como detenidos y agrega nuevos elementos sobre el operativo. Además, insiste en que quiere declarar frente al juez, lo que ocurrirá solo en mayo.

Días antes, los policías detenidos pagan una fianza de 1000 dólares y pueden recobrar su libertad. Y no solo eso, pueden reintegrarse a las filas policiales, violando así los estatutos policiales. Esta noticia aparece en varias primeras planas de El Universo. Vale recalcar que en abril (antes de que los policías obtengan su libertad) los reporteros del diario que cubren el caso, reciben amenazas de muerte. El diario se solidariza con sus periodistas y con las viudas, y ello alimenta a las múltiples voces de la sociedad civil que se alzan y se preguntan sobre la manera como es llevado el proceso, sobre el fuero policial y las cortes policiales y sobre los lazos de complicidad entre la justicia y la Policía.

Aproximaciones generales sobre cómo El Universo empezó a construir la noticia

Ya se ha hecho referencia a la publicación de la foto que se convertirá en el emblema del caso Fybeca². La publicación, dos días después de lo ocurrido, se da a consecuencia de algunas incongruencias que son discutidas en el diario, por los reporteros y los editores de la sección “Sucesos” (dos de ellos son los que empiezan la cobertura del hecho). Un editor de la sección, viendo en un canal de televisión un flash informativo en el que se dice que hay *una* detenida por el presunto asalto a la farmacia, decide consultar sobre este apresamiento al jefe de la Policía del Guayas, porque las fotografías tomadas por el reportero gráfico muestran claramente *un* detenido, de ahí que aparecen las primeras incongruencias que, sin embargo, no serán esclarecidas, en cuanto el oficial confirma que la persona detenida en el operativo es una mujer. La publicación de la foto se convierte entonces en el primer acto de toma de posición del diario en relación a lo ocurrido en la farmacia Fybeca. Ante la constatación de que algo no cuadra entre las versiones oficiales emanadas por la autoridad policial y la observación directa del periodista, el diario apuesta, con la foto, a volver pública la incongruencia, con el afán (esto se desprende de la entrevista al jefe de redacción) de presionar, de este modo, a las autoridades policiales a que emitan la aclaración pertinente. Veremos más adelante como esta actitud del diario, más allá de si ha sido eficaz o no, configura una acción periodística que hemos denominado *de policía de la Policía*, sostenida en base al uso de lenguajes y estrategias discursivas *policiales* y *justicialistas*.

Es interesante notar que Dolores Guerra reconoce a su marido en la foto publicada por el diario, y se dirige a éste para denunciar la desaparición de su esposo, quien, según sus declaraciones, la había llamado el día miércoles 19 indicándole que se encontraba en algún lugar del cuartel de la Policía Judicial, y manifestándole que: “lo vaya a buscar porque lo iban a matar”. Para las tres mujeres *viudas*, quienes, desde el primer momento cuestionaron fuertemente la actuación de la Policía en el operativo, la prensa en general y El Universo en particular, se transformó en el espacio en el cual

1 Por esta foto, el reportero gráfico de El Universo, Martín Herrera ha recibido en el 2004 el premio Mantilla a la mejor fotografía, que el diario El Comercio entrega anualmente.

plantear sus reclamos y demandas. Un espacio *bien concedido* por la prensa que incluso llega a denominar a las viudas como *las tres Dolores*, operando una clara asociación de sus nombres de pila con su nueva condición, la de protagonistas de un drama personal.

Como ya hemos dicho, las viudas juegan un papel importante en el tratamiento que el medio hace de lo acontecido. Son objeto de varios reportajes que reseñan en detalle las nuevas condiciones de vida que les toca enfrentar y se les hace un seguimiento continuo en relación a las acciones de protesta que emprenden para que el caso se aclare y así poder obtener justicia.

Metodología aplicada

La investigación realizada es del tipo “estudio de caso” y la pregunta central está relacionada con el análisis e interpretación del modo, esto es, la selección de los lenguajes y las estrategias discursivas, que sostienen el tratamiento periodístico dado por el diario en la *confección* de la noticia del “caso Fybeca”. Se trata de una aproximación que se podría definir como “etnografía del texto”, con la cual nos referimos al proceso de rastreo de las lógicas productivas (de tipo discursivo) que intervienen en la “puesta en forma” de los contenidos noticiosos³. El objetivo de la investigación es poder ilustrar, viabilizando así una posible discusión, lo que a partir de una *noticia ejemplar* sería una práctica periodística consolidada en cuanto a cobertura y generación noticiosa de hechos violentos. Dado el carácter *exploratorio* no se ha formulado una hipótesis, y por lo tanto tampoco se ha efectuado una selección de los textos publicados por el diario. Todos ellos, en un total de 130⁴ en el período considerado, han sido tomados en cuenta para el análisis. Por otra parte, las interpretaciones que a continuación se ofrecen del análisis realizado, solo marginalmente pueden referirse a la *estructura ideológica* del diario, dado que estamos convencidos de que además de la relación con una

3 “La puesta en relieve de la noticia es un hecho eminentemente expresivo, que solo sucesivamente se vuelve un hecho de contenido. Podríamos casi hablar de una *Gestalt* informativa(...)...el significado (de las unidades informativas) depende siempre del modo de contarlas” (Calabrese O. Vulli U. 1995).

4 Agradezco a El Universo por haberme permitido reproducir todo cuanto publicó en sus páginas sobre este caso. En particular quiero agradecer la amabilidad y paciencia de Natalia Tamayo del archivo del Diario.

determinada ideología del medio que ciertamente condiciona el proceso de producción mediática⁵, la práctica periodística (el menos la que se desprende en este caso) responde a *lógicas profesionales* o a rutinas muy consolidadas en los medios en general. Son precisamente estas lógicas que hemos querido señalar con el afán de que puedan ser revisadas y modificadas por los medios si así lo consideran oportuno. Lo que ha faltado, y estamos convencidos de que se trata de una falta importante, es la realización de una investigación paralela sobre los modos de uso e interpretación de los lectores del diario en relación al caso analizado. Habría sido muy útil detectar los procesos de *decodificación* y elaboración de marcos cognitivos y perceptivos con los que los lectores cumplen, para de esta manera, obtener mayor claridad sobre el papel de la prensa en la cobertura de hechos violentos.

Además del análisis de las noticias y otros textos publicados por el diario en un lapso comprendido entre el 20 de noviembre, día en el que aparece la primera noticia, hasta el 5 de julio, se han realizados algunas entrevistas a los periodistas del diario, al representante del Comité de Derechos Humanos de Guayaquil, y a la esposa de uno de los desaparecidos. Las noticias, principal fuente de esta investigación, fueron analizadas a través de la creación de categorías que permitieron clasificarlas y obtener criterios para cálculos cuantitativos y luego para poder hacer análisis cualitativos. Esas categorías son:

- Encuadre discursivo (*framing*) según la ubicación de la noticia dentro del periódico (las páginas “primera plana”, “sucesos”, “editorial” y “opinión”).
- Actores/personajes/fuentes y relaciones entre ellos.
- Lenguajes utilizados en la construcción de las noticias.
- Discursos subyacentes a los lenguajes utilizados.

5 Referirse a la producción mediática significa, entre otros aspectos, tomar en cuenta a aquellos procesos complejos de “creación” de los textos mediáticos y también considerar al medio como parte de un sistema social, político y cultural, cuya influencia asume particular relieve en cuanto a la construcción y selección de las agendas temáticas (véase Hall S. 1980; Wolf M. 1985; Sorrentino C. 1987).

Análisis e interpretación

Distribución de las noticias

De las 115 noticias producidas en el lapso de tiempo considerado, 20 de ellas (que representa el 18%), aparecen en la primera plana A1 (todas continúan en la página de “Sucesos”), lo que demostraría la importancia que el diario dio a la noticia; 78 noticias, que representa el 68%, se ubican directamente en “Sucesos” (ver fig. 1). A esto se suma un reportaje en Información General y otros 2 en Resumen que representan el 3%, 7 editoriales (5%) y 8 artículos de opinión (7%).

De los 20 titulares de primera plana 8, es decir el 40% (ver fig. 2), se concentran en los primeros diez días que siguen al acontecimiento, lo que nos hablaría de un fuerte compromiso inicial del diario con una noticia que desde el comienzo había contribuido a generar. Esta intensidad se irá diluyendo en los meses venideros, con un parcial repunte en abril, mes en el que se producen las amenazas a los periodistas y que coincide también con un aumento de noticias en la sección Sucesos (ver fig. 3). Esa baja de intensidad puede ser explicada en la medida en que interviene un cambio de *orientación* en el discurso que el diario asumió al comienzo de la historia, que de-

Figura 1: Noticias en Sucesos

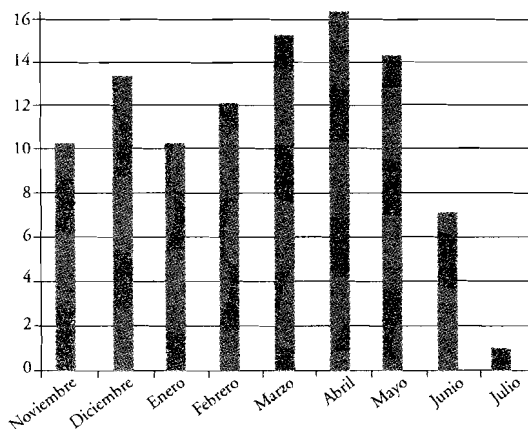


Figura 2: Noticias en A1

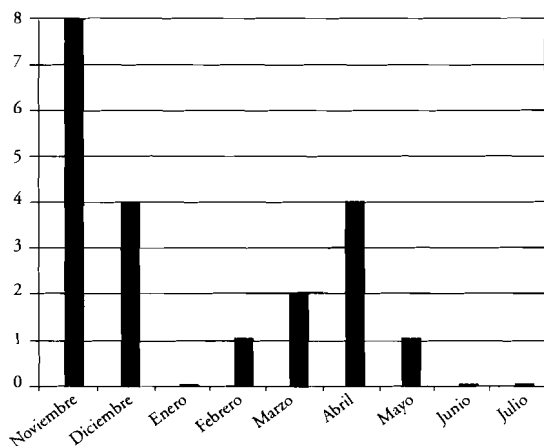
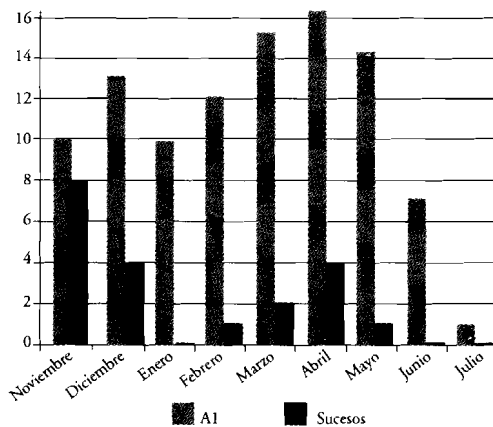
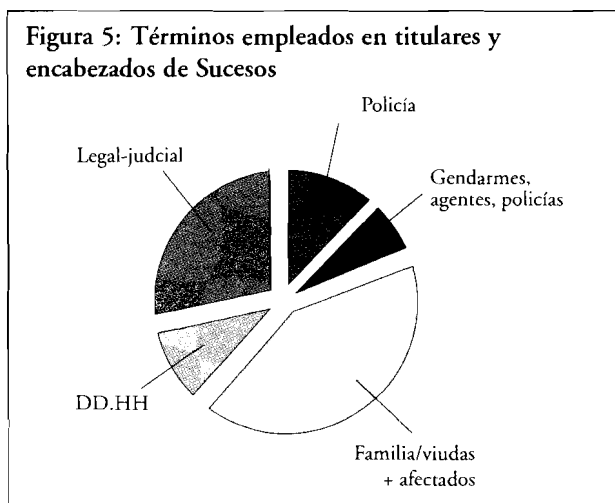
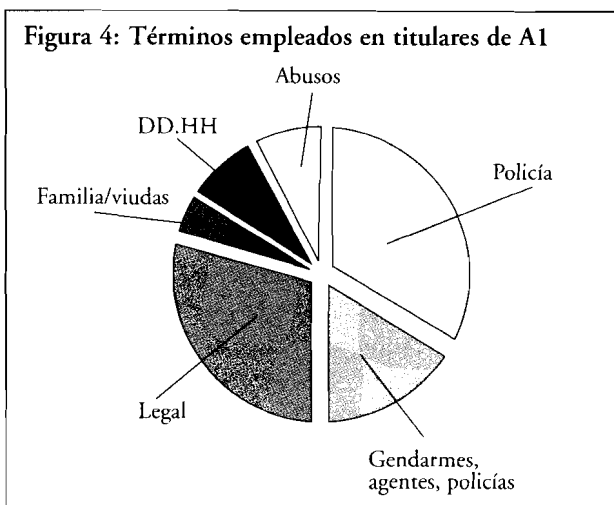


Figura 3: Comparativo A1 - Sucesos



finiremos más adelante como *policial y legal* (demostrado también por la frecuencia con que se usan términos que se refieren expresamente a estos dos ámbitos (ver fig. 4) y que pasa a otro de defensa de las viudas (aún cuando aparecen muchos términos de lo *legal*, esta dimensión sin embargo no tienen implicaciones de orden institucional y más bien se refiere al *drama humano* de las viudas).



Se refuerza esta explicación cuando al pasar de las noticias de A1 a las de la página de Sucesos, se puede notar un cambio de tema: si en A1, sobre todo en los titulares, se articula un discurso en torno a la Policía o a lo legal de la historia, en Sucesos, los contenidos van a tratar de modo específico el tema de las historias personales de las viudas o de otros personajes involucrados, con un claro intento de abandonar el discurso institucional y pasar a uno

marcado por la lógica de la personalización del acontecimiento. Las páginas de Sucesos, tanto las que son continuación de A1, como las autónomas, tratan sobre todo (60%) de las demandas de las familias/viudas afectadas por el hecho (ver fig. 5).

El encuadre discursivo

El tipo de sección (Sucesos) representa un *encuadre* en el sentido de que el lector asocia este espacio del periódico con un determinado discurso, el de la crónica roja, que de este modo se traduce en el *discurso superior* que permite dar una “clave de lectura” (*framing*) referencial y temática a la comprensión de los contenidos de las noticias ahí ubicadas. Este encuadre no solamente condiciona la lectura sino también el modo de generación de la noticia por parte del periodista en el sentido de que este se *ve obligado* a seleccionar un lenguaje que es en general de tipo policial o detectivesco (aún cuando condena las acciones policiales como en este caso)⁶, que va acompañado de un lenguaje de tipo *sensacionalista* que se alimenta de los testimonios desgarradores de las víctimas. Dicho lenguaje dificulta o limita las posibilidades de que la noticia se construya ampliando el espectro de las tematizaciones, es decir contemplando otras perspectivas (políticas, institucionales, etc.) o estableciendo conexiones con distintas problemáticas (sociales, urbanas, de la seguridad ciudadana, etc.). Estos dos lenguajes utilizan el recurso de la yuxtaposición de testimonios y de otros contenidos, de tal forma que la noticia no es el resultado de una investigación periodística y, por lo tanto, el periodista se convierte en simple *medio* a través del cual se viabilizan las opiniones de los protagonistas de la información. Ello tiene implicaciones tanto en el modo de presentación de las noticias, en las que tiende a estar ausente la función de mediación del periodista, como en relación a su responsabilidad ética.

La página Sucesos se encuentra al final de la Sección A (9/10/11 A), es una especie de contraportada o contracara de la primera página (A1) tanto por su ubicación física como por su significación periodística. Si la primera

6 En general los periodistas que cubren los hechos de crónica roja, lo hacen a través del registro de datos de observación directa: placas de autos, horas de entrada y salida de los involucrados, descripción de vestimentas, reacciones “en caliente” de los testigos, etc. Todo esto configuraría un lenguaje detectivesco que posteriormente vendría cotejado con los registros de las autoridades policiales.

página ubica agendas temáticas precisas, titulares informativos que hacen referencia a un contexto de significación, la página de Sucesos apunta a lo contrario: es entendida como un espacio en el que confluye lo inclasificable, lo descontextualizado, lo que *sucede* y pretende no ser mediado. Según Barthes, el suceso “es el desecho desorganizado de las noticias informes; su esencia es negativa, solo empieza a existir allí donde el mundo deja de ser nombrado, sometido a un catálogo conocido (política, economía, guerras, espectáculos, ciencias, etc.); en una palabra es una información *monstruosa*, análoga a todos los hechos excepcionales o insignificantes, es decir anómicos, que suelen clasificarse púdicamente bajo el epígrafe de los *Varia*.” (Barthes 1977: 225). En general, el suceso responde a una organización de estructura cerrada y monotemática (es lo que posibilita la configuración del *caso*), y en la medida en que no implica un desarrollo por episodios, como por ejemplo la vida de las *vedettes* del espectáculo o de la política, funciona como una novela, una fabulación que dura mientras ha personificado a sus actores. Las relaciones inmanentes al suceso son de tipo causal, un delito y su móvil, un accidente y su circunstancia, que van generando estereotipos (crimen pasional, etc.), pero en todos los casos, explica Barthes, la causa aparece fatalmente penetrada por una fuerza ajena: el azar. En los sucesos toda causalidad es sospechosa de azar, y el interés se desplaza hacia lo que podrían llamarse *dramatis personae*, especie de esencias emocionales, figuras que retomaremos más tarde cuando analicemos los recursos de la personalización sensacionalista en el caso que nos atañe.

Según Barthes, todo suceso comporta al menos dos términos o dos notaciones.⁷ Así, uno de los primeros titulares sobre el caso Fybeca es: “No aparece un detenido por ex policía en operativo”, mostrando la coincidencia y no la causalidad entre esos dos términos (detenido/ex policía), es decir el contraste entre los contenidos de estos enunciados, cualitativamente distantes, o sea que tendrían una distancia lógica: *un ex policía no puede detener a nadie*. A esta figura de antítesis, se suma otra conocida como el *combe*—el colmo— (en la tragedia clásica): *el detenido no aparece, porque es un ex policía que lo apresó*, este tercer término aparece como una nueva contrarie-

7 Barthes propone como ejemplo el titular *Una mujer pone en fuga a cuatro gángsters*, para mostrar esa especie de distancia lógica entre la debilidad de la mujer y el número de los gángsters. Cada término, explica, pertenece a un recorrido autónomo de significación, la relación de coincidencia tiene por función paradójica fundir dos recorridos diferentes en un recorrido único.

dad y a la vez como una causalidad. Se trata de una retórica de los colmos⁸: *precisamente* en un operativo policial desaparece una persona, *precisamente* cuando los testigos iban a declarar se cancela la audiencia, *precisamente* cuando la mujer denuncia a la justicia por la desaparición de su marido es víctima de una orden de captura por complicidad en robo... El “colmo” es la expresión de una *situación de mala suerte*, de inversión de figuras en función de ponerlas sobre el plano de la coincidencia, del accidente asombroso e inexplicable.

En palabras de Gérard Imbert, la violencia, tal como viene representada por los medios, sería una *exacerbación del accidente* (de lo accidental). “Es algo así como una consecuencia directamente derivada de la lógica informativa: su parte maldita, para retomar el término de Georges Bataille, y en cuanto tal ineludible (inevitable, incuestionable), es decir algo que sobra, de lo que ya no se sabe qué hacer, ni qué decir, que cuesta asumir como valor (objeto de intercambio)” (Imbert, 1995: 57).

Así, el suceso terminaría siendo aquello que por una operación de coincidencia (de encuentro accidental) de dos términos, propone una simetría que elimina sus posibilidades de sentido, reduciéndose a su ámbito de significación como accidente, e invocando así a la Naturaleza, al Destino, a aquello que fatalmente podría estar en el origen de esta simetría de la antítesis o paradójica. Sería, para Barthes, algo así como la construcción de la imagen de un dios que vigila detrás del suceso. De este modo, se trata de garantizar a la sociedad contemporánea la producción de signos (lo que la tranquiliza), pero al mismo tiempo de ambigüedad, basada en el contenido incierto de esos signos (lo que la irresponsabiliza): “el sentido que da (el suceso) a la concomitancia de los hechos escapa al artificio cultural permaneciendo mudo”. El “carácter accidental” de todo suceso y la ausencia de referencia argumentativa del reportero de crónica roja que así lo silencia, determina que “la polarización en el suceso conlleve una ocultación del hecho” (Imbert, 1995: 58).

No obstante la importancia otorgada por el diario a lo acontecido en la farmacia Fybeca, el hecho de haber desarrollado la información casi exclusivamente en la página de Sucesos, ha significado un empobrecimiento en

8 Para Barthes, las figuras retóricas, tan despreciadas por los historiadores de la literatura, pueden representar un recorte mental del mundo, una ideología, como el caso de la de los colmos de la tragedia clásica: precisamente cuando Agamenon condena a su hija, ésta lo elogia por sus bondades, precisamente cuando Amán se cree en la cumbre de sus honores, está arruinado...

cuanto a tematizaciones más profundas y la reducción a un *simple* hecho de crónica, cuando es evidente que debía implicar un conjunto de problemas y perspectivas para obtener un mayor alcance informativo. Por otra parte, la *negativización* de los sucesos de crónica (esa parte maldita que menciona Imbert), el supuesto fatalismo que los caracterizaría, han sido también lógicas aplicadas por el diario en la construcción de la noticia. Si tomamos en cuenta que, según el propio testimonio de los periodistas de El Universo, a la pregunta de por qué el *caso* no se lo trató en otras páginas del diario, como por ejemplo “El Gran Guayaquil” (que creemos habría permitido salirse del *formato* *Sucesos* y proponerse una mayor complejización), la respuesta ha sido que esta sección, por política del diario, solo habla de los aspectos *positivos* de la ciudad y que poner allí la información del caso Fybeca, habría significado alimentar el estereotipo negativo que en cuanto a inseguridad y delincuencia injustificadamente se le aplica a Guayaquil.

Las marcas de los discursos

En este párrafo se intenta rastrear cuáles son las estrategias discursivas empleadas en la construcción noticiosa. A través del análisis de ciertas *marcas* es posible determinar cambios en los discursos y en las orientaciones que el Diario asume.

De “operativo” a “caso”

Desde el primer momento, la utilización del término *operativo policial* implica una clara asignación de responsabilidad a la Policía por como se ha conducido el evento. Sin embargo, el término se lo emplea solo en las dos primeras noticias cuando, como ya se ha señalado, los reporteros asumiendo el papel de *detectives*, se dedican a indagar los gestos ocultos de la Policía y las incongruencias entre las versiones oficiales y las directas observaciones (la foto). Seis días después, a partir del 25 de noviembre, se empieza a denominar al hecho con el nombre de “El caso Fybeca”, con lo que se pasa a establecer una aproximación discursiva en base a la idea de la justicia, ya que *un caso* siempre es algo *a resolverse*. De ahí, el empeño e incluso perseverancia que pone el diario para que el *caso* encuentre una solución. Sin embar-

go, esta concepción del *caso* resulta reduccionista a la hora de considerar las múltiples posibilidades de discusión social y de activación de la opinión pública en torno a las implicaciones no meramente judiciales y de orden social que se desprenden de este acontecimiento.

El “caso” representa lo que “sucede a nivel individual o micros social y que es expuesto mediante una estructura discursiva básicamente narrativa”, y que se relaciona con el concepto de “generalización” de al menos tres formas (Ford A, 2001) :a) el caso como ejemplo: se trata de mostrar la relación a una norma o regla y de persuadir de su aplicación; b) el caso como índice de una situación que exige una hipótesis explicativa de orden o conjunto, como exploración previa a la demostración o generalización; c) el caso entendido como caso de estudio, lo que Clifford llama “sinecdocquización”, que supone que detrás del caso hay una cultura homogénea a la que se puede acceder por cualquiera de sus partes. Sin embargo, en el uso que los medios hacen del caso interviene un “crecimiento de lo narrativo frente a lo argumentativo o lo informativo y de lo individual o micro social frente a lo macro o lo estructural...” (Ford, 2001: 246). En este sentido podríamos decir que el tratamiento noticioso en términos de caso se relaciona con y opera como un *suceso* (de acuerdo a Barthes, tal como hemos señalado antes) o como un *acontecimiento* en la medida en que su narración suspensiva apunta a operar un quiebre, un corte o una obturación en el proceso de construcción de la información con bases en la argumentación.

De “policía” de la Policía a “abogados” de inocentes

Si en un primer momento el diario asume un tono policial con el que interpela a la Policía (“La Policía no aclara interrogantes sobre el caso Fybeca”, 23 Nov.), en un segundo momento las noticias dan un giro y empiezan a establecer como tópico la defensa frontal de las viudas (ilustración.: foto de primera plana de la hija de Andrade, 26 Nov.). Este tono no persistirá en los textos de las primeras planas, en donde a partir de diciembre se abandona el *sensacionalismo* creado en torno al drama que viven las familias, generando únicamente titulares cuyos contenidos oscilan entre lo policial y lo legal asumidos de forma neutra, como cuando se demuestra claramente la voluntad de distinguir a la institución policial (respetable) de los malos elementos que pertenecen a ella. El tópico de la situación de las familias quedará

como dominante en Sucesos. Ahí, lo que se produce, es el intento de representar lo ocurrido como si se tratara de un asunto eminentemente de *defensa de indefensos*, de asumir el papel protector de personas extremadamente vulnerables y frágiles, como son las viudas o las esposas de los desaparecidos y sus hijos, todos considerados como los únicos afectados por sus condiciones de mujeres y de niños.

Diferenciación entre La Policía y los policías

Cuando las autoridades policiales reconocen que ha habido abuso y malos procedimientos y por lo tanto se encarcelan a los policías del operativo, el diario reproduce el discurso de que es necesario diferenciar la actuación de algunos *malos elementos* del valor incuestionable referido a la institucionalidad de la Policía. Este es quizás uno de los discursos más poderosos puesto en escena por el diario. Se encuentra también reforzado tanto por los editoriales como por algunos artículos de opinión. Podríamos llamarlo el discurso de salvaguarda y tutela del valor, significado e importancia de la Policía en cuanto institución responsable del mantenimiento de la seguridad ciudadana.



Ilustración: A1 y Sucesos, Nov.26/03.

dana, un papel que no puede ni debe ser cuestionado por la actuación, aunque irregular, de unos cuantos policías. La fuerza discursiva se sostiene por lo tanto en una lógica que podemos definir como de las "manzanas podridas"⁹. Al mismo tiempo, es necesario notar que el tema de la seguridad ciudadana representa uno de aquellos tópicos que permanecen ausentes a lo largo de la construcción de la noticia, o que mejor dicho, como se verá más adelante, se mantendrá a un nivel implícito de argumentación, que es la que considera a la seguridad ciudadana propiamente un asunto policial.



Ilustración: Sucesos, Dic.1/03 y Feb.28/04.

9 La metáfora de las "manzanas podridas", según la cual hay que sacar del cajón de manzanas aquellas por podridas podrían contagiar al resto de manzanas sanas, los policías inculpaados se vuelven aquellos elementos necesariamente malos que hay que separar de la institución policial para que esta permanezca sana.

Por su parte, en los editoriales y algunos artículos de opinión, se evidencia el uso implícito de un tipo de discurso que llamamos *justicialista* influido como está, por una mirada moralista que hace que justo sea todo aquello que se reduzca a *hacer justicia*, en el sentido de encontrar culpables. Sostener este discurso, es la lógica binaria y maniquea de malos versus buenos y por ende de culpables versus inocentes. De ahí que, a otro nivel, es posible un cierto manejo ambiguo de los hechos relacionados con la matanza: cuando se narra que entre las víctimas hay delincuentes, aunque su muerte es algo que se inscribe en el juicio de lo que *está mal*, tampoco no lo está del todo (tratándose de delincuentes). Y una vez que los abatidos son sancionados como culpables *en general*, una sanción que es posible por el solo hecho de tener antecedentes penales, o por la *agravante* de ser de nacionalidad peruana, como en el caso de dos de ellos, no merecen siquiera ser objeto de mayor información. ¿Por qué el diario no dedicó un espacio también a estas víctimas? Uno de los reporteros entrevistados afirma que no fue posible hacerlo porque los familiares de estas víctimas se negaron a hacer declaraciones. Queda claro que frente a esta negativa el diario no encontró ningún interés en dar un tratamiento informativo al asunto, limitándose a emitir juicios morales en el vacío de testimonios e impedido de personalizar la narración.

De la responsabilidad y la reparación vía lenguaje de Derechos Humanos

No obstante el discurso de la defensa de la institucionalidad de la Policía se mantenga como una posición constante del diario, no es menos cierto de que el tópico de la responsabilidad institucional por el abuso cometido empieza a adquirir importancia principalmente por la apropiación de con-



Ilustración: Sucesos, Dic.3/03

sideraciones enmarcadas en la dimensión de los Derechos Humanos, y el apoyo que el diario decide brindar a las viudas en la lucha por obtener una reparación del Estado ecuatoriano por medio del planteamiento de demandas ante los organismos internacionales. Si bien el tono se ha vuelto completamente leguleyo¹⁰, el diario no pasa reseña, con profundidad, a los mecanismos o figuras legales que sustenten las demandas, además no propone una discusión sobre el significado que el hecho tiene para la institucionalidad y para las autoridades del Estado, ni tampoco las consecuencias a nivel de opinión pública. Esto demostraría que es sobre el plano del *drama humano* donde se ubica el tratamiento periodístico, reduciendo el significado social y político de las demandas a una reparación de orden personal y privada, *desaprovechando* la oportunidad de plantear otros problemas vinculados. El contenido noticioso respecto de la dimensión de los derechos humanos pisoteados en el “caso Fybeca” se alimenta de la conexión (muy poco reflexionada) que los reporteros establecen con otras series narrativas y fabulaciones análogas, como el “caso Benavides” o el de los hermanos Restrepo (¿“simplemente” otros “casos” de abuso policial?), este último además por haber sido el antecedente legal más importante de reparación de parte del Estado ecuatoriano. El elemento común a todos estos casos es que no han sido abordados desde una perspectiva crítica, ni en términos legales ni sobre todo políticos¹¹, sino solamente desde el punto de vista de la solidaridad emocional. En una noticia del 2 de mayo sobre la petición de las viudas de ser indemnizadas por el Estado, encontramos yuxtapuestos cuatro tipos de contenidos informativos: un texto que cuenta la pobreza en la que viven las viudas como argumento fundamental para sostener la demanda de indemnización; un esquema que contiene los pasos que es necesario dar para formalizar la demanda internacional, y a su lado, un modelo de formulario de denuncia ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos; un recuento de los casos Benavides y Restrepo; y, finalmente, dos fotografías en las que se muestra a dos de las viudas, acompañadas de sus hijos, en expresiones de dolor.

10 Así lo muestran titulares como “Afectadas por caso Fybeca piden se reabra sumario” (14-04-04); “Viudas de Fybeca piden a Estado que las indemnice” (02-05-04); “Jueza pidió al ministro fiscal dictamen sobre caso Fybeca” (14-05-04).

11 Me refiero a que estos abusos policiales, en los dos casos mencionados, se dieron en el contexto de un gobierno, el de León Febres Cordero, en el marco de políticas represivas y autoritarias; la comparación de estos casos con el que estamos analizando podía haberse hecho también en este sentido político.

Relación entre lenguajes y estrategias discursivas

En esta sección hemos analizado e interpretado a que tipo de estrategias discursivas corresponderían los distintos lenguajes utilizados en el tratamiento de las noticias. Los lenguajes son lugares de significación con los que se plasman estas estrategias aunque no queden explicitadas.

El lenguaje de la yuxtaposición y el problema de la no-mediación

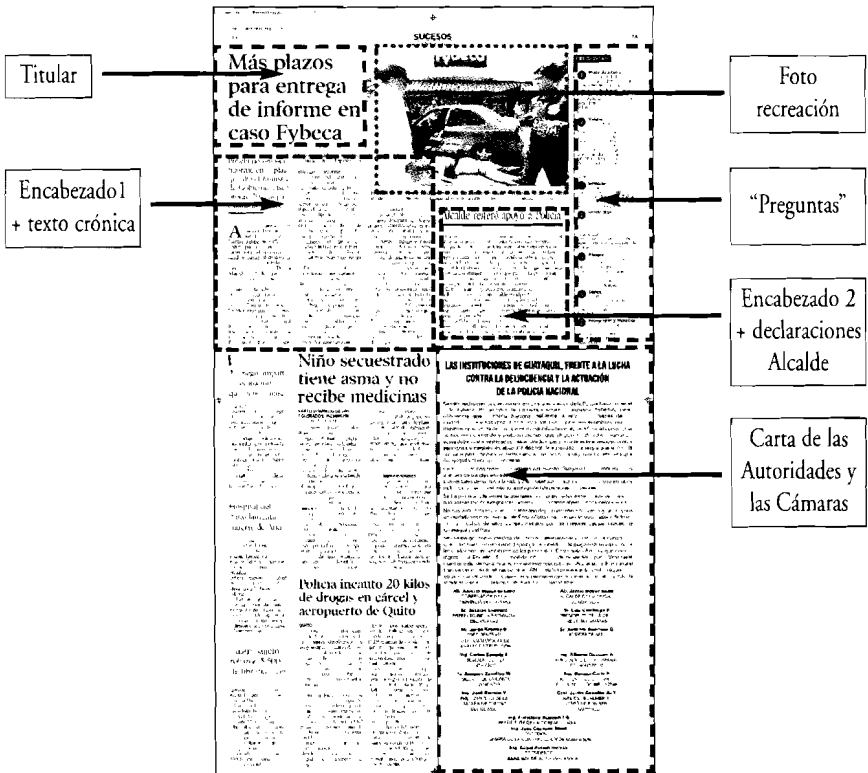


Ilustración: Sucesos, Nov.29/03

La aplicación del lenguaje de la yuxtaposición permite juntar, de manera fragmentaria y descontextualizada, distintos tipos de contenido informativo, y representa una práctica muy utilizada por los medios en general. És-

tos, según Mauro Wolf (2004: 218), “se caracterizan por la fragmentación de la imagen de la sociedad, mediante la yuxtaposición de acontecimientos-noticias, cada uno de los cuales es presentado como autosuficiente, sin explicarse ni explicar otros acontecimientos-noticias”. Poniendo los unos al lado de los otros: los testimonios de las viudas con las declaraciones de los abogados, de los fiscales, los jueces y los policías; los fragmentos de datos sacados de informes policiales y de los dictámenes con las cifras o los interrogatorios, se termina componiendo una noticia con elementos diversos como si se tratara del mismo tipo de información. Esta práctica, como se desprende de la entrevista al jefe de redacción, es definida por el diario como la convicción de que este modo el medio asume una posición *pluralista* frente a los acontecimientos. De parte nuestra, entendemos que la dimensión pluralista se plantea de modo pertinente cuando se refiere al espacio de la opinión más no en el de la información, cuyo ámbito y articulación tiene que ser una prioridad de la labor periodística, a través de la acción investigativa que se plasma en una atenta, es decir profunda y rigurosa, aplicación de la función de mediación del periodista. Una muestra de yuxtaposición se encuentra en la página de Sucesos del 29 de noviembre (ver ilustración), en la cual el titular principal, que anuncia “Más plazos para entrega de informe en caso Fybeca”, no define con claridad de qué tipo de información se trata, dado que el resto de los contenidos noticiosos presentes en la página hablan de cosas muy distintas dando paso a lo que Ford (op.cit: 263) define como “un contrato de lectura confuso” con los lectores en las noticias de tipo casuístico.

El primer subtítulo reporta que la Policía cometió una falta al no entregar el informe en el plazo previsto y que, por otro lado, el fiscal *otorgó* un plazo para realizar un examen. El texto hace la crónica, con fechas y horas, de las últimas actividades y declaraciones del Ministro de Gobierno, de los fiscales y jefes de la Policía, y también del abogado de las víctimas. La foto muestra al fiscal frente a una recreación de los hechos. Junto a estos contenidos confusos e incluso ambiguos, hay otro subtítulo de mayor tamaño que el primero que dice: “Alcalde reiteró apoyo a Policía”, y en el texto que sigue se transcriben sus declaraciones, que apuntan a definir el “caso Fybeca” no como un problema que atañe a la seguridad en Guayaquil o a sus niveles de delincuencia que más bien afirma han bajado en la ciudad, sino como un simple *hecho delincencial*. No se puede dejar de notar, de paso, una

cierta coincidencia de la visión del alcalde con la *política* del diario de no ubicar la información del “caso Fybeca” en la sección de “El Gran Guayaquil”. Las declaraciones del alcalde incluyen también el estigma hacia “colombianos y peruanos”, culpables (ellos sí!) de la delincuencia, reclamándolo al Gobierno nacional que exija la visa a los inmigrantes y quitando el peso a espaldas de la Policía.

Finalmente en la página consta una carta remitida por las autoridades de la provincia, de la ciudad y de las cámaras de la producción en la que se respalda irrestrictamente a la institución policial. Con la sola excepción de un cuadro que contiene un conjunto de preguntas formuladas por el diario (algunas de ellas ya publicadas anteriormente), no hay en relación a estos contenidos ninguna reflexión ni argumento desarrollados por los periodistas, ningún comentario crítico que pueda traducirse en una mayor profundización informativa¹². La yuxtaposición establece una equivalencia entre las fuentes y transforma a las personas, como tales, en fuentes, es decir no solo a partir de sus testimonios sino de sus mismas historias de vida.

La “policialización” de las políticas de seguridad ciudadana

Analizando el espacio de Sucesos, se puede detectar que si bien uno de los tópicos subyacente a la mayoría de noticias contenidas en esta sección es la seguridad ciudadana, la ausencia de una tematización más explícita en torno a esta problemática, que podría servir para mantener abierto un debate sobre la búsqueda de mecanismos políticos innovadores para enfrentarla, hace que se reproduzca de modo automático el discurso según el cual la seguridad es un asunto exclusivo de la acción policial. Este discurso se hace patente de dos maneras: empleando narraciones marcadas por un lenguaje policial directo o reportando las declaraciones de las autoridades o instituciones *representativas* de la ciudad que han asumido un lenguaje policial. Así, encontramos al lado de las noticias sobre el “caso Fybeca” varios titula-

12 Es útil notar que la parcial mediación cumplida con la formulación de las preguntas va solo en la dirección de que ésa mantenga el suspenso y la dilatación de las posibles “explicaciones” que el diario podría argumentar sobre el caso. Las hipótesis no explicitadas por el diario y que subyacen a las preguntas (que serán planteadas en varias ocasiones) cumplen la función de reactivar constantemente la pregunta fundamental y que caracteriza a todo tratamiento casuístico que es la siguiente: “¿qué fue lo que pasó *realmente*?” (ver Ford, op. cit.:272)

res que tratan la problemática de la seguridad como directamente relacionada con el control policial, como este del 12 de febrero 2004: “Cadena: Delitos obedecen a crisis económica en el país” (Luis Cadena, comandante de Policía del Guayas). Como parte de la misma noticia se reportan las afirmaciones de Luis Hanna, Presidente de la Cámara de Turismo de Guayaquil, que explica: “la impotencia de la Policía frente a la delincuencia se debe a la mala utilización de su presupuesto. No es la estructura de su institución la causa del incremento de la delincuencia sino quienes la administran (...) Esos helicópteros que utilizan para pasear autoridades deberían usarlos en patrullar la ciudad”.

El lenguaje de la personalización sensacionalista

Luego del análisis realizado a los textos publicados por el diario sobre el “caso Fybeca”, se puede constatar que la mayor cantidad de noticias producidas por el diario son de tipo *sensacionalista*. No en un sentido tradicional y casi literal del término, como por ejemplo en el caso de cierta gráfica o imágenes típicas de la prensa amarillista, sino debido a un proceso de *humanización* de las noticias en las cuales se privilegia la construcción de *personajes* a los que se les atribuye una historia, con un carácter dramático, en la mayoría de veces. En otras palabras, es sensacionalista el modo de narrar y retratar el drama humano que viven los personajes, las víctimas indirectas o directas del hecho (ver la ilustración abajo). Los recursos privilegiados en este modo de construir la noticia son los reportajes que recogen *textualmente* los testimonios desgarradores de las víctimas, como en este caso los de las *viudas*. Para aumentar el dramatismo, estos testimonios son contrastados (yuxtapuestos) con otros testimonios de signo contrario como los de las autoridades policiales o de los informes judiciales. Se puede decir que el diario intenta usar, de modo similar a cuanto hacen los medios televisivos, el recurso del *dramatizado* para volver las noticias más impactantes frente a sus lectores.



Ilustración: Sucesos, Dic.14/03

Conclusiones

El modo con el que el diario ha manejado las noticias en el “caso Fybeca” determina que no se puedan rebasar los límites de un caso aislado. Este modo de particularizar (o singularizar) del tratamiento periodístico limita fuertemente las posibilidades de contextualizar y buscar articulaciones temáticas capaces de conducir la información más allá del puro y simple *caso aislado*. Además esto permitiría volver explícitos, problematizándolos, aquellos discursos implícitos que están presentes en los lenguajes periodísticos, aunque a menudo de manera reducida y bana: sobre la *policialización* de la seguridad; sobre las condiciones de convivencia social como sustrato complejo de las violencias urbanas; sobre la impunidad y la corrupción; sobre las condiciones políticas y sociales (y no solo legales) de la aplicación y respeto efectivo de los derechos humanos; sobre la confianza en las instituciones; sobre

la naturaleza de los conflictos sociales, solo para señalar algunos.

El tratamiento noticioso del caso Fybeca se inscribe en la práctica periodística de “humanizar el problema siguiendo una característica narrativa de la cultura de masas: la personalización de las historias y de los problemas, con el objetivo de volverlos más accesibles al gran público” (Sorrentino 1995: 211). Si bien el gran público no es capaz de entender perfectamente el vocabulario policial y sobre todo el vocabulario legal, debido, en buena medida a los tecnicismos que ahí se emplean, se asume que sí es capaz de asimilar sin ningún problema el vocabulario dramático de las historias personales. La personalización no es un recurso propio del tratamiento de noticias violentas, sino que se da “en todos los ámbitos informativos, de la política a la economía, cuando se muestran los acontecimientos como determinados por la acción, por el coraje, por la habilidad de personajes singulares” (ibid: 211). La construcción de personajes es una práctica generalizada en la construcción de la noticia, sin embargo cuando los personajes se relacionan a hechos violentos se construye un tipo de relación personal fundado en la emoción y no solo en lo biográfico o en los valores como el coraje y la habilidad, sino en emociones directamente ligados al dolor o al placer. Es así que el interés se desplaza hacia lo que arriba, con Barthes, se ha llamado la dimensión de “*dramatis personae* (niño, viejo, madre, etc.) especies de esencias emocionales, destinadas a vivificar el cliché” (op. cit.: 228).



Ilustración: Sucesos, Enero 7 y Feb. 26/04.

La personalización es un modo de alcanzar una supuesta mayor profundidad, al menos esto es lo que piensan los periodistas que además la consideran (como en este caso) una modalidad significativa para “ponerse del lado de la gente”. Las causas o los motivos, las condiciones de largo aliento que son impersonales y responden a otras dinámicas, y que no son considerados como hechos, son *desechados* por la impelente necesidad de quedarse en lo presente y en lo particular. De esta manera se logra el efecto de que los lectores queden adheridos a la cosa, a lo que ven o lo que leen, sin poder tomar distancia de los *acontecimientos*. La personalización tiende a simplificar los significados de los eventos de modo maniqueo, para que asuntos complejos, como las violencias sociales o la seguridad ciudadana, puedan ser tratados determinando que hay *buenos* versus *malos*, o unos en *contra* de otros, de modo excluyente. Esto facilita la asignación de culpabilidad (blaming) por parte de los lectores frente a los protagonistas de la narración, así como el uso de estigmas en base a la consolidación de estereotipos.

Por otra parte, la personalización (y la yuxtaposición) tiende a la irresponsabilidad del periodista y del diario, dado que el uso del testimonio directo puede conducir a la distorsión de que son las fuentes que hablan y que la responsabilidad por lo que dicen está en ellas y no en el periodista que las recoge y ensambla de un cierto modo para darle un cierto sentido.

Finalmente, es necesario que los medios discutan a fondo los criterios de noticiabilidad para poder revisarlos periódicamente de acuerdo con la agenda *setting* que es la capacidad de poner al orden del día los temas a ser tratados. Y, dado que esos temas contribuirán a crear las condiciones para la cotidiana construcción de la realidad de los lectores, es fundamental que sean abordados de modo argumentado, crítico y reflexivo. Esto es posible en la medida en que el periodista asuma plenamente y cumpla con el papel de hacer mediación, es decir investigando los hechos, y estableciendo con argumentos claros los procesos de recontextualización de éstos, los temas que están imbricados y que enriquecen a la noticia.

Bibliografía

- Barthes, Roland. 1977. "Estructura del suceso" (1962) en *Ensayos Críticos*. Barcelona: Seix Barral.
- Boni, Federico. 2004. *Etnografía dei media*. Roma-Bari: Laterza.
- Bruhn Jensen, Klaus. 1999. *Semiotica sociale dei media*. Roma: Meltemi.
- Calabrese, Omar, y Ugo Volli. 1995. *I telegiornali. Istruzioni per l'uso*. Roma-Bari: Laterza.
- Ford, Anibal. 2001. *La marca de la bestia*. Colombia: Grupo Editorial Norma.
- Hall, Stuart. 1980. "Encoding/Decoding in Television Discourse", in Hall, S., Hobson, D., Lowe, A., Willis, P., *Culture, Media, Language*. London: Hutchinson.
- Imbert, Gérard. 1995. "La prensa frente al desorden: representación de la violencia y violencia de la representación en los medios de comunicación" en *Visiones del Mundo, la sociedad de la comunicación*. Lima: Universidad de Lima y Fondo de Desarrollo Editorial.
- Sorrentino, Carlo. 1995. *I percorsi della notizia*. Bologna: Baskerville, Bologna.
- Wolf, Mauro. 2004. *La investigación de la comunicación de masas : crítica y perspectivas*. Buenos Aires: Paidós.
- . 1985. *Teorie delle comunicazioni di massa*. Milano: Bompiani, Milano.

Segunda parte
**Cobertura y generación de noticias sobre
violencia: el problema de la responsabilidad
social de los medios de comunicación**

La responsabilidad del investigador periodístico de la violencia

Álvaro Sierra

Si el periodismo de investigación es un arte en sí mismo —y uno de los más complejos del oficio— la investigación periodística de la violencia es quizá el reto más importante que enfrenta esta profesión.

Esto no es una exageración. La investigación periodística es, por definición, difícil y riesgosa. Lo es mucho más adelantarla en condiciones de alta violencia urbana, como las que imperan en casi todas las naciones latinoamericanas; en medio de las tensiones y secuelas del narcotráfico, como sucede de manera creciente en Brasil y México o, desde hace tiempo, en Colombia; o en el marco de un conflicto armado, como ocurrió en Perú hace unos años y tiene lugar hoy en Colombia. Si a las dificultades básicas evidentes para investigar en un entorno violento se añade hacer de la violencia misma el objeto de investigación, tanto los problemas que enfrenta el periodista investigador como las eventuales repercusiones de su trabajo se multiplican geométricamente.

Ubicación del debate

El debate académico (y periodístico) sobre las relaciones entre los medios de comunicación y la violencia en la sociedad viene adelantándose desde los tiempos en que a la prensa escrita se le atribuía la responsabilidad por la violencia juvenil, en el siglo XIX; luego al cine, en los años veinte; al cómic en los cincuenta, y a la televisión en los sesenta, cuando se descubrió que los niños estadounidenses pasaban más tiempo con ella que con cualquier otro medio, incluso sus padres, niñeras y compañeros de juego.

Este debate está ligado a otro, entre los estudiosos de la comunicación de masas, sobre la magnitud y los mecanismos de la influencia de los medios en la sociedad. Ninguna de las dos discusiones ha llegado a conclusiones terminantes y ampliamente compartidas –por eso, se trata, precisamente, de debates–, pero ambas son un marco indispensable para considerar la investigación periodística sobre la violencia.

Para simplificar, recurrimos aquí a dos teóricos italianos (Bettetini y Fumagalli, 1999) que resumen con claridad la evolución y las tendencias del primero, y a un investigador español (Rodrigo, 1996), que hace lo mismo con el segundo.

Muy esquemáticamente, ambos debates pueden presentarse así:

La influencia de los medios

Los primeros estudios sobre la influencia de los medios consideraban a éstos omnipotentes y al receptor como una suerte de consumidor pasivo e indefenso, cuya opinión era fácilmente maleable. Muy influenciada por la psicología conductista, la investigación se ocupaba de la *manipulación* mediática sobre una audiencia masiva y uniforme, otorgando a los medios, en especial a la televisión, un poder casi absoluto en la formación de la llamada *opinión pública*.

A partir de los años 40, los estudios de audiencias empezaron a mostrar que la interacción entre emisor y receptor es mucho más compleja. El público no es uniforme; el nivel educativo y cultural de los individuos y sus relaciones de grupo influyen en su consumo de información, y hay una larga serie de factores intermedios que modulan entre la gente la percepción de los mensajes de los medios. En consecuencia, se relativizó mucho la influencia que éstos ejercen en la sociedad y en la formación de opiniones, llegando incluso a minimizar su capacidad de hacerlo.

Por último, la investigación más reciente (cuyas raíces vienen de estudios de los años setenta), se ha centrado en lo que se denomina la capacidad de *agenda setting* (construcción de temario) de los medios masivos. La conclusión, muy simplificada, es doble: el receptor es complejo y no pasivo, y los medios, si bien no parecen omnipotentes a la hora de influir *en qué piensa* la gente, sí ejercen una poderosa influencia al definir *los temas en los que piensa* la gente, es decir, la agenda pública.

A esto debe añadirse que la noticia es, ante todo, un proceso de selección, que centra la atención en unos pocos acontecimientos y temas, de los miles que tienen lugar alrededor nuestro. Para hacerlo, el periodismo moderno recurre a reglas específicas, reglas que, por ejemplo, privilegian el acto violento sobre el pacífico, el dato excepcional sobre el normal, el incidente sobre el proceso, lo individual sobre lo general, lo inmediato sobre lo mediato. En esa medida, los medios de comunicación construyen una realidad peculiar, específica que, en gran medida, es la que consume, a través de ellos, el público y que tiene gran incidencia en la agenda pública. Esto, como lo veremos más adelante, es de gran importancia cuando se trata de la percepción que los medios y la sociedad tienen de la violencia.

Un último elemento que debe considerar el análisis es la diferente influencia de cada medio. Cada uno tiene su especificidad y ésta, por supuesto, incide. La radio, en buena parte, se dirige a sectores menos educados de la sociedad, permite al receptor adelantar otras actividades y es lineal y no permite la selección; la televisión impone concentración, llega a todos los sectores, sus contenidos son cada vez más breves y la imagen tiene un poderoso efecto de realidad (*seeing is believing*); los periódicos tienen un público más educado y selecto y permiten que el lector salte o evite temas y, hay tendencia a creer, a que sea más crítico o interpretativo. De aquí, por ejemplo, la discusión sobre si es más importante el efecto de *agenda setting* de la televisión o el de la prensa escrita.

Medios y violencia

En este campo, el debate puede resumirse en dos líneas de investigación: la del *plazo* en el cual la violencia representada en los medios surte algún tipo de efecto en el público, y la del *tipo* de efecto que esa representación produce entre los individuos (una revisión exhaustiva de la literatura sobre el tema específico de la relación entre televisión y violencia puede encontrarse en Lowery y DeFleur, 1995).

En la primera, el debate se centró inicialmente en los efectos de corto plazo que la representación de la violencia opera entre el público, atribuyéndole una fuerte capacidad de impacto inmediato. Una vez que se empezó a relativizar la creencia en la omnipotencia de los medios, el debate se trasladó al largo plazo, es decir a los efectos de la exposición continuada y repe-

tida a lo largo de la vida, desde la niñez (y en particular en esta fase), a la representación de la violencia que hacen los medios, en especial el cine y la televisión. Teorías como la del aprendizaje por observación o la de la adaptación de la conducta tendieron a mostrar que, por acumulación, el efecto puede llegar a ser muy importante.

La segunda línea de investigación se ha ocupado más del tipo de efecto que produce en la sociedad la violencia presentada por los medios. Algunos estudios sostienen que esta genera, ante todo, un efecto catártico, de alivio y liberación, que podría incluso contribuir a prevenir en el espectador conductas violentas (esta teoría se ha empleado, por ejemplo, para explicar por qué Japón, un país con altísima violencia en los medios mantiene muy bajas tasas de violencia en la sociedad). La mayoría, en cambio, sostiene lo contrario: la violencia transmitida por los medios tiende a generar un efecto mimético, de imitación, y a estimular comportamientos violentos. Ambas concepciones comparten implícitamente el postulado de que la violencia en los medios sí influye en los receptores, en el primer caso de manera positiva y en el segundo de manera negativa.

Conclusiones preliminares

Para empezar, parecen pertinentes dos conclusiones —no por obvias, menos importantes—, formuladas, de manera bastante precisa, en una revisión histórica de la investigación adelantada en Estados Unidos, hecha por uno de los más importantes estudios sobre el tema (UCLA, 1996), que sostiene que, aunque parece claro que hay una relación positiva entre la violencia en la televisión y en la vida real, esta dista de ser simple, y los mecanismos según los cuales opera no son tan claros:

“La evidencia científica sugiere con fuerza que hay un vínculo entre violencia en televisión y en el mundo real. El grado y la naturaleza de dicho vínculo no son tan claros. Son más conocidos los efectos posibles que los efectos probables. Se sabe que la televisión no tiene estímulos-respuesta simples, directos en sus audiencias. Se sabe, además, que la manera como la televisión afecta a la gente está influenciada por muchos otros factores, incluyendo hábitos, intereses, actitudes, conocimiento previo, cómo individuos e instituciones usan la televisión, y el entorno socio-cultural en el cual la comunicación tiene lugar. La televisión no tiene efectos uniformes.

Como la televisión tiene diferente impacto en diferentes tipos de culturas, el mismo programa de televisión tiene diferentes efectos en personas diferentes. Cuando se discute el impacto de la televisión o cuando ésta es culpada por haber provocado que algo pasara, nunca se debe sugerir que la sola televisión es causa suficiente. Algo tan complejo como el comportamiento humano no es determinado por un sólo factor. Cada comportamiento es causado por una amplia gama de factores. En diferentes individuos, el mismo comportamiento bien puede ser causado por diferentes factores. Dadas estas dificultades, las precisas influencias de la televisión con muy difíciles de determinar”.

A estas dificultades, después de más de un siglo de investigación sobre la relación entre medios de masas y violencia, debe añadirse que para la prensa escrita o la radio, la relación está mucho menos estudiada.

Pese a lo complejo del debate, puede avanzarse en la precisión de esa relación. Bettetini y Fumagalli combinan el análisis de los efectos de la violencia mediática a largo plazo con su convicción de que éstos son de tipo “mimético”, no “catártico”, es decir, que la violencia televisada o cinematográfica tiende a generar conductas violentas. Retomando a otros autores, señalan que la televisión puede tender a hacer más agresivos a los niños, que la continua exposición a la violencia puede hacer a la sociedad menos sensible a la misma, y que el público, por la dosis de violencia que recibe desde los medios, puede tender a sobreestimar la que realmente existe y a reforzar su miedo o su actitud defensiva.

El efecto, por supuesto, es relativo y depende en gran medida del pasado familiar, las características psicológicas, el nivel educativo y el entorno socio-cultural de cada individuo. Pero ambos autores señalan que, en cualquier caso, la violencia mediática tiene varias consecuencias, claves para el tema sobre cómo ejercer de manera responsable el oficio periodístico de investigar e informar sobre la violencia.

La representación de la violencia en cine y televisión es mucho más elevada que la que tiene lugar en la vida real.

El consumo elevado de televisión puede influir negativamente en el desarrollo de las capacidades de juicio moral del individuo.

En la medida en que la televisión tiende a bloquear la imaginación (o la capacidad de fantasía y decisión propia en los niños), un efecto secundario en individuos frágiles o predisuestos, puede ser el refuerzo de la agresividad.

Contar con exceso de detalle un acto violento en televisión o en cine, al multiplicar la violencia real existente, puede instigar comportamientos de imitación de la violencia.

Para el tema que nos ocupa, de este marco conceptual cabe destacar lo siguiente: hay un amplio consenso en que la relación, al menos entre la violencia en televisión y la violencia en la sociedad, es positiva, y la mayoría de los estudios señalan que hay una correlación entre ver violencia en la televisión y el comportamiento agresivo o la percepción excesiva de la violencia, aunque el efecto varía mucho de individuo en individuo.

Hay también consenso en que, si bien no debe magnificarse la influencia de los medios sobre el público, éstos, mediante los mecanismos de selección con los cuales operan para decidir qué es y qué no es noticia, ofrecen *porciones* de la realidad que, con frecuencia, la gente termina tomando como *la* realidad completa.

En ambos casos —la relación entre medios y violencia y la influencia de los medios en la sociedad— un elemento importante a considerar, y menos investigado, es cómo operan los distintos medios (radio, televisión, prensa, internet), pues es evidente que hay grandes diferencias entre ellos, por sus especificidades y por el tipo de interacción con el receptor.

Los académicos pueden y deben continuar la discusión sobre la magnitud y los mecanismos de la influencia de los medios y la relación entre violencia representada y violencia real. Para los periodistas que se ocupan de investigar la violencia, empero, esta constatación es más que suficiente para asumir lo que debe ser el postulado de partida de su trabajo y el marco general con el cual adelantarlos: los medios y los periodistas tienen una gran responsabilidad al informar sobre la violencia.

Limitarse a esgrimir, contra quienes así lo plantean, el argumento de que los medios tienen la obligación de informar de todo lo que sucede es partir de una premisa falsa. Falsa por dos razones: por una parte, los medios escogen entre todo lo que sucede *porciones* de las que se ocupan (en esa medida no informan de todo lo que sucede, sino que seleccionan, y esto implica, entre otros, criterios y responsabilidad al hacerlo); por otra parte, sea cual sea la magnitud y los modos de su influencia, ésta existe y ello está probado por la aplastante mayoría de los estudios (el imperfecto conocimiento de cómo opera esa influencia es, justamente, una poderosa razón para ser extremadamente cuidadosos al informar sobre la violencia y para preguntar-

se sistemáticamente acerca de sus eventuales efectos).

Estas conclusiones pueden parecer un lugar común. Pero a la hora de discutir con periodistas sobre cómo investigar e informar sobre la violencia, cobran una decisiva importancia. El punto de partida, en este caso, es absolutamente importante.

En esta dirección, Bettetini y Fumagalli proponen algunas líneas de acción generales que pueden tomarse como un punto de partida para tener en cuenta al relatar la violencia en los medios. Tres de ellas son pertinentes aquí:

- Una misma acción violenta puede narrarse de un modo que la apruebe o desaprobe, mediante los mecanismos implícitos propios del lenguaje visual o del texto escrito.
- El inmenso poder educativo de la televisión –que está probado– podría también aplicarse para *contar* la violencia al modo de Shakespeare o de Dostoievski, “con todas sus fuerzas, pero sin complacencia, y, sobre todo, sin quitarle nunca humanidad a las víctimas”.
- Y puede emplearse también para el inverso: “retratar de forma creíble el bien”, lo cual, en la actualidad se hace raramente y con poca destreza.

Éstas, a modo de unas primeras conclusiones generales de las implicaciones para el periodismo que tiene el complejo debate en torno a la relación entre medios de comunicación y violencia, nos permiten pasar a la segunda parte de esta exposición, la del trabajo práctico de investigación de la violencia.

El trabajo periodístico de investigar la violencia

Inmerso como está en los esquemas con los que cotidianamente adelanta su trabajo, no es frecuente que el periodista se interrogue por sus postulados más generales, por las fórmulas implícitas con las que selecciona sus temas y por los procedimientos con los que, de una idea llega finalmente a una publicación. Las líneas que siguen intentan, a partir de la respuesta preliminar a estas cuestiones delineada más arriba, avanzar en lo que podrían denominarse reglas de juego para un cubrimiento responsable de la violencia.

Los tipos de violencia

Para empezar es necesaria una precisión obvia: las violencias no son iguales, y demandan distintos tipos de enfoque y de procedimientos.

Aunque seguramente podrán encontrarse otros, en el caso latinoamericano pueden distinguirse tres tipos básicos:

- La violencia común urbana. Ligada normalmente a condiciones sociales de alta exclusión e inequidad, es un fenómeno típicamente latinoamericano. Aunque existe en otras sociedades, es evidente, por ejemplo, que el mundo musulmán, pese a tener índices de miseria similares a los nuestros, no genera formas de violencia parecidas. Para investigarla, son indispensables un conocimiento mucho más amplio que el del reportero que usualmente cubre los *faits divers* o hace la crónica judicial del día. Rendir cuenta de este tipo de violencia impone un conocimiento serio de la sociedad en la cual se trabaja, y las políticas públicas, y disponer de fórmulas de acceso y contactos en las barriadas más pobres, más que de la sola relación con las fuentes policiales y oficiales.

Ligada a este tipo, está la violencia intrafamiliar, que cobra formas específicas. Asesinatos pasionales, maltrato a los hijos, golpes del marido a su esposa, son temas que generalmente hacen noticia cuando son cruentos o escandalosos (la mujer que le pegó al esposo; el bebé abandonado en un basurero), y que se cuentan entre los preferidos de la prensa amarilla. Una aproximación seria a este tipo de violencia demanda, nuevamente, un conocimiento a fondo de la sociedad y de las políticas públicas (o su ausencia) para enfrentar el problema, de temas culturales y de familia.

- La violencia del narcotráfico. Aunque normalmente aparece ligada a la primera, la violencia que generan los grupos de tráfico de drogas ilícitas, y esos grupos mismos, son un universo particular, generador de muerte y corrupción. Como lo atestiguan el periodismo colombiano y mexicano y, ahora el brasileño, aproximarse a él es increíblemente difícil y muy peligroso. Además de las fuentes de inteligencia oficiales, de gran utilidad, con frecuencia los medios locales, más pequeños, donde estos grupos tienen asiento, disponen de conocimiento de primera ma-

no que, con alta frecuencia, no pueden publicar, porque los pone en riesgo. La experiencia colombiana indica que, en ocasiones, trabajar en alianzas entre varios medios, o de medios grandes con otro u otros más chicos, puede ser muy productivo. Este es un trabajo de investigación casi policiaco, paciente, prolongado, para el cual es indispensable que, en su medio, el periodista no se sienta sistemáticamente presionado por la consecución de la noticia del día.

- La violencia del conflicto armado. Este fue el caso en Centroamérica en los años ochenta, y lo es en la actualidad en Colombia, donde, dicho sea de paso, se entremezcla con la violencia urbana y la del narcotráfico. Es quizá la situación en la que el periodista enfrenta los mayores riesgos, y los medios masivos sus principales desafíos. Trabajar en condiciones de conflicto armado abierto representa peligros muy grandes, en particular para el periodista de provincia, a cuya puerta tocan a diario la guerra y sus protagonistas para presionarlo, amenazarlo, dirigirlo. El exceso de violencia acarrea exceso de cobertura, conduce a la rutina y a la insensibilización de la gente. Si hay una situación por excelencia que demanda de medios y periodistas, en especial de los que se ocupan de cubrir e investigar este tema, un plan de trabajo, es justamente el conflicto armado.

Por último, cabe incluir aquí, como una categoría separada, la violencia terrorista. La explosión inesperada de una bomba, una amenaza transmitida por teléfono a un medio masivo, el secuestro de un avión son, ante todo, noticias de gran impacto que imponen una aproximación extremadamente responsable y cuidadosa por parte de los medios, tanto en su reacción inmediata, informativa, como en los subsecuentes pasos de la investigación. Esta debe hacerse con un ojo puesto en la información oficial y midiendo muy bien el impacto de cada nuevo dato que medios y periodistas descubran de manera independiente.

La agenda

El primer tema, que raramente se pone en cuestión de modo sistemático al interior de los medios, es el de los criterios *sobre qué* informar. En un alto porcentaje de los casos, se asume que las informaciones sobre la violencia

vienen dadas por la violencia misma (el estallido de una bomba, por ejemplo, para el caso de una información). En muchos países, además, la investigación periodística en general, y no solo sobre la violencia, no es producto de una decisión autónoma del medio o el periodista sino resultado de una *filtración* o de información provista por una fuente (un documento que revela, por ejemplo, un caso de corrupción de un funcionario de alto nivel entregado por sus rivales).

Esto no debe ser siempre así. Por supuesto, hay hechos de la realidad que ameritan por sí solos ser investigados y hay filtraciones que, a veces, conviene seguir. Para seguir con el mismo ejemplo, es apenas lógico (lo contrario sería insólito) que una bomba como la de el club social El Nogal en Bogotá, hace un año, o las de Madrid, el 11 de marzo, desaten de inmediato investigaciones periodísticas. Lo que no siempre sucede es que los medios procedan también por sí mismos, y no se limiten a reproducir las informaciones que van generando los organismos de investigación estatales.

Pero el punto importante a señalar aquí es que los medios de comunicación como empresas y estructuras, y los periodistas como individuos, tienen una capacidad propia de generación de agenda, es decir, de definición propia de cuáles son los temas que pueden tratar.

Para ello, puede procederse en dos fases. Una primera es investigar, al interior del medio (hay interesantes precedentes en Brasil y en Colombia, entre otros), de qué se está ocupando el medio. Esta investigación debe ser cuantitativa y cualitativa: qué peso porcentual sobre el contenido total tienen las informaciones sobre violencia, sobre pobreza, sobre educación, etc., y qué enfoque, qué tratamiento se les está dando. Hacerlo de manera sistemática conduce a resultados que, a menudo, sorprenden a las propias redacciones. Aparece de entrada, por ejemplo, cómo son las fuentes –casi siempre oficiales, o *violentas*– las que determinan buena parte de la agenda de los medios, y raramente son las víctimas o los analistas. Se detecta, también, cómo la pura información de registro tiene un peso mucho mayor que la que contextualiza, pone en perspectiva y analiza el proceso en lugar de dar cuenta del hecho escueto.

Sobre esta base, y a partir de buenas discusiones en la redacción o con los periodistas y editores involucrados, se puede pasar a la segunda fase: definir un plan y trabajar con base en él. La violencia, por definición, es imprevisible, explosiva, compuesta por miles de hechos aparen-

temente aislados, a los que los medios reaccionan de manera espontánea, día a día.

Pero es un fenómeno complejo, que puede ser objeto de una aproximación sistemática, planificada. En cada país tiene características específicas, y puede relacionarse con temas particulares, los cuales pueden ser objeto de un tratamiento en profundidad. Además, cada comunidad tiene sus problemas y sus intereses que pueden establecerse, a partir de mecanismos como *focus groups*, paneles de lectores y otras modalidades (el periodismo público o cívico estadounidense tiene interesantes intentos; en Canadá, *The Globe and Mail* invitó por periodos a un lector a sus consejos de redacción). Hacerlo permite a los medios enfrentar la violencia de manera planificada, midiendo el peso y el despliegue que se da a cada información, e introducir en la agenda pública temas que, con frecuencia, no se tocan.

El proceso

Un cambio de enfoque muy importante (y válido en general para el periodismo de investigación, no solo para el que se ocupa de la violencia), es no pensar en términos de noticias o de incidentes sino de procesos. ¿Cuáles son los procesos importantes, pertinentes, en curso? ¿De cuáles de ellos vale la pena ocuparse de modo sistemático, por qué razones y bajo qué formatos periodísticos? ¿Son o pueden llegar esos temas a ser de interés público y, en consecuencia, es importante ponerlos en la agenda pública?

Asumir la violencia como un proceso, relacionado por múltiples canales con otros procesos en curso en la sociedad, entender que se trata de un componente importante en la vida real, apreciar su justa magnitud, son elementos esenciales para cubrirla responsablemente.

Tómese a Río de Janeiro, en Brasil. Es evidente que allí hay un fenómeno de violencia urbana, en las *favelas*, ligado al narcotráfico, que produce cientos de noticias a diario. Limitarse a contar en cada edición el último asesinato, a acompañar a la Policía en sus operaciones, o entrar ocasionalmente a los barrios para un reportaje, sería totalmente insuficiente. Aunque es mucho más difícil y arriesgado, lo mejor sería encarar este fenómeno como lo que es: un proceso relativamente nuevo, ligado a otros problemas de la sociedad, que puede ser investigado para producir no sólo informaciones específicas, sino conocimiento sobre el mismo, en una campaña periodística

de largo aliento que revele la situación en las *favelas*, la estructura de control territorial de los grupos, las condiciones de la gente común, que escudriñe las políticas públicas con las que se lo enfrenta, que ponga sobre el tapete fenómenos conexos, como la inequidad o el empobrecimiento o el fenómeno general del crecimiento del narcotráfico y del consumo en Brasil. En suma, un cubrimiento que, además de informar, *explique*.

Un ejercicio interesante es comparar la frecuencia con la que *ocurren* homicidios en la vida real y la frecuencia con que *se publican* noticias sobre homicidios en los medios. El desbalance aparece de inmediato: la tasa de aparición de los homicidios en los medios, con escasas excepciones, es mucho más alta que en la vida real. Medir la magnitud de la violencia en la vida frente a la que tiene en el medio masivo en el que se trabaja, puede ayudar a introducir correctivos en la *frecuencia* con que se publican y en el despliegue que se le da a los hechos violentos.

Cómo se informa

Un elemento clave es cualitativo: *cómo se informa*, o, para ponerlo en los términos de los autores arriba citados, cómo se cuenta la violencia. Sin entrar en detalles de análisis de contenidos, todo periodista sabe que, implícito en el texto (entendido en su sentido más amplio, como relato), hay un sistema de valores y apreciaciones cuyo efecto final es *aprobar o desaprobar* lo que se está contando.

Así como hay temas que los medios masivos en las sociedades democráticas han decidido que es ético y responsable vetar —no se publican artículos o se emiten reportes incitando al asesinato o al genocidio, a la segregación racial o de género—, también debe ser parte esencial de la responsabilidad y la ética periodísticas cómo informar sobre la violencia. Si la planificación hace a los contenidos, esta consideración hace a la forma, como un elemento esencial en la transmisión de contenidos.

El exceso de detalles, que en una ocasión puede ser un impacto necesario, contribuye, por el contrario, con mucha frecuencia, a convertir el acto violento en un espectáculo y al relato, en lugar de una pieza que da cuenta de algo que ha sucedido, en una pieza que despoja a lo ocurrido de su sentido y su explicación compleja para convertirlo en un hecho para producir regodeo, impacto, horror.

Con quién termine identificándose el lector, con la víctima o con el victimario, es una buena pregunta para hacerse en estos casos, pues, con alta frecuencia, el segundo es el protagonista de las noticias, cuando perfectamente puede trabajarse para que sea lo contrario.

Igualmente, contraponer a la violencia historias positivas es todo un desafío periodístico. “Contar el bien”, como lo llaman los autores citados más atrás, es extremadamente difícil en periodismo. Son historias que *no venden*, como se dice en el medio, y hacerlas bien hechas demanda oficio y arte. Pero pueden, por contraste, generar impactos altamente positivos.

Otro elemento a destacar aquí es que, en sociedades como las nuestras, donde la violencia es recurrente y cotidiana, la forma como ésta se cuente es decisiva para que la información no conduzca a la insensibilización en el público o para que contribuya a combatirla. En este punto juegan un papel muy importante dos tipos de historia muy distintos: por una parte, las historias individuales, que humanizan, que acercan al lector a un problema general a través del relato sobre un individuo o una familia, y que impiden deshumanizar a las víctimas; y, por otra, las historias más analíticas y generales, los informes que toman un tema y lo exponen al público de manera analítica, indispensables para contextualizar, entender, debatir.

Subyace a este tema, así como a toda la discusión sobre cubrimiento responsable de la violencia, una dimensión ética, a la cual no nos referiremos aquí en detalle. Baste señalar que, con frecuencia, el periodista *delega* en el medio la responsabilidad en este campo, aduciendo que el jefe, el editor, el dueño, le piden determinado material o le demandan un cierto enfoque que él, en consecuencia, está obligado a producir. Esto es cierto, y es evidente que una ética del medio masivo está de por medio (para ponerla en blanco y negro, por ejemplo, la que subyace a un diario amarillista o a uno *serio*). Pero también es muy importante asumir la ética como un compromiso individual, de pequeñas o grandes decisiones, que se toman también a nivel personal. Trabajar en un medio sensacionalista, relacionarse de manera indebida con las fuentes, publicar o no un artículo, tomar o no una determinada fotografía son decisiones que involucran una dimensión ética y que son tomadas por individuos, por un editor o un periodista. Un viejo editor estadounidense (McGuire, 2003), en una típica muestra del pragmatismo anglosajón, llama a los periodistas a hacerse la siguiente pregunta, tan simple como profunda desde el punto de vista ético:

co, ante su texto terminado o ante una decisión editorial: '¿qué pensará de esto mi madre?'

Entre un buen relato sobre la violencia y uno malo hay una línea tan fina –y tan gruesa– como la que hay entre erotismo y pornografía. Y esa línea depende, en una inmensa medida, de cómo se cuenta la violencia.

Las fuentes

El último punto al cual quiero referirme en esta exposición es la cuestión, capital, de las fuentes de la información. Si siempre se trata de un tema central en el periodismo, para la investigación periodística de la violencia lo es aún con mayor fuerza.

Cada tipo de violencia impone, en cierta medida, fuentes distintas y demanda del periodista que lo cubre conocimientos distintos. En general, y muy esquemáticamente, cabe hablar de cuatro tipos básicos de fuentes: las policiales (incluyendo a los organismos de seguridad y las fuentes oficiales, de gobierno); los victimarios (criminales, narcotraficantes, grupos armados irregulares); los analistas (especialistas, responsables de políticas públicas, políticos), y, por último, las víctimas.

Para una información completa y balanceada sobre la violencia, todas son necesarias. Pero, en una pieza de investigación, hay que sopesar cuidadosamente el *balance* entre estas distintas fuentes. ¿Quién tiene el protagonismo? ¿Quién es la base esencial de la información? ¿Quién puso el tema sobre la mesa: el periodista o una de las fuentes? ¿De dónde estoy sacando lo esencial de mi información?

Una de las grandes ventajas de trabajar en función de temas y procesos y no de noticias o revelaciones es que permite al periodista tomar distancia de las fuentes, en especial las oficiales o las *violentas*. Un conocimiento pobre de los temas y la dependencia de la *chiva* o revelación conducen al periodista a una alta dependencia de las fuentes. Lo contrario, un serio conocimiento del tema, un amplio abanico de personas a las que puede consultar, no solo reducen esa dependencia y hacen que la fuente respete al periodista, sino que –y esto lo comprueba la experiencia– son en sí mismos una fuente de noticias.

Es imposible lograr este conocimiento sin dos herramientas básicas. La primera de ellas, lamentablemente, es poco empleada por los periodistas, y

raramente se piensa en ella como una de las principales fuentes: la lectura. Leer es indispensable para adquirir el conocimiento complejo que demanda un tema por definición complejo como la violencia. Y todo periodista que recurre a él encuentra rápidamente cómo de una realidad plana y vulgar empiezan de pronto a aparecer facetas y aristas, hasta entonces ocultas, sobre las cuales vale la pena informar e investigar y que muchas veces pueden convertirse en noticias destacadas. El segundo elemento es la evidencia directa, de primera mano. Esta es particularmente importante en condiciones de conflicto armado, en las que la realidad está sujeta a la apasionada versión de cada parte. Pese al riesgo y a las dificultades que supone, es imposible hacer buenas investigaciones sobre la violencia en esas condiciones sin ir a los lugares, hablar con la población y las víctimas, entender las formas de control territorial de los grupos armados, mirar a los ojos a sus jefes y hablar con sus combatientes.

El caso de los paramilitares en el cubrimiento de El Tiempo

Quiero terminar exponiendo, a modo de síntesis práctica, lo que estamos intentando hacer en el diario El Tiempo, en Bogotá, alrededor de la negociación entre el gobierno y las Autodefensas Unidas de Colombia, más conocidas como los paramilitares, que viene adelantándose hace 19 meses. Se trata de un típico ejemplo de investigación de la violencia, en condiciones de violencia. Por supuesto, no se trata de ponerlo como un caso ejemplar; más bien apenas como un ejemplo, aún por desarrollar y perfeccionar, de las dificultades y las posibilidades al intentar un cubrimiento responsable de un fenómeno de violencia, y al asumirlo como una tarea de largo plazo, planificada y coherente.

Este caso reúne todos los problemas que venimos analizando. En Colombia confluyen todas las violencias: urbana, armada, del narcotráfico. En la negociación está involucrada una de las fuentes generadoras de violencia (y de noticias) más importante. Es evidente que solo por el hecho de estar en diálogos con el gobierno, los paramilitares ocuparán una parte sustancial del cubrimiento informativo periodístico. Esto significa que un grupo armado que ha causado indecibles horrores y sufrimientos contará, quíerese o no, con una alta visibilidad, y que esa visibilidad tiene el efecto colateral de tender a legitimarlo o *normalizarlo* a ojos del público.

En *El Tiempo* tratamos de diseñar desde el comienzo un plan para cubrir la negociación, uno de cuyos puntales fue la decisión de que, para poner en contexto este proceso clave para la sociedad, y en su justo lugar a uno de sus protagonistas, era indispensable una atención investigativa –no solo informativa– especial.

Así, al lado de la información cotidiana sobre la marcha de las negociaciones, las declaraciones de las partes y los análisis de los observadores, hemos definido una labor de investigación perseverante, sistemática, tendiente a contar a los lectores quiénes son los grupos paramilitares, que controlan porciones sustanciales de territorio por todo el país y sobre los cuales existe un inmenso desconocimiento. Esto nos ha llevado a viajar, una a una, a las regiones de implantación de estos grupos, a hablar con sus jefes y a producir reportajes e informes especiales que intentan, además de informar, llenar ese vacío de conocimiento sobre estos grupos. El diario está intentando trabajar en esto no como una fuente de información sino, también, como una fuente de conocimiento. Un equipo de varios periodistas y editores está a cargo del tema. Se ha revisado la literatura existente, se han hecho mapas, se consulta regularmente a analistas, con los cuales está empezando un plan para hacer desayunos de trabajo regulares. Se trabaja mucho *off the record*, como en casi toda investigación periodística, pero sobre todo con el objeto de profundizar en el conocimiento del tema, no para conseguir noticias.

Esto, además de una serie de reportajes y entrevistas con los jefes paramilitares y sobre sus zonas de influencia, mecanismos de control territorial y poblacional, permitió, por ejemplo, esclarecer la participación de destacados narcotraficantes en su “estado mayor”, hecho sospechado por todo el mundo, pero hasta entonces sin pruebas.

El tema nos ha llevado a discusiones que no se habían hecho. Por ejemplo, cómo escribir sobre estos personajes, cómo denominarlos, cómo introducir en cada información elementos que señalen de modo sistemático al lector de quiénes se trata y no simplemente el protagonismo actual con el que cuentan.

En esto, la agenda del periódico ha provenido de una definición interna, a partir de considerar una de las grandes noticias en curso más como un proceso que simplemente como una noticia. La decisión ha sido volcar una parte importante de la fuerza y la atención investigativas del periódico a cu-

brir un proceso específico, a descomponerlo por temas y a asumir que, paralelamente a la información, el trabajo de fondo, detenido, es capital.

La violencia, en muchas formas, vive con nosotros, marca nuestras vidas y está presente, cada día más, en los medios masivos. La crítica académica a las formas que adquiere su representación mediática y el estudio de los efectos que genera son pertinentes e importantes, y los periodistas que trabajamos en estos temas deberíamos estudiarlos y prestarles atención. Pero es igualmente cierto que los medios tienen sus propias lógicas y mecanismos, sus propios modelos de aproximación a la realidad. Sin tenerlos en cuenta es imposible mejorar el cubrimiento y la investigación sobre la violencia en nuestras sociedades. Lo que he intentado es esbozar, de manera muy esquemática, unas líneas generales de cómo los periodistas y los medios podemos avanzar, responsablemente, en esa dirección.

Bibliografía

- Bettetini, Gianfranco y Fumagalli, Armando. 1999. *Lo que queda de los medios: ideas para una ética de la comunicación*. Tucumán: La Crujía Ediciones.
- Lowery, S.A. y DeFleur, M.L. 1995. *Milestones in Mass Communication Research: Media Effects*. (3rd. edition). White Plains, NY: Longman.
- McGuire, T. y Lundy W. 2003. *Ethics in Journalism*, Hodges, L. (editor), Universidad de Washington y Lee, Washington.
- Rodrigo, Miquel. 1996. *La construcción de la noticia*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Universidad de California (UCLA). 1996. *Televisión Violence Report*, Center for Communication Policy, Los Angeles. Puede encontrarse en: <http://ccp.ucla.edu/Webreport95/history.htm>

Las violencias televisivas

César Ricaurte¹

La violencia es un fenómeno complejo y con muchas aristas. La televisión es una herramienta comunicacional tecnológica que genera una gran cantidad de procesos culturales, económicos, políticos y sociales. Entonces, la relación entre violencia y televisión no puede ser unívoca ni simple. Todo lo contrario, como se sustentará a continuación, existen un sinnúmero de relaciones que es necesario poner sobre el tapete. En mis crónicas televisivas de los pasados dos años he detectado, al menos seis formas en que violencia y televisión juntan sus destinos.

La muerte, un espectáculo mediático

Son las 08:00 del 20 de agosto del 2003. TC Televisión deleita a su audiencia con su dosis de sangre diaria: la cámara hace un recorrido sobre las muñecas, las piernas, busca donde el color rojo sea más intenso, sobre el pecho. Es un anónimo ciudadano asesinado en El Guasmo.

La víctima ya no puede decir nada. Los reporteros y camarógrafos lo hacen por él: su muerte es un espectáculo televisivo. El acto final y el más íntimo de una persona es parte del menú diario de violencia mediática. Javier Echeverría, a quien no se le puede considerar un detractor de la televisión, señala en su *Telepolis*, que la televisión invade la privacidad de las personas al mediatizar la muerte. El autor aspira a regulaciones en ese sentido. Pero

1 Editor de Vida Contemporánea de Diario El Comercio

lo cierto es que el asunto va más allá de algún exceso de un reportero descuidado. La televisión trata de convertir en *show* todo lo que toca, porque en eso se ha convertido: un medio que ofrece espectáculos las 24 horas, aunque a veces ese espectáculo se llame muerte.

¿Ejemplos? La semana entre el 12 y el 19 de enero de 2003, Ecuavisa y TC Televisión cayeron muy hondo en su competencia por el *rating*. Lo hicieron con la transmisión de cada dramática imagen de un ser humano revolcándose en el dolor y ensangrentado, mientras un reportero relataba los sucesos como si se tratara de un partido entre Liga-Barcelona. Y finalmente con las conclusiones, unas francamente cínicas y otras rayando en lo fascista por su justificación de la violencia. Los hechos fueron los siguientes: en Cayambe, algunos pobladores lincharon y quemaron vivo a un acusado de violaciones y asesinatos. No se sabe bien de que forma los canales de televisión se enteraron tan *oportunamente* de algo que se supone es “la expresión espontánea de la ira popular” como pretendieron vender en sus reportajes los periodistas de Ecuavisa y TC Televisión, canales que al tenor de lo sucedido se convirtieron en cómplices de un crimen, colectivo y todo, pero crimen al fin.

El reportero de Ecuavisa, Lenin Artieda, estuvo en Cayambe desde el principio de los sucesos. Lo hizo para narrarlos como si de un relator de la muerte se tratara: “Lo amarraron, lo patearon. Le echaron más gasolina. Se retuerce. Aunque parezca mentira lo trasladaron aún vivo a la ciudad de Quito.”

La advertencia de Alfonso Espinosa de los Monteros, “hay imágenes fuertes”, suena hueca ante la crudeza de las tomas que se pasaron sin edición alguna, una y otra vez. Se puede alegar que el canal únicamente contó los hechos. Pero como bien señala Francesc Barata, investigador español, en su texto, “El drama del delito en los mass media”, hay elementos suficientes para afirmar que los medios construyen su propio discurso del delito, que en muchas ocasiones tiene poco que ver con la realidad social.

Es decir, los hechos de Cayambe solo son un ladrillo más en un discurso de violencia y delito que provoca efectos de miedo y amurallamiento. Según mi percepción, eso no es gratuito si no que está en consonancia con un discurso autoritario de ciertas elites que justamente manejan esa política de seguridad, más hombres armados en las calles, más represión, ajusticiamiento de los delincuentes aunque sea sin fórmula de juicio como quedaron demostrados en los hechos de Fybeca en Guayaquil.

Así, el 19 de enero de 2004, en *El Noticiero al Cierre* de TC Televisión, Sandra Grimaldi nos cuenta: “En la provincia de Los Ríos, Máximo Villamar del Hierro, de 47 años, fue asesinado tras una tenaz persecución por parte de vecinos, quienes se sentían perjudicados por el robo de ganado. La persecución se realizó este fin de semana y en ella participaron 300 personas armadas, según quienes Villamar estaba acusado de asesinatos, violaciones y robos de ganado en sendas poblaciones de Los Ríos y Guayas”.

Ante el apareamiento de semillas de cuerpos paramilitares en el agro ecuatoriano, la reportera únicamente habló de “ajusticiamientos por el clima de inseguridad en la zona”. Que la televisión informe de la violencia puede incluso ser aceptable, pero, para hacerlo con propiedad debiera manejar con precisión los términos, ser perspicaz y principalmente dejar a un costado de la vía su pretensión de ser poder o de servir al poder.

De otra forma, la situación es insostenible. El mismo Francesc Barata añade, “investigadores en psicología social han establecido que la TV se ha convertido en uno de los grandes constructores de las situaciones de miedo e inseguridad.”

Para sustentarlo hay muchos más casos. En Gamavisión, el 2 de mayo de 2003, Gonzalo Ruiz entrevista al Intendente de Policía de Pichincha. El funcionario anuncia “una campaña para fomentar los niveles de seguridad ciudadana”. El anuncio viene acompañado por las referencias a la “ola de colombianos y peruanos” que perturban la paz de la ciudad con sus crímenes de violencia inusitada. Afortunadamente, el Intendente ofreció poner a estos delincuentes de “patitas en la frontera”. Cualquiera persona que haya escuchado en esa ocasión a la autoridad de policía debió haber tenido el mismo impulso, correr a sellar puertas y ventanas y tener alguna arma a mano para defenderse de la horda que teníamos encima.

No se puede negar que hay situaciones de inseguridad pública en el Ecuador. Sin embargo, su verdadera dimensión es casi una incógnita porque no hay intentos serios de las autoridades por conocer el problema. Más bien, da la impresión de que se quiere alimentar una especie de paranoia social, que está muy en consonancia con proyectos políticos represivos.

¿Quién es la principal propagadora del miedo? La TV, por supuesto. Ese es el efecto de las abundantes dosis de crónica roja en los noticieros y de la proliferación de programas que ponen en escena los casos delincuenciales más sonados en forma de dramatizados.

Según las estadísticas que se han dado a conocer en estos tiempos, la criminalidad en las grandes ciudades del Ecuador en algunos casos ni se acerca a lo que acontece en otras grandes ciudades latinoamericanas como Bogotá, Buenos Aires o Sao Paulo. Pero el espacio que destina la televisión nacional a la crónica roja es desbordante. No se trata de que la TV no cuente los crímenes, pero si cabe preguntarse ¿su cobertura es proporcional con lo que realmente sucede en la sociedad? Porque si no, se termina por ser el vehículo para fomentar la *cultura del miedo* que insensibiliza, encierra a los ciudadanos en sus casas, justifica la intolerancia y convierte a los reporteros de televisión, en contadores de cadáveres.

La televisión justiciera y la cámara oculta

Se habló antes del linchamiento de Cayambe para ilustrar el cómo la TV espectaculariza la muerte. Pero queda aún un detalle bastante significativo. Todo el reportaje fue presentado por Lenin Artieda sobre un fondo que decía “Justicia por mano propia”, ¿justicia? El término no puede ser devaluado a esas imágenes de muerte.

Pero este no es un hecho aislado en las pantallas, durante la oleada de linchamientos que se han producido en los años anteriores, la TV siempre ha utilizado ese término *justicia por mano propia*, ayudando a instaurar la idea de que la justicia es básicamente un acto de venganza y violencia. ¿Se puede actuar con más irresponsabilidad en un país que ya de por sí tiene instituciones bastante débiles?

En los mismos hechos de Cayambe, José Antonio Sánchez de TC elaboró una verdadera apología del crimen: “Fue una vez más la justicia popular, esa que no cree en tribunales y códigos penales. Esa que acusa, sentencia y ejecuta. Esa que se esconde en la insatisfacción de los pueblos alejados del poder central”.

En realidad, cuando Sánchez hizo esta declaración de principios, no solo se refería a la que él llama *la justicia popular*, si no a la misma televisión. En efecto, la TV ecuatoriana ha tomado para sí la función de impartir justicia sin *tribunales ni códigos penales*. Una justicia televisiva que acusa, sentencia y ejecuta de forma expedita. Ejemplos los hay todos los días. Acusaciones de corrupción contra decenas de personas que luego se diluyen en la

falta de pruebas y en el próximo escándalo noticioso. Acusados de narcotráfico que pasan delante de las cámaras como *narcos* comprobados aunque después se reconozca que hubo errores.

Todos los días, la televisión acusa, sentencia y ejecuta a los que considera reos. Y además, luego presiona a los verdaderos jueces para que actúen en consonancia con las sentencias mediáticas ya pronunciadas.

El 22 de septiembre de 2003, Teleamazonas estrenó un segmento de noticias locales. Lo hizo con su presentadora y reportera Gisella Bayona, acompañando al Intendente (¿o era el intendente el que acompañaba a la reportera en la clausura?... ya no se sabe bien) en la clausura de una agencia de viajes que había sido denunciada por el canal, a través del uso de la cámara escondida. Para nada este fue un hecho aislado. El incipiente periodismo de investigación televisivo tiende a confundir con demasiada frecuencia lo que es un trabajo periodístico con el cómodo uso de la cámara escondida. Lo grave es que la cámara escondida es un recurso cuestionado y cuestionable que muchas veces traspasa los límites de la legalidad “por la connotación de engaño y de violación del derecho que las personas tienen a su imagen y a su voz. Además, la cámara escondida les da al periodista y a los televidentes una gratuita condición de jueces al mismo tiempo que le niega al acusado la réplica”, según el maestro de ética periodística, Javier Darío Restrepo. El caso de la agencia de viajes perseguida por Bayona cae exactamente en esa categoría, pues la reportera realizó una verdadera persecución mediática y policíaca contra los denunciados que por más detestables que puedan parecer, deben tener un juicio justo antes de ser condenados. En este caso, además, no está claro si la reportera además cayó en violaciones legales, pues la mayoría de sistemas legales resguardan la privacidad de las personas y no admiten que se les filme en sus domicilios y en sus empresas sin expreso consentimiento.

Una vez más cabe dejar aclarado que no es un caso único ni aislado. La misma reportera en ocasiones anteriores se ha ensañado con los pequeños traficantes utilizando el mismo método de la cámara escondida. Al respecto, el mexicano Gerardo Pratt señala: “el eje central del debate sobre el uso de la cámara escondida es sobre si el fin justifica los medios. Máxime cuando algunos periodistas creen que pueden aplicar cualquier medio para cumplir su objetivo.”

Un caso algo más celebre al respecto fue el que involucró a la reportera de Ecuavisa, María Cecilia Largacha quien grabó con cámara escondida los

actos de corrupción de algunos funcionarios del Registro Civil de Machala, incluyendo su directora. Aquí el asunto de la legalidad o ilegalidad es más discutible: en los lugares públicos sí se admite la filmación con cámaras ocultas (de hecho es el sustento para los sistemas *ojos de águila*). El tema es que el juez que llevaba la causa no admitió como prueba las filmaciones con cámara escondida. Estaba en su derecho y de no ser por las presiones públicas del canal sobre el juez los acusados de corrupción habrían sido absueltos. Es un ejemplo muy claro de que un trabajo periodístico mal hecho, es decir con pruebas conseguidas por métodos cuestionables, finalmente puede dar al traste con sus mismas intenciones moralizadoras y de lucha contra la corrupción.

Más allá de sus intenciones, el ejercicio de una televisión justiciera es un peligro. Un ejemplo de esto, se puede tomar de la misma televisión. El miércoles 6 de noviembre en el programa “De la vida real”, dirigido por Rolando Panchana en Ecuavisa se transmitió el dramatizado sobre un terrible caso sucedido en Guayaquil hace 19 años, un autobús escolar se incendió provocando la muerte de cuatro adolescentes y heridas de gravedad en 19 niños más. Durante todos estos años, se había pensado que un pintor de brocha gorda conocido como el *Gato Malo* había sido el *psicópata piromaniaco*, según la descripción de los noticieros de la época rescatados en el programa de Ecuavisa. “De la vida real” reveló con pruebas detalladas y con la reconstrucción de los hechos que la condena mediática habido sido falsa. Lástima que llegó 19 años más tarde, cuando ya la vida del acusado había sido destrozada.

Los reporteros de TV y las fuerzas de seguridad del Estado

En la televisión justiciera, muchas veces lo que se traduce es un tipo de relación perversa entre ciertos periodistas y las fuerzas de seguridad del Estado. Un intercambio de favores más o menos explícito que se puede resumir así: “Yo (los miembros de la Policía) te doy información exclusiva, te hago participar en redadas y operativos, te doy información sobre capturas y a cambio (el periodista) me hace promoción o directamente me convierte en un héroe”.

Son las 08:05 del mismo 20 de agosto de 2003. El reportero especializado en crónica roja de TC Televisión, Jonathan Carrera relató minuciosa-

mente la diligencia judicial de reconstrucción de los crímenes de un asesino serial (a estas alturas ya condenado) que violó y mató a nueve mujeres. El reportero, luego de emitir sus juicios de valor sobre los hechos, prestó micrófono y cámara al llamado *asesino de los matorrales* para que explicara detalladamente los actos sexuales que obligaba a practicar a sus víctimas y la forma en que las asesinaba. Lo más curioso es que luego de cinco minutos de esta muestra de morbo mediático, se dijo que “la diligencia era reservada” y para demostrarlo se vio la mano de un funcionario judicial tapando la cámara.

¿Cómo se explica la *exclusiva* de Carrera? ¿Acuciosidad periodística? Más bien la pista estuvo en la introducción de la nota, cuando se agradeció a un oficial de Policía y se resaltó su eficiente trabajo en este caso. Las odas se volvieron a repetir cuando el reportero cerró su reportaje. Esa complicidad entre los reporteros y sus fuentes es moneda corriente en el periodismo de crónica roja, pero eso no evita que éticamente sea condenable.

Por principio, la Policía debería estar impedida de dar a conocer las identidades de los detenidos y acusados de cualquier delito. Pero eso no cabe en el Ecuador, donde la Policía informa sobre sus *logros* en la lucha contra la delincuencia haciendo pasar a los acusados por una pasarela de la ignominia que brindará el material para los noticieros y la mayor parte de los periódicos.

Lo más curioso de ese trato es que tanto periodistas como Policía piensan que actúan con justicia: “ya que los jueces no cumplen con su deber y sueltan a los delincuentes -en su versión no cabe el presunto- démosles su merecido con un escarmiento público”.

No obstante, no es la única forma en que periodismo televisivo y fuerzas de seguridad actúan conjuntamente. Para nadie es desconocido que las Fuerzas Armadas viven una crisis institucional que se traduce en un decrecimiento de su credibilidad. En mayo de este año, el jefe del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, general Octavio Romero señaló en una entrevista con Jorge Ortiz en Teleamazonas: “Debo reconocer que las Fuerzas Armadas tiene una debilidad: la comunicación”. Y añadió, “en eso trabajaremos”. En realidad, ese mismo fin de semana se pudo ver que el trabajo de imagen militar ya había empezado, en lo que Lenin Artieda de Ecuavisa llamó “un impresionante operativo militar” en Puerto López, poblado en la frontera con Colombia.

Los periodistas fueron en un helicóptero con sus cámaras prendidas. El reportero de TC, Holguer Guerrero hizo las veces de un periodista *embedded* (infiltrado) versión andina. Las cámaras bajaron primero y oportunamente hacen las tomas del descenso de los soldados con sus rostros pintados y con los fusiles en mano. Las fuerzas militares corren y allanan casas, seguidos siempre por las muy diligentes cámaras. En una casa se encuentran armas y semillas de amapola o coca (las versiones son contradictorias). Cuatro personas fueron apresadas. La evidencia de que las “FARC están en el lugar” fueron unas escarapelas. El jefe militar al mando de la misión, coronel González, aseguró que se desplegaron diez unidades militares “ante la alta peligrosidad de la población”. Aunque es extraño que con tanto riesgo se haya llevado a un nutrido grupo de periodistas. El operativo es *exitoso*, titulares en todos los noticieros de televisión. Pero lo que es bueno para los militares no siempre es bueno para la prensa. O si no basta recordar Irak. Si no se tiene claro las diferencias sustanciales de agenda, se termina filmando *spots* institucionales con la ocupación militar de un poblado civil y sin que existan evidencias plenas de operaciones *enemigas*. Pero, esas consideraciones -por lo menos en esa ocasión- no se hicieron.

Una televisión excluyente y prejuiciosa

El Ecuador es un país complejo. Pluricultural, plurinacional. Multiétnico. En otras palabras una verdadera *terra incognita* para la televisión que en lo geográfico limita su visión del país a un entorno bipolar: Quito y Guayaquil. Y en lo cultural a una sola realidad: blanca mestiza, occidental y cristiana.

Para ilustrar lo dicho hablaremos de un caso paradigmático, la matanza en el Tigüino, hechos que se desarrollaron a principios de junio de 2003. El primer informe de los hechos fue una escueta nota en los noticieros del mediodía, elaborada en tono telegráfico: “Atención, se informa de una matanza de huaoranis en la Amazonia”.

Poco después la noticia fue ampliada con datos alarmantes. Se habló de 32 muertos, de escopetas y madereros. Información que fue proporcionada por las organizaciones indígenas de la zona. Al día siguiente, los canales volvieron a emitir la misma información, con el aderezo de un comunicado de prensa de la Policía que reproducía casi textualmente la versión dada el día

anterior. Solo al tercer día, se entrevistó a un dirigente indígena, que por lo demás llegó con la misma versión difusa.

Al cuarto día, los más connotados reporteros de crónica roja estuvieron prestos a llegar al lugar de la masacre. Pero el mal tiempo lo impidió. A ninguno de estos periodistas, se le ocurrió que ya que estaba en el lugar, bien podía entrevistar a quienes conocían de los hechos o que habían sido testigos indirectos. Parecía que lo único importante era tener tomas de los cadáveres lanceados.

El tema es que los hechos del río Tigüino descolocaron a los medios. Los canales de televisión, en especial, encasillaron lo ocurrido, como un hecho más de crónica roja. Y lo cierto es que no sabían bien lo ocurrido, no conocían los porqués y por lo tanto esa información no llegó a sus audiencias.

Los hechos del Tigüino desbordaron a la TV porque eran complejos y no entraron en las categorías habituales. Pocos días antes de la masacre, los taromenane eran un pueblo mítico de existencia incierta. Los tagaeri eran conocidos como *los irreductibles* por su resistencia a toda presencia externa. Luego de la matanza, se sospecha que los tagaeri fueron exterminados. De forma casi brutal, se revelaba que las luchas ancestrales por territorios, posesiones o venganza no son cosa del pasado. Otro país que está más allá del discurso de la modernidad saltó a la pantalla, casi brutalmente. Todo esto debería haber descolocado a cualquier comunicador responsable con su trabajo. En la TV no existió esa actitud, más bien se trató de encasillar la violencia ancestral de los huao en los formatos dictados por la costumbre.

Ecuavisa mandó a su reportero más amarillista para que buscara muertos y los trajera en imágenes. Gamavisión acompañó la información de los hechos con las tomas de la cabeza de un guerrero rodando como balón de fútbol. Canal Uno fue aún más prosaico en la exposición de los cuerpos lanceados. Pero, en Telerama se llegó al colmo de *ilustrar* la matanza en el río Tigüino con tomas de archivo, captadas en algún rito folclórico de indígenas con plumas. Quizás pensaban que “todos los indios y todos sus ritos son iguales”.

En el Ecuador hay un país que se desconoce y que no aparece en los *ratings* ni en los distintos niveles de los espacios informativos de la TV. Y más allá de las imprecisiones existe una lección que dejaron estos hechos: la realidad de un país diverso choca con la intención de convertir cada noticia en espectáculo porque las causas y responsabilidades de los hechos se diluyen en la mera crudeza de las imágenes.

Antes de pasar al siguiente punto, no quiero dejar suelto un detalle. La cuestión de los *ratings*, sistema de medición de sintonía que determina que vemos y que no vemos en el país. Esta dictadura de una supuesta mayoría, en realidad se limita a una medición en dos ciudades. Cuando, cuestioné al ejecutivo de la empresa que lleva los *ratings* sobre el hecho de que únicamente Quito y Guayaquil determinan el país mediático, me contestó con un lacónico “sí”. Ante mi insistencia añadió: “la medición de sintonía es un sistema complejo y caro, el tamaño de los mercados de las ciudades medianas del país, no justifican su medición. Aunque no tendríamos inconveniente en medirlo si los canales estarían dispuesto a pagar por ello.”

Sobran los comentarios.

De menores, víctimas y otras personas de carne y hueso

Un novedoso campo para el periodismo de crónica roja e imágenes sensacionalistas son los planteles educativos. El jueves 21 de agosto de 2003, en Canal Uno se presentaron tres casos, el primero fue el muy publicitado caso de los suicidios en un colegio con la acusación al vicerrector de un supuesto acoso sexual. El segundo fue la golpiza que propinaron algunos padres de familia al rector de un colegio acusado de irregularidades en el manejo de dinero y el tercero, las denuncias de irregularidades en el otorgamiento de puestos en el magisterio del Guayas.

¿Cuáles fueron los aportes de la *investigación* de Noticiero Uno”? En el caso del vicerrector acusado se metió una cámara en medio de los empujones e imprecaciones de autoridades educativas al funcionario investigado. En el caso del rector acusado de desfalco fueron las tomas del intercambio de golpes y del traslado a un centro de salud de la maltrecha humanidad del maestro.

La justicia, término que implica en principio proteger o por lo menos no perjudicar a los inocentes, es un valor olvidado en este tipo de mal llamado periodismo investigativo. En el caso de los planteles no se toma en cuenta que se está perjudicando a cientos de estudiantes, cuyos rostros aparecieron en tomas generales y cuyos colegios llevarán de ahí en adelante el estigma de verse involucrados en hechos de cónica roja.

Ese hecho de no proteger a menores y víctimas es quizás uno de los rasgos más odiosos de la TV ecuatoriana. Tomas generales de menores para ilustrar casos de *narcotráfico* o *violaciones* son frecuentes. Mientras a los familiares llorosos de la tragedia de turno, se les mete las cámaras en las narices para que sollocen en público, como sucedió hace pocos días con la búsqueda de los niños perdidos en Cruz Loma, con quienes, además, se comió la *hazaña periodística* de entrevistarlos en las ambulancias.

No es el único ejemplo de las complejas relaciones entre niños y televisión. Muchas veces se ha discutido la pertinencia de un ente regulador de los contenidos de la TV, con el fin de proteger a los menores. En cada ocasión, se ha desechado la idea por considerarse un recorte a la libertad de expresión o de empresa. En cada una de estas discusiones, los canales de televisión han señalado que se autorregulan por un *código ético*. Las manifestaciones de este código fueron durante una época la calificación que aparecía en algunos programas: prohibido para menores, apropiado para menores con acompañamiento de adultos y para todo público. Se supone que también hay un acuerdo para que los espacios con escenas de violencia y sexo explícito vayan a horarios nocturnos. Desgraciadamente, la realidad es otra. La televisión actúa con absoluta impunidad e irresponsabilidad. No es raro ver escenas de sexo explícito en las novelas y programas que TC y Gamavisión transmiten durante toda la tarde. Tampoco es raro que mientras se emite *Teletubbies*, en Telesistema se emitan avances con las escenas más violentas de las películas de la noche y con los momentos más candentes de las telenovelas. Mientras, un programa como *Laura en América* ocupa una parte importante de su programación vespertina, no es un accidente que en Canal Uno se promocionen las peleas e insultos de *José Luis sin censura* a cualquier hora.

El asunto no es como para tomarlo a la ligera. El 21 de enero de este año, en Consell de l'Audiovisual de Catalunya" (CAC) presentó el "Libro blanco sobre la educación en el entorno audiovisual", una publicación que estudia la influencia de la radio, la televisión e Internet en el desarrollo de los niños y adolescentes. Aunque el entorno es distinto, los datos de este informe pueden extrapolarse a países como el Ecuador, para detectar los factores de riesgo en el uso de la televisión.

Según el "Libro blanco", los niños de entre 4 y 12 años dedican más tiempo a mirar televisión que a asistir a la escuela. El consumo es de 19 ho-

ras semanales que se caracteriza por una fuerte tendencia de los niños a ver la televisión entre las 21:00 y las 24:00, es decir cuando se supone que la programación no es apropiada para ellos. Estos datos revelan que en el entorno familiar existe poco control sobre el uso de la televisión. No basta echar la culpa a la TV, demonizarla y apagarla. Las familias tienen responsabilidades y parte de esas responsabilidades es exigir que los canales asuman los suyos con integridad. Porque lo cierto es que vivimos en una sociedad mediática y lo inteligente es enseñar a los niños a usar los *mass media*.

La violencia contra el periodista

El periodismo está entre las profesiones más peligrosas del mundo. Al otro lado de la frontera norte, cada año mueren decenas de periodistas. En el Ecuador afortunadamente no se da esos niveles de mortandad periodística, pero existen métodos sofisticados de violencia contra el periodista. Durante el actual régimen se ha asistido a una gran cantidad de hechos de presión y agresión contra muchos medios de comunicación y periodistas. Enumerar la lista sería largo, cansino y sin mayor sentido, porque afortunadamente la misma torpeza del régimen neutraliza sus intentos de someter a la prensa del país. De ahí que preferimos dirigir nuestra atención a otros hechos.

En la web y lista de correo *spam*, “Víctimas de la prensa corrupta”, quienes se autoclasifican como “Observatorio de Medios” se da el más reciente caso de agresión contra el periodista (Caso Víctimas de la Prensa Corrupta). En su último boletín se afirma sin empacho que la prensa ecuatoriana es esencialmente corrupta porque los periodistas ganan 270 dólares mensuales y están contratados por compañías tercerarizadoras. No escapará al espectador atento el profundo desprecio que contiene esta afirmación sumamente peligrosa, porque en último término quiere decirnos que cualquier persona con ingresos medios y bajos es sospechosa de corrupción.

Por otro lado, la página web mencionada parapetada tras la etiqueta de *víctimas* se ha dedicado, entre otras cosas, a presionar a los periodistas en defensa de dos casos que bien podrían ser estudiados en las facultades de Comunicación como ejemplos de los cruces nada santos entre periodismo y política. Me refiero a los casos del director de *La TV*, Freddy Ehlers, y al del ex director de Notihoy, Francisco Herrera Arauz.

He traído este ejemplo, aunque pequeño en su relevancia porque ejemplifica el tipo de presiones y cuestionamientos diarios con los que debe lidiar el periodismo ecuatoriano. El periodismo ecuatoriano debe toparse con un doble estándar, por un lado un notorio prestigio e influencia social, por otro lado los temores y la manipulación que despierta el ejercicio periodístico en los reales grupos de poder del país. Dice con mucha razón, el maestro Javier Darío Restrepo que el periodismo no es un poder, es un servicio. Al haberse considerado un poder, el cuarto o quinto poder del Estado, en la versión de los “bobos”; ha hecho un terrible daño al oficio porque lo ha desprestigiado y lo ha alejado de su función primordial y única: el servicio.

¿El periodismo es esencialmente corrupto como pregona “Víctimas de la prensa” o hay periodistas que ejercen su poder de forma corrupta? Es un tema de debate, por mi parte, en el ejercicio profesional me he topado muchas formas con la forma cuestionable de mezclar el periodismo con las relaciones públicas. Ese periodista que trata de servir al mismo tiempo a Dios y al diablo, al gobierno y/o a poderosos intereses empresariales mientras hace piruetas para seguir ejerciendo la profesión es uno de los grandes males del periodismo ecuatoriano. No obstante, de eso en los gremios ni en las escuelas de periodismo no se habla, porque desgraciadamente estas instituciones están tomadas, a su vez por los relacionadores públicos no por los periodistas de cepa.

Reflexiones finales

Frente al lenguaje periodístico escrito, el lenguaje televisivo es poco estructurado. En términos organizativos también son notorias las deficiencias. En su gran mayoría, los canales no tienen directores de noticias periodísticas, sino productores de televisión. Aún en los casos en que eso no es así (TC con Rafael Cuesta, Carlos Jijón en Teleamazonas), sus responsabilidades son ejecutivas y no ejercen como editores del trabajo diario de los reporteros. Aparte de eso, los canales no tienen establecidos manuales de estilo ni códigos de ética que ayuden al periodista a enfrentarse a los hechos noticiosos en términos de equilibrio y justicia.

En el caso del manejo de la crónica roja, en la TV ecuatoriana se ha producido un proceso que bien podría describirse como la *olmedización* o la

delgadización. Es decir, esa *escuela* establecida por gente como José Toledo, José Delgado, Iván Moreta y Vicente Olmedo de transformar al reportero de sucesos en un protagonista cuasi cinematográfico que además actúa en complicidad directa con las fuerzas de seguridad del Estado. Esta *escuela* lamentablemente ha calzado hondo en jóvenes reporteros como Jonathan Carrera de TC Televisión, Lenin Artieda de Ecuavisa y no tan jóvenes como Steven Macías de Canal Uno.

Si se une todo lo anterior a las deficiencias de formación universitaria del periodista ecuatoriano se tiene un panorama como el descrito a lo largo de esta ponencia, es decir, el reportero de TV que debe enfrentarse a hechos complejos y de amplio impacto social armado con una cámara y un micrófono, pero sin mayor conocimiento sobre el sensible material social que tiene entre manos.

Bibliografía

- Barata, Francesc (2003) *Los mass media y la información criminal, El 'caso King' y las perversiones mediáticas*. Barcelona: Universidad Ramón Llull.
- Echeverría, Javier (1995) *Cosmopolitas Domésticos*, Premio Anagrama de Ensayo.
- Prat, Gerardo. "Límites éticos y legales de la investigación periodística con cámara oculta" originalmente publicado electrónicamente en "Sala de Prensa", Mayo - 2000 SdP # 19.
- Restrepo, Javier Darío. Consultorio ético del sitio en internet de la Fundación Nuevo Periodismo Latinoamericano, <http://www.fnpi.org/>, Varias consultas sobre el uso de la cámara escondida en reportajes periodísticos, entre el 2003-2004.

De medios de comunicación y la violencia a medias

Lenin Artieda

En los folletos e invitaciones que presentaban los temas a tratar en este seminario se planteó una relación directa entre medios y miedos. El sistema - muy sencillo-, el de siempre: suponer una manipulación por parte de los medios de comunicación con la intención expresa de amplificar, de engrandecer los *reales niveles detectados*, en los ámbitos de la violencia.

Y no deja de resultar interesante que existan estudios, organizaciones perfectas que lograron introducirse e interpretar el síndrome de lo violento cotidiano hasta llegar a la información *real*. Tremenda labor la de quienes, dentro de una sociedad fragmentada -que se avergüenza de ser víctima de aquello que las autoridades no pueden erradicar por diversos motivos-, lograron encontrar el núcleo de la estructura del miedo.

En medio de la dispersión, una encuesta. Punto de partida para quienes pretenden determinar que la causa de la violencia se encuentra en los medios de comunicación; responsables de la inseguridad ciudadana, en función de sus tabulaciones.

Dicen los teóricos que la transmisión mediática de situaciones de violencia contribuye a inflamar percepciones de inseguridad. Pocos argumentos pueden ser tan débiles como este. Basta con sacar la cabeza por una ventana para darse cuenta que en los medios de comunicación las ausencias, al hablar de lo violento, son muchas. Las calles se adornan de agresiones, el taxista no quiere poner el taxímetro, hay buses que atropellan a quien se interponga en su carrera por pasajeros, gente que escupe insultos, agravios a mujeres, a conductores que quieren pasar por una calle que se improvisó como cancha de fútbol o como cantina.

Esto que se volvió parte del paisaje urbano de las ciudades y de algunos de nuestros pueblos grandes no es, por lo general, lo que convoca a los medios. Casi siempre los escenarios que se manejan en pantalla y en diarios, son los asaltos al banco, el crimen pasional, la banda de presuntos delincuentes capturada. Allí hay un error evidente porque el universo delictivo no se remite únicamente a eso. No solo delinque el *sacapinta*, también lo hace el que invita a bailar a la enamorada, le pone escopolamina en el trago y después le *hace el amor*, así como el empleado de la empresa eléctrica que coge un billete por debajo para no cortarle la luz a quien vive en el barrio capitalino de San Juan o al dueño de la empresa textilera en la vía a Daule. Es delito y es violento el estrucho de los policías que pasan por el Gran Cacao todos los días a las dos de la mañana para permitir que sigan abiertos un par de horas más. Hablar de violencia es -sobre todo, debe ser- hablar de seguridad.

El otro universo

¿A qué deben remitirse los medios? ¿Cuáles deben ser los espacios a conocer, las actividades a ser informadas? ¿Aquellas que se suscitan en las islas de paz, en las ciudadelas privadas? Pero si esto es precisamente una consecuencia de la violencia. Diario El Universo, de Guayaquil, nos hablaba de los niños burbuja, hijos de barrio privado, impedidos de percibir el mundo exterior. Espacios donde los vehículos circulan a la velocidad permitida pero solo porque hay rompevelocidades cada media cuadra, donde la gente camina por la vereda y cruza la calle sin mayor cuidado porque hay guardias de seguridad en cada puerta. Allí, uno deja las compras en media calle y media hora después siguen allí. En fin, es el paraíso.

¿Deben entonces los medios tomar como el *orden* a la tranquilidad de La Puntilla o de El Condado? O deben mostrar que si a alguien le roban por caminar en la noche por la mitad del Parque La Carolina, no es culpa de la policía sino de él por exponerse en una zona roja. O deben señalar que en la Mariscal se vende droga a vista y paciencia de todos. O que la manifestación de las organizaciones sociales de América Latina, reunidas en Quito, se convirtió en una agresión de pseudo pandillesca a la propiedad privada. Un grupo de ellos, más allá de la legitimidad y validez de sus conceptos y pro-

puestas ideológicas, salieron a caminar en el cierre de su foro y en el camino pintaron paredes, rompieron vidrios, bajaron llantas y golpearon a los camarógrafos que los filmó mientras pintaban consignas alusivas a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. ¿Cuáles son las realidades sociales a las que nos vemos sometidos? ¿Por qué el publicar elementos constituyentes de nuestra cotidianeidad se asumen por las elites como sensacionalismo?

¿Acaso la ciudad en la que vivimos no se encuentra claramente delimitada por la violencia continua, las agresiones frontales, el oprobio? O es que únicamente debemos considerar como válido, esos otros elementos constituyentes de lo urbano. Así, las proyecciones de cine arte en el MAAC, la tertulia en el Café Libro, la exposición de los grabados de Picasso, el concierto de Tadashi Maeda y Bolaños Jazz, las fotografías de Jorge Massuco o Héctor Napolitano tocando en pelotas.

El sino de los críticos

Una de las constantes de los críticos de televisión ha sido el pedir, el exigir, una televisión libre de crónica roja. Esto, a cuenta de una difusa representación de *mayorías* que muchos no entendemos todavía quién se las dio, pero que espectamos como parte del espectáculo mediático en el que intentan ingresar también los diarios.

Allí, los críticos hacen lo posible por definir en pequeños espacios la razón de la guayaba. Sin embargo, resulta francamente inexplicable como es posible que los *critérios* y el *alto conocimiento* tengan pequeños espacios pseudo editorialistas en las secciones de farándula: Entretenimiento, de Diario El Comercio; En Escena, de Diario El Universo.

El horror de los críticos ante la crónica roja responde a un margen teórico difuso e incompetente, en lo que se refiere al análisis de los medios. Y se constituye en una respuesta sectaria, fragmentaria e inútil, porque no ayuda a que se solucione el problema de la violencia. Se convirtieron en evaluadores decadentes porque nunca se dieron cuenta de la raíz del problema. ¿Cuál es la propuesta de los críticos? ¿Ocultar la violencia, callarla, manipularla? Eso tampoco sirve, porque las agresiones responden a una realidad nacional congénita de injusticia. Pero de eso no hablan. Para eso no hay palabras. Parece entonces -por no decir, se evidencia- que desde una moral

burguesa o aburguesada se defienden los derechos, esos sí de la burguesía, a no ser escandalizada con una gota de sangre en la pantalla.

Ellos intentan construir una teoría en función de fragmentos de textos periodísticos. No conocen los antecedentes ni los procesos. Apenas atisban lo que se proyecta y en base a eso construyen un imaginario visceral, falto de rigor y a toda luz irrelevante. Porque no es cierto, porque denota una doble intención que va más allá de la crítica televisiva. Por esa razón hablan del *periodismo televisivo*, con la intención de establecer una distancia; quizás para que los canales no se vean involucrados en la decadencia de los medios impresos.

Que al transmitir crónica roja se cultiva violencia, que es apología del delito incluso, dicen las teorías criollas resultado de la iluminación pop. Sería interesante el ejercicio de no cubrir un día, una semana, un mes, este tipo de hechos para que quede en claro, una vez más, que no es cierto que la violencia exista porque se publica. Por el contrario, si en los canales hubiera cincuenta equipos de noticias y se decidiera solo cubrir el crimen, no alcanzaría el tiempo de los noticieros para poner las notas de los robos, de los asesinatos, de los estruches, de los allanamientos, de las peleas, de las estafas, de los suicidios.

Ahora, es real que hay quienes abusan de la propedéutica de la televisión; pero no por eso hay que admitir como solución la teoría de la ascepción, que se constituye en un puritanismo pervertido, el rato que se quiere elegir como doctrina.

Los otros violentos

Uno de los temas constantes de quienes tienen la *compleja* labor de hacer crítica de televisión es el de la violencia contra las minorías. ¿Pero quién nos habla de las minorías violentas? La violencia de los medios no está en la crónica roja. Está más cerca y por lo general no tiene una gota de sangre. ¿Qué es más violento, mostrar los pies de un cadáver o ser canal de protestas que no tienen ni la magnitud, ni el sustento conceptual, ni la autoridad moral como para constituirse en gestas populares? Porque esa parece ser, finalmente, la pretensión de algunos medios. Los análisis se quedan en los hechos que se presentan, no van más allá. Y me refiero a los diarios, que tienen más

espacio en sus publicaciones para ejercicios de ese tipo. Que tienen a los críticos, pero ellos están para otras cosas.

Volvamos al desorden nacional. ¿No es violenta una amenaza en contra del gobierno o de una persona? ¿No es violencia la intención de desestabilizar el orden constituido? O es que basta el inventarse un motivo para que la cosa cambie. El criterio de vulnerabilidad que los medios han endilgado a grupos como el de los indígenas, por ejemplo, es, ese sí, impulso y motor para una actitud agresiva que golpea a la sociedad. Pero de eso pocos se sorprenden, porque el silencio de *todos* hizo de la agresión un derecho.

Incluso de la que hacen los críticos. En una de sus columnillas del mes de septiembre, César Ricaurte -crítico de diario El Comercio- citaba a la revista Rolling Stones y decía que los periodistas que cubren la guerra en Irak, lo hacen desde la piscina del hotel, viendo Al Jazeera para obtener la información y fumando hachís. ¿Dónde está la confrontación de la fuente a la que, académicamente, apela Ricaurte cada vez que le conviene en la construcción de una crítica? O es que como son periodistas norteamericanos no importa meter a todos en un mismo saco, no elaborar un cuestionamiento a lo publicado por la revista, ceñirse simplemente a ese reporte, tan solo sugerir que eso es cierto porque lo dice Rolling Stones es una muestra del peor periodismo, de aquel que se permite ser concesionario de la calumnia.

Para sostener una discusión seria sobre la violencia en televisión no es necesario elevarnos al espacio de las categorías entre efectos catárticos y mímicos, referirnos al bricolaje o decir que como nada nos gusta todo forma parte del *trash tv*. ¿A final de cuentas, a quién tiene que responderle el medio? ¿A quienes amargamente se lamentan no poder ver las películas de De Sica en italiano en horario triple A o a ese otro que escucha Aladino sentado en una jaba de cervezas, en el velorio de su hermano, al que encontró en la Perimetral?

El sujeto desposeído, a diferencia de las elites, no considera como una intromisión la presencia de los medios de comunicación en aquellas instancias que se constituyen en las de su mayor dolor. Por el contrario, intentan encontrar en ellos una vía hacia un lejano concepto de justicia del que solo tienen referencias. Esto no quiere decir que a los sectores populares se los deba alimentar de violencia y que la crónica roja deba ocupar los espacios estelares de los informativos. Sin embargo, no podemos cerrarnos a la lógica de quienes no ven ni leen sobre las negociaciones del Tratado de Libre

Comercio porque sencillamente no lo entienden. Allí, un pendiente para todos los ejecutores del periodismo que no encuentran o no les interesa determinar la manera de aterrizar aquellos asuntos de la alta economía.

La sociedad es violenta, la corrupción y la mala aplicación del poder están cargadas de violencia. El Ecuador es un país violento. Pero es un error creer que lo que pasa o deja de pasar está marcado por las agendas informativas de los canales de televisión. El espectador no es una masa influenciable que reacciona siempre de una misma manera ante un impulso. El negarle al televidente la posibilidad de discernimiento es otra de las concesiones que se atribuyen los lectores de la televisión.

Y es que se basan en los estudios norteamericanos que refieren un incremento de las actitudes violentas en función de lo televisado. La variabilidad de la asimilación humana en base a causalidades, no es una opción. Y se equivocan en el momento en que sustentan el análisis solo en lo emitido y no en las diversas percepciones que pueden tener sobre un asalto a un bus - donde murieron un delincuente y un policía- el empleado de un banco, el ama de casa, el pandillero del barrio suburbano o el profesor universitario con la barriga vacía.

Los ecuatorianos no estamos conscientes de nuestros derechos a ser informados, ni nos interesa. Este es un país que cree estar constantemente informado cuando en realidad es víctima de una manipulación, también violenta, por parte de quienes ejecutan el periodismo, de quienes ejecutan al periodismo. Allí están los ejemplos de los entrevistadores que responden a consignas, que convierten el set en el espacio de las *vendettas* personales, o aquellos que son de una tibieza candorosa. Allí están los titulares en tipografía extragrande expresando el criterio de un grupo empresarial en función de sus intereses económicos, la noticia que no se contrapone y que intenta generar opinión en base a los rumores.

Al final, a cuenta de una pretendida transparencia nos encontramos con un periodismo tergiversador que intenta hacer carne del escándalo. Y no es solo la televisión, en este ejercicio de rumores casi todos van de la mano. A veces les resulta, y otras no, el golpe de Estado.

El problema de la violencia o de lo violento en la televisión no está en el hecho de sangre por sí mismo. El problema radica en que el hecho violento queda simplemente como un acto referencial de algo más. El muerto no es importante por sí mismo, sino en función del criterio educativo que pueda

surgir de allí: la identificación de una zona violenta, la aparición de una pandilla, la convocatoria a la denuncia de un delincuente para que pueda ser juzgado. Esto, por lo general no sucede. Decir cómo se pueden reducir las probabilidades de ser víctima de un delito debería ser la norma, pero no se lo hace por temor a parecer redundante. Pero a ser incompletos no se teme.

Las manifestaciones indígenas, sindicales, de los más diversos sectores, nos llegan a los medios de comunicación y luego son proyectadas a la teleaudiencia por el lado de la política, la economía y lo social, precisamente porque es violento. Por eso es que todo aquello referente a lo cultural y a lo religioso no tiene cabida. Únicamente en el momento en el que son protagonistas o actores secundarios de un conflicto es que se los toma en cuenta.

Los medios, todos, están inmiscuidos en espacios criollos de violencia tibia. Nos tiemblan las piernas de pensar que podemos encontrarnos un muerto en la calle; sin embargo, no nos interesa si es que lo matamos porque decimos o dejamos de decir algo, porque hay un compromiso de por medio o porque alguien decidió someterse a la censura de los dueños de los medios y a la violencia con que se imponen, en base a una amenaza que pone sobre sus cabezas el péndulo del desempleo.

Claro, hay quienes se prestan gozosos y participan activos de todo un proceso de creación de víctimas, elemento fundamental de los *especialistas* en el tratamiento de un ensayo de crónica roja. No importan los motivos: si hubo abuso policial, si hubo incorrecciones en los procedimientos, lo único que sustenta la nota es un cuerpo y un rumor. Con eso les basta y sobra. El llamado de la inmediatez reduce los pasos a seguir a su menor expresión, bajo la consigna de que lo publicado es cierto. Rectificaciones, casi nunca. A final de cuentas, el dueño del muerto difícilmente reclama.

De lo social inmanente

En otros tiempos del periodismo -ahora que solo tiene sobresaltos- lo delictivo era una cuestión de sorpresas, de emociones, a veces con un contenido épico producto del reflejo del Robin Hood que se había quedado prendido en la memoria de los de antes, en el periodismo de los años 50. Eran sucesos ocasionales y brillaban por su rareza, el destino de la nota de prensa no era otro que la exaltación de la audacia en ciudades aletargadas por el abu-

rrimiento. Edgar Allan Poe, Sir Arthur Conan Doyle, Georges Simenon permanecían inmanentes en la memoria de los viejos periodistas. Hoy, esos hechos se integraron a la normalidad, a lo cotidiano y perdieron su impacto; a veces ni siquiera son noticia, en otras ocasiones sí lo son pero no resultan atractivas como para publicarlas.

Y es que las ciudades cambiaron. Hoy se roban entre pobres, se asesinan por un par de zapatos deportivos, las pandillas están pendientes de la hora que se va el vecino para allanarle la casa y dejarlo en la calle. Allí está el motivo del asombro, la diferencia. El ladrón, el *choro* de antes, robaba, sí, pero robaba en otras partes. Vigilaba que no roben en su barrio y así se hacía acreedor de un estatus. Era el *señor Choro, don Choro*. El desconocimiento de la historia de las ciudades, de sus violencias, es lo que provoca la desaprensión y el rechazo de quienes analizan el fenómeno en función de presente.

Es un error el asumir que todo lugar en donde se encuentre un acento sobre la crónica roja está motivado por intereses morbosos o de claro interés por captar una porción mayoritaria del pastel de la sintonía. Hay una realidad, en las calles se percibe que cuando la temática se deja de lado es porque existe una tendencia a subestimar los problemas constantes de la inseguridad ciudadana. Y esto se da porque el mayor despliegue informativo se lo asigna a cuestiones de orden público, escándalos políticos, asuntos de la macroeconomía y disquisiciones sobre el quehacer de las más extrañas minorías.

La crónica roja debe apuntar hacia lo educativo y lo preventivo. Decir que por cada secuestro, asalto, estruche o robo que hay no se puede ni se debe realizar un manual de actividades para evitarlo, es errado. La seguridad es la prioridad de la ciudadanía. En la esencia de los intereses vitales están la defensa de la vida, la integridad, la propiedad. Entonces, por guardar las apariencias, es una necedad temeraria desconocer que la delincuencia campea por las calles y que cualquiera está expuesto a una agresión.

¿Cómo se hace de la crónica roja un elemento de carácter educativo? En inicio, se entiende que podría generar resultados el instrumentar una estrategia informativa y orientadora para el tratamiento diario y sistemático de los temas inherentes a la seguridad ciudadana.

En televisión, la crónica roja tiene que ser el camino para llegar a la audiencia con información sobre seguridad. Pero para lograr eso tiene que dar-

se un remezón en quienes se encargan del manejo de la política editorial de los medios.

El género del crimen, en la televisión, tiene éxito porque es a través de esa información que la gente ve representado el drama de su inseguridad. ¿O es que todavía hay quienes creen que el *Extra*, el diario más comprado de este país, y TC, uno de los canales más vistos, tienen gran audiencia porque no hay nada más que ver? El problema no es de educación sino de identificación. Intentando encarrilarse en esto, que no es tendencia, vemos como los diarios apuestan a una crónica roja regionalizada, como el *Últimas Noticias*, mientras otros prefieren abrirse un espacio con amplios segmentos de farándula.

Esta es la evidencia de que los medios de comunicación, en la mayoría de los casos, no proponen. A duras penas, reaccionan. Y la reacción tampoco es propositiva, sino que consiste en alinearse con rasgos ideológicos.

Los detractores de la crónica roja, amparándose en posiciones presuntamente ideológicas se lanzan en un frenesí, atacando las consecuencias, negándose a ver las razones, los puntos de partida de aquello que analizan. Parece entonces, al revisarlos, que el Universo es la Capilla Sixtina y la televisión los infiltradores de la noticia maldita. Distribuidores de algo que de otra manera sería inalcanzable para cualquier ser perteneciente al género humano.

Es interesante analizar cuál debe ser la postura de los medios ante los informes que surgen producto de estrategias de gobiernos locales o centrales. No hace poco, casi todos los municipios afirmaban que no podían lidiar con la inseguridad, que eso los alejaba de otras atenciones ciudadanas, que eso era labor de la Policía. Hoy opinan todo lo contrario. Y ahora que se han hecho cargo, aunque sea de manera parcial, aparecen milagrosa, sospechosamente, resultados que dan cuenta que si se hubieran atrevido antes, esto sería más parecido a Estocolmo y menos a La Marín. En Estados Unidos, la CNN con el paso de los presidentes ha ido manejándose en base a lemas centrales, los mismos que manejan sus regímenes. Así, hemos visto desde *ley y orden*, *guerra contra el crimen*, *guerra contra las drogas* y ahora *guerra contra el terrorismo*. En nuestro país, *la mano dura* es algo que a los medios les ha dado por reeditar de cuando en cuando, a cuenta de que a la gente le gusta.

Con el paso de los años, este es un país en donde la gente cada vez compra menos los periódicos porque necesita esos centavos para comprar un li-

tro de leche o un paquete de marihuana. Esa es la pobreza y la descomposición en la que nos encontramos sumidos. Esa es la realidad violenta que algunos solo la consideran válida en pantalla si es que les llega a través de un documental de la televisión española.

Desde el periodismo escrito se ataca a la televisión. Desde la televisión no se ataca al periodismo escrito. Desde el periodismo escrito no se ataca al periodismo escrito, aunque dan ancho pretexto para ser criticados. Y se han constituido en trinchera de un ataque a la televisión como estamento informativo, como negocio. Cuando los críticos afilan las navajas es, por lo general, porque están preocupados por el lenguaje de Mariam Sabaté, por los calzones de Carla Sala, por la falta de criterios de José Luis sin Censura. Por ello es que se afianzan como expertos en banalidad, porque se quedan en la superficie, porque su pensamiento de elite no les permite llegar siquiera a entender por qué tanta gente prefiere ver esos programas y no otros. Al final, todo apunta a que los críticos están imbuidos, les encanta -porque no lo entienden- la crónica roja y los programas de payasos.

Este Libro se terminó de
imprimir en febrero de 2005
en la imprenta RisperGraf C.A.
Quito, Ecuador